

GABRIEL LATORRE

KUNDRY



MEDELLIN

LIBRERIA DE ANTONIO J. CANO

1905

GABRIEL LATORRE



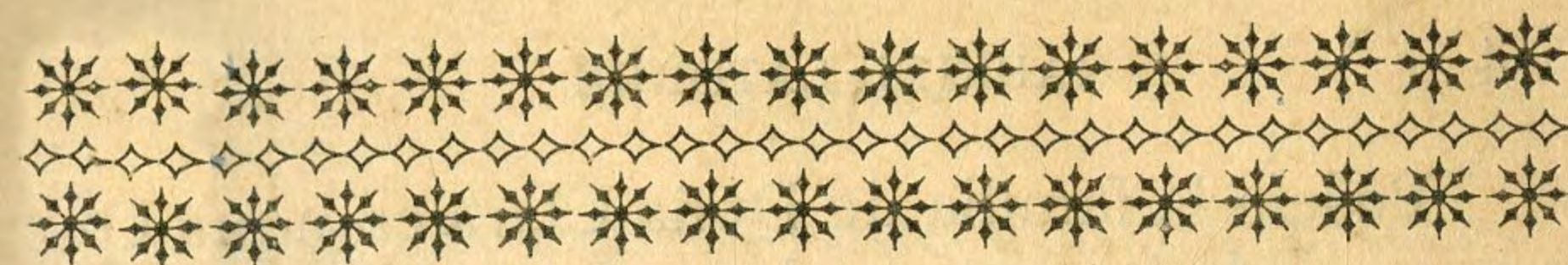
KUNDRY



MEDELLIN

LIBRERIA DE ANTONIO J. CANO

1905



ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

BAJABAN los cinco jinetes pausadamente la empinada cuesta al mañoso paso de sus cabalgaduras. La noche estaba clara; iluminada discretamente por los rayos de una luna espléndida de melancólica belleza. Hacía frío. Soplaban suave y sin ruido la brisa de la montaña, llevando en sus alas aromas del monte vecino, que traían á la memoria reminiscencias de navidades lejanas, de infantiles excursiones en busca del musgo, de los helechos olientes y de las ramas de sauce para el humilde pesebre, donde, con los brazos extendidos, el Niño-Dios sonreía á sus compañeritos prosternados. Serían cosa de las diez cuando los viajeros salieron de casa de Doña Clara, y una hora hacía ya que caminaban. Serenidad y quietud, una especie de místico silencio reinaban en torno. Era el mes á un mismo tiempo triste y dulce de Diciembre.

TIPOGRAFÍA DEL COMERCIO. MEDELLÍN.
Director, FÉLIX DE BEDOUT.

Poseía la familia de Doña Clara en aquellas soledades una modesta finca de recreo, llamada *El Pinar*, por un bosquecillo que rodeaba la casa. Trasladábase allí de tiempo atrás la buena señora, en compañía de sus tres graciosas hijas, ya mozas, y de algunos otros retoños más tiernos, á procurar á éstos en los dos meses reglamentarios de vacaciones campo libre para correr y alborotar á sus anchas, y ocasión, no desperdiciada, á aquéllas para renovar la provisión de robustez y sonrosados colores, que diez meses de permanencia en la enervadora Villa solían luégo mermar de despiadada manera. Una sobrina de la señora, chica vivaracha y maleante, las acompañaba entonces.

Desde temprano, el Doctor Luneta, uno de los paseantes que descendían la cuesta, había hecho su aparición en *El Pinar*. Era hombre ya entrado en años, solterón empedernido, abogado de mortuorias, condiscípulo y lejano pariente del esposo de Doña Clara, y charlador tan inagotable como insustancial, que nunca pudo acabar una historia, yéndose, como se iba, desde sus comienzos tansolo, por todas las encrucijadas del detalle nimio y por todas las veredas de la digresión, sin preocuparse poco ni mucho de su auditorio, pues, á la verdad, no hablaba sino para sí mismo, dándosele un ardite de lo que su oyente pudiera replicar, y atento no más que á no hacer

pausa, por donde el otro quisiera metersele en el torrente de su discurso.

En la presente ocasión no había miedo de que tal cosa sucediese. Pedro, que era quien con él adelante marchaba, mientras los otros tres caballeros venían siguiéndolos media cuadra atrás en animadísima plática, no estaba de humor para réplicas; y, ensimismado en sus pensamientos, sin cuidarse de Luneta ni de sus interminables relatos, sin darse siquiera cuenta de que á su lado cabalgara; reconcentrado en sí mismo, ausente de todo, extraños sus ojos al espectáculo de aquella noche de hadas, cerrados sus oídos á todo susurro, insensible su piel á la frescura de la brisa, caídas sobre el arzón las manos que flojamente sostenían la rienda, inclinado el busto, bamboleantes las piernas, iba recomponiendo en la mente su triste historia de aquel día inolvidable, que marcaba en su vida una nueva etapa: el fin prematuro de una juventud satisfecha y el aparecer de la primera pena honda, honda é imperecedera, y que, de adolescente, lo trocaba sin anuncio ni gradación en hombre.

Había pasado el día con los viajeros que atrás venían conversando tan sabrosamente, en un pueblecito inmediato, muy concurrido en aquella época de fin de año por mozos alegres, como ellos lo eran, y pertenecientes á la clase rica y encopetada de la Villa; y ya al caer de la tarde, se habían

presentado, él y sus camaradas, en casa de Doña Clara, de cuyas hijas y sobrina eran grandes amigos y á quienes, con más ó menos seriedad y entusiasmo, solían hacer la corte. Allí encontraron á Luneta en exuberante soliloquio—que no diálogo—con Doña Clara, única persona en el mundo que, no se sabe bien si por candorosa ó por virtud—que de ambas cosas tenía en grande acopio la señora del *Pinar*,—le escuchaba por horas enteras, no sólo sin bostezos, sino con una inexplicable complacencia, que á todos sorprendía, y llenaba de gratitud al favorecido.

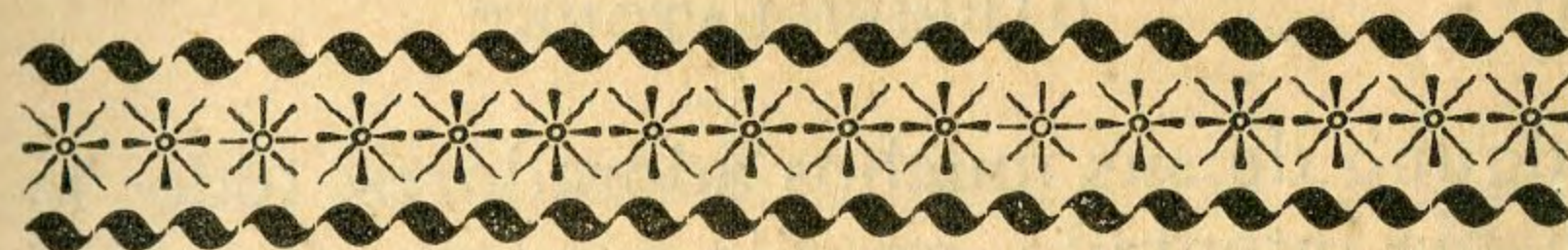
No menor fué la que por él sintieron los visitantes, pues retenida Doña Clara por sus eternas historias, quedábales á ellos cuanta libertad habían menester para enredar á su gusto con las muchachas, y como á eso precisamente habían venido, estaban ya á los pocos instantes agrupados en festivo corro, y divididos más tarde en parejas, en el amplio corredor fronterizo, bañado en aquella hora por la luna, que mostraba su faz apacible por encima de un cerro, invitando con su romántica sugestión á las confidencias íntimas y á los involuntarios entermecimientos. ¡Cuántas cosas—si jóvenes—no nos ha hecho decir la mística solitaria en su paseo reposado por las inmensidades azules, cuando, en compañía de una muchacha que nos gusta, la contemplamos amantes desde el corredor de

una casa de campo, embriagados de poesía por sus pálidos rayos! ¡Cuántas cosas que, á ser escuchadas por otros oídos que aquellos á los cuales se dirigen, y repetidas más tarde, habrían de producirnos rubores semejantes á los que suele darnos el que se nos recuerden sinceridades y declaraciones que en una fiesta de amigos nos arrancó el champaña, que acaso no embriague tanto ni tan verdaderos nos torne como los mágicos efluvios de Selene!

Pedro, recostado á la baranda en uno de los extremos del corredor, departía con Carolina, la segunda y más hermosa de las hijas de Doña Clara. Aquella conversación, que empezó, como otras muchas entre los mismos interlocutores, en tono de amistosa broma, cambió bien pronto de carácter; y si las otras tres parejas, que ora susurraban alejadas, ora se paseaban á lo largo de una galería lateral, ora reían y parloteaban en bullicioso grupo, no hubiesen estado tan entretenidas con sus propios regocijos, fácil les hubiera sido oír algo como sollozos ahogados de hombre que implora, en el rincón distante en que Pedro y Carolina se mantenían en obstinada reserva, rehusando la invitación que sus compañeros les hicieron alguna vez para que con ellos se mezclaran y en la conversación, algunos ratos general, tomasen parte.

Pedro había sido el iniciador de aquella excursión campestre, á la cual, fácilmente

conquistados, le siguieron de buena gana sus amigos. Prometíase el mozo un rato de ameno *flirt*, como otros muchos de gratísimo recuerdo, con la encantadora Carolina, á quien venía haciendo el amor de años atrás, cuando aún estaban ambos en la escuela.



II

CAROLINA lo amaba, y con seductora ingenuidad, á más de habérselo demostrado siempre, se lo había dicho sin rebozo no pocas veces. Este convencimiento en que su amante se hallaba, hacía que el muy tuno abusara de su situación privilegiada, cometiendo con todo cinismo mil infidelidades, que la enamorada muchacha, tras rabietas estruendosas y después de querellarse con el ingrato por algunos días, que rara vez llegaron á semana, acababa siempre por perdonarle, bajo el juramento, jamás cumplido, de no volver á las andadas. Desolábase la pobre niña con aquel dominio que ejercía Pedro en su corazón; pero cuantos esfuerzos hiciera para arrancárselo de allí, le habían resultado infructuosos: despedirlo irrevocablemente, negarse á salir cuando iba á su casa de visita, rehusarle una pieza en los bailes, hablar de él lindizas con sus amigas, ensayar coqueteos con

alguno de sus muchos adoradores, todo lo había intentado, no sólo para vencerse á sí misma, sino también para hacer creer á su dueño que ya no lo quería. Pero éste, que en el ímpetu mismo de los desaires con que Carolina lo abrumaba veía la prueba del no extinguido amor; y notaba la falsedad de la indiferente calma y de la afectada cortesanía con que la doncella—cambiando de táctica é inhábil para el fingimiento—lo trataba otras veces; no se dejaba engañar ni por sus furioses ni por sus indiferencias corteses, pues sabía de antemano—y anticipadamente en ello se gozaba—cuál era el remate infalible de todos aquellos amagos de independencia. Así es que el afortunado mancebo, sin pretenderlo acaso en un principio, había logrado traducir á la realidad el sueño perseguido por uno de los más depravados héroes de D'Annunzio: *ser constantemente infiel á una mujer constantemente fiel*. La joven, por su parte, furiosa primero consigo misma al caer de nuevo rendida por la centésima vez, terminaba por olvidarlo todo, anegándose en el inmenso placer de amar, para que había sido creada.

Carolina era una muchacha de extraordinaria hermosura; una morena picantísima, de esas que hacen volver la vista á todos cuando pasa. Alta; de formas opulentas; cabello negro, sedoso, ondeado y abundante, que le caía sobre la frente y las sie-

nes en rizos amotinados, enmarcando el rostro con gracia salvaje; ojos oscuros y grandes, ora apasionados, ora picarescos; dientes muy blancos, parejitos y deslumbradores; y dotada de la boca más agraciada y salerosa que jamás tuvo morena, de labios carnosos, y húmedos, y rojos. El garbo de su talle y el mohín de su cara, eran para enloquecer al más cuerdo; y había en toda su persona una belleza de hembra, muy hembra, que la moza hacía valer, inconsciente, en su inocencia de niña, de todos los incendios malvados que iba prendiendo dondequiera en los hombres, al cruzar ondulante por esas calles, con sus meneos de manola, la sonrisa jugueteándole en la faz redonda y sonrosada, y ceñido el esbeltísimo cuerpo por el traje bien apretadito, que con esto y el alzar coqueto de la falda, iba denunciando curvas armoniosísimas y dejaba á descubierto un pie admirablemente calzado y el arranque de una pierna soberana, que estiraba hasta casi romperlas las mallas de una media negra y bien templada. La franqueza de su espíritu era igual á la de su cuerpo; y así como no intentaba disfrazar sus formas ni disimular todo lo que había de incitante en su carne, con la misma inconsciencia, con idéntico candor, mostraba al descubierto su alma toda, incapaz, como era, de imaginar artes ó disfraces para sus sentimientos ó para sus ideas.

Pedro era un mozo de mucho brío, de contextura nerviosa, de entusiasmos sin freno, de repentinos designios, de improvisaciones audaces; un *descarado*, que antes decían, y que ahora llaman *impulsivo*. Formalillo, eso sí, y nada perezoso para el trabajo, en el cual, bajo la forma de comercio y agricultura, estaba ya ejercitándose desde hacía poco en la compañía de su padre, acabadas apenas de abandonar las estudiantiles tareas. Uníase á esto un talento no escaso; facilidad y vehemencia de expresión; algún barnicito de lectura, adquirido exclusivamente en la de versos, periódicos y novelas; el conocimiento superficial de dos ó tres lenguas extranjeras; instrucción de la que aquí se usa; y ciertas pretensiones de intelectual que, viciando un poco su carácter, ingénitamente franco y bondadoso, habían puesto en él gérmenes de premeditación artificiosa, que embarazaban á las veces la espontaneidad de sus procederes.

Habían empezado á quererse él y Carolina desde la escuela, y se amaron después con todo el ardimiento de jóvenes á quienes sobra vida y falta campo para latentes energías, pletóricos ambos de salud y de robustez. Mimado en su casa, rico, de porvenir halagüeño, y codiciado por las niñas casaderas por sus buenas partes de posición y de fortuna, Pedro conocía perfectamente su precio, y hallándose joven, pues

apenas contaba veinte años, y viendo delante de sí el mundo como mesa puesta para un goloso, no quería dejarse clasificar tan temprano en el gremio de los ya listos para maridos, en que cuasi-suegras impacientes y no menos urgidas mozas querían enrolarlo. Mas como en esa desigualdad que el curso del tiempo establece entre el hombre y la mujer que principiaron niños á quererse, Carolina estaba ya madura para el casorio y él era todavía un mozuelo, los compromisos matrimoniales en que se iba metiendo le asustaron no poco; por lo cual, batiéndose en retirada, si tal puede decirse, y sin dejar de hacer la corte, no menos entusiasta aunque con astutas restricciones, á la atrayente morena, cuidaba de que sus agradables amoríos no fueran resbalándose por la prosaica pendiente de la bendición eclesiástica, evitando con trabajos infinitos el que se aludiera al aspecto serio del asunto.

Procedía, pues, el novio de Carolina con la doblez y con las falsedades de un verdadero pillo; y, con todo, no era propiamente pérfido ni embustero. Amaba con sinceridad, aun más acaso de lo que él mismo supusiera, y había no pequeña dosis de franqueza en la acusadora doblez de su conducta. Si reservado siempre en lo que todo amor tiene de santo, jamás llegó á negar sus relaciones con Carolina, y hablaba frecuentemente de ellas y de su novia con apa-

sionamientos y jactancia. No desconocía las dificultades de su posición; pero sus reflexiones, cual las de todo aquel que es joven y, por añadidura, un tanto impulsivo, fatigaban su mentalidad á los primeros tropiezos, bien así como al niño que estudia matemáticas, y á quien el mero planteamiento é inteligencia de las cuestiones del problema, dejan absolutamente sin fuerzas para seguir avanzando hasta la solución apetecida. ¿Qué se proponía, pues, el enamorado temeroso de comprometerse, al seguir haciendo asiduamente la corte á la muchacha casadera? No lo sabía. Estimaba tan solo que las cosas no podían continuar como iban, y que un remate lógico é inminente se imponía con evidencia; pero estaba muy lejos de amoldar sus actos á lo que la verdad de su pasión y el respeto que á su novia profesaba, exigían de un amante y de un caballero; por lo cual, encarado con la solución del problema, rehuía el considerarla, haciendo lo que todos en casos análogos suelen con harta frecuencia hacer: dejar al azar, al fecundo azar la solución de las dificultades que nuestra cobardía nos presenta como invencibles, confiar á las improvisaciones de la suerte la inesperada solución de lo irresoluble. Por otra parte, la verdadera reflexión; la que no se paga de sofismas ni retrocede intimidada ante las rigideces de la lógica, es para las mentes juveniles función extraña y

engorrosa, y suele en muchos casos de la vida, aun la más práctica y la más prosaica, no venir á presentarse sino solamente *a posteriori* en los cerebros, ya más serenos, de muy positivistas y experimentados adultos. ¡Cuántos generales llenos de pericia pensaron vencer alguna vez, olvidados de la estrategia; cuántos comerciantes han creído aumentar su capital vendiendo á menosprecio sus mercancías y negociando á crédito con bribones; cuántos desaplicados oradores pretendieron lucirse con su ignorancia en la temible prueba de la tribuna; cuántos médicos enfermaron de indigestión; cuántos equilibristas se cayeron! En el corazón humano existe una fe indestructible, aunque inconsciente, en el milagro, á cuya aparición remiten los hombres las complicaciones de su vida. Vemos muchas veces, con un relámpago siquiera de reflexión, lo inevitable de ciertos acontecimientos, y, á pesar de todo, esperamos lo imposible. Más lógica y de mayor consecuencia en la candidez de sus juicios es la plebe ignara, pero sin reticencias creyente, que en las situaciones insostenibles exclama con una convicción, que acaso no sea más que una esperanza: "¡Ahí está la Virgen!" Sí; para esas gentes candorosas la Virgen hará que se pueda vivir sin comer, que el canceroso desahuciado no se muera, que las muchachas feas y pobres encuentren marido, que el propietario del

cuartucho no cobre los arrendamientos, que el plazo de una deuda no se venza....Y los que están por encima de toda superstición, los hombres ilustrados, los intelectuales escépticos que no creen en la Virgen, sí creen en el milagro, aun sin percatarse del absurdo, y como si su advenimiento fuera un hecho seguro proceden en las dificultades de su existencia.

Acaso era también en el milagro en lo que Pedro estaba descansando.

No se proponía, pues, de propósito deliberado engañar á la muchacha, ni le mentía al pintarle su amor: profesábaselo en realidad, y muy grande, y muy profundo, que en él todo se iba siempre á los extremos. Aterrábalo, empero, la vida prosaica, y para él anticipada, del matrimonio: ¡un matrimonio á los veinte años! Sepultarse vivo, catalogarse, ponerse un rótulo y colocarse en los anaqueles de la sociedad ya para siempre; cuando sentía que sus fuerzas apenas comenzaban á quererle mostrar en hechos; cuando le parecía que le brotaban alas, y experimentaba impulsos de echarse á volar por el mundo, de cernerse libre y potente por los espacios inconmensurables de la vida. ¿E iría así á enjaularse en el matrimonio! ¡Eso nó! Todo su sér protestaba contra semejante esclavitud: protestaba su cuerpo de atleta, hecho de músculos férreos, vibrante de nervios, rico de sangre ardorosa; protestaba su espíritu, celoso de

su libertad, sediento de ciencia, ávido de conocimientos y ansioso de actividades viriles; protestaba su corazón, que pedía emociones grandes, turbulentas, inesperadas, y que mal se avenía con el tranquilo cariño de esposo y con la monotonía y seguridad de los afectos familiares, la fidelidad y sumisión de una compañera, cuya merced á un sacramento que, quitándosela á sus padres, se la entregaba á él de por vida, previas todas las formalidades y diligencias de estilo. Nada! amar á Carolina, coquetear hasta la saciedad, galantearla, servirla; sí, con toda su alma; pero descender á compromisos imbéciles, nó, y mil veces nó!

La vida no es, sin embargo, como uno la quiere. Si él deseaba conservar su libertad de joven, Carolina, ya casadera, no veía para aquellos amores otro fin que el apetecido por toda muchacha honrada: el matrimonio. Un á manera de estigma tiene la sociedad para las solteronas, y ella no quería llevarlo; sus amigas se iban casando; una especie de vacío ó de soledad se estaba haciendo en derredor suyo; á cada nueva participación de esponsales que le venía, experimentaba como una burla. “¿Y tú cuándo?”—le preguntaban sus afortunadas compañeras; y esa pregunta, á la cual no sabía qué responder, y á cuya aparición sentía ímpetus de arañar á la victoriosa, y odios intensos, y deseos de pegar, de gritar, de lanzar insultos soeces

y bajos; esa pregunta era cada vez más frecuente, y le producía siempre el efecto de una bofetada en pleno rostro. ¡Quedarse; ser una rezagada! Oh! primero la muerte, el convento, cualquier cosa!... ¡Maldito Pedro! Cómo lo odiaba entonces, y qué recibimientos tan tempestuosos los que en tales casos le hacía! El muy píllo no dejaba de comprender la causa, y con cruel malevolencia, que le agradaba como muestra de superioridad y de dominio, solía dirigirle frases como éstas: “¿Le dió yá parte de su casamiento la Pepita?” “La que también arregló es Ana ¿no se lo ha contado?”. Una vez la muchacha no pudo contenerse, y como estuvieran á la mesa, en el ímpetu irreflexivo de su furia, tiró á su malévoló interlocutor con un vaso de agua que cerca á sí tenía, y encerrándose luégo en su aposento, se negó á salir, desoyendo las instancias de su madre, ante las cuales guardaba el más obstinado silencio.

¡Qué noche aquella para la infortunada! Recogida yá toda la familia; repuesta un tanto de sus inquietudes su bondadosa madre, acostumbrada con el tiempo á aquellos arranques de genio de su impresionable hija; cuando todo era quietud en torno, y sólo se oía en la calle el pito del policía y los inciertos pasos de algunos transeúntes que volvían á su casa; cuando todo estaba negro y muerto, y ella como

abandonada de todo humano sér, de todo humano consuelo; Carolina, que se había echado de bruces en el lecho, mordiendo la almohada con sus dientes felinos, arrancándole con sus dedos crispados los encajes y bañando el lino con lágrimas de fuego, se incorporó al fin, un poco desahogada por el llanto, y echando mano al botón de la luz eléctrica, encendió el foco. Púsose en pie y fué á mirar su rostro en un espejo; pero la primera cosa que en la límpida superficie vieron reflejada sus ojos, fué un ramo de violetas prendido á su pecho y que Pedro le había regalado aquella misma noche. A su vista renació el encono, aun más violento; arrancó de un golpe el ramito modesto, y, víctima de una exacerbación morbosa, abrió el escaparate, y sacando de él un cofrecillo, donde con cariño y arte iba acopiando cuantos recuerdos obtenía de su amado—tarjetas, cintas, estampas, flores marchitas, versos copiados para ella...—se dió á romper, á desgarrar con furia todos aquellos inocentes testimonios de un pasado que ahora le parecía odioso. Notó entonces sobre una mesa un chisme de porcelana, regalo también de su novio en un bazar de caridad que frecuentemente recordaban, y lo arrojó al suelo de una manotada. ¡Nada quedaba yá de aquel infame!...

El *infame*, entretanto, dormía con el sueño del justo. El vaso, lleno solamente

á medias y arrojado de un extremo á otro de la mesa, no alcanzó á su rostro, adonde la enojada lo lanzara: había apenas derramado parte de su contenido en su chaleco y pantalones, yendo á caer á sus pies sobre la alfombra del comedor, sin romperse siquiera. Después de aquella escena, salió Pedro de casa de Carolina rebotando maligno contento y satisfacción. Recordaba cómo se le había subido á su adorada toda la sangre á la cabeza al oír sus preguntas; cómo había fruncido el entrecejo; cómo habían fulgurado aquellos ojos negros y profundos; cómo habían mordido sus dientes blanquísimos aquellos labios tan rojos; cómo vibraban las ventanillas de la nariz en la excitación de la cólera; con qué gesto trastornador había alzado aquel brazo que, al ímpetu del movimiento bajada la manga de campana, se mostraba desnudo hasta el codo, ostentando su modelado escultural, sus tonos calientes de moreno rosa, el suavísimo vello, que lució al beso de la luz que de improviso lo hería como barniz tenuísimo sobre aquella morbidez incitadora.

Todos aquellos arrebatos de Carolina, de los cuales no era éste tal vez el más vehemente, le producían á su novio un placer—malsano sin duda—que le sabía como á triunfo sobre aquella muchacha impresionable y sincera. Cada día estaba más prendado de ella y cada vez se hallaba más

seguro de poseer su corazón; y como á la hermana abnegada, al amigo probado, dejamos de guardar consideraciones, y antes bien disponemos de ellos como de cosa sobre la cual poseamos un dominio absoluto, sin agradecer siquiera sus grandes bienes; Pedro sentía á Carolina tan suya como pudiera serlo una parte de sí mismo. De aquí el que abusara de la superioridad de su posición con respecto á su pretendida; pues si ésta dudaba muchas veces de la pasión de Pedro, que con tanta frecuencia se mostraba infiel; si temía—y harto que lo temía—que después de tantas complacencias y rendimiento como con él había tenido la dejara simplemente plantada; si la enfurecía el pensamiento de ser un mero juguete en manos del voluble mozo; éste, por su parte, estaba exento de temores; y sea por las multiplicadas muestras de amor que Carolina le tenía dadas, ó por la vanidad y petulancia propias de la adolescencia y de su situación de hijo rico y mimado; es lo cierto que se juzgaba como amo, y gustaba de atormentar á la chica, aun queriéndola, como, en efecto, muy sinceramente la quería.

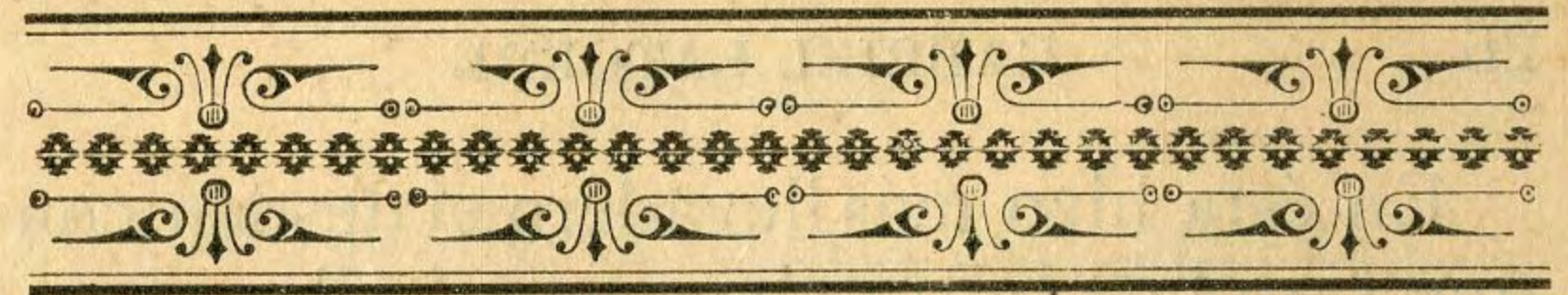
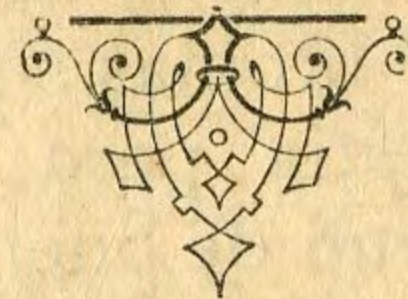
Sucede, empero, por una de esas extrañas anomalías de nuestro sér, que con frecuencia hay en una pareja de enamorados víctima y victimario; y que aquel de los dos á quien—por más sincero ó menos hábil—tocó el primer papel, se somete al

yugo con una especie de fatalismo; así como el otro, persuadido de su ventaja y acostumbrado á su oficio, sigue ejerciéndolo con malsano gozo, sin que sea sino en rarísimos casos posible acontecimiento el trueque de los papeles ó la igualdad de los amantes; tanto que es más probable en semejante comercio una ruptura completa, que traiga por consecuencia el mutuo desamor, que una alteración de la posición recíproca de los amantes. Es desde los comienzos mismos del amoroso trato cuando con esta irrevocabilidad se establecen las respectivas posiciones; y así había acontecido entre Carolina, que no sabía fingir, porque amaba mucho; que no sabía calcular, porque en ella el corazón todo lo dominaba; que carecía de experiencia en tales lides, porque Pedro había sido su solo y único amado; había sucedido así entre la muchacha inexperta y este favorecido de la suerte que, sin premeditación, se había visto, por querer del síno, convertido en verdugo de la que amaba. ¿No existe acaso una encubierta enemistad entre dos seres que se aman? ¿No son triunfos para el uno las derrotas infligidas al otro? ¿Mata por ventura el amor más puro y abnegado el inmortal egoísmo de nuestras almas? ¿Será verdad que dos corazones que ha encendido el fuego de la pasión se funden en uno solo, y que el yo, el yo Proteo, el omnipresente yo desaparece? Así lo dicen los

poetas, y es tan consolador creer lo que ellos nos enseñan; mas ¿no sería quizás un poeta también aquel que, por hacer una frase, dijo una profunda verdad cuando llamó, antes que nadie, á su amada *mi dulce enemiga*?

Como si tal fuese trataba Pedro en ocasiones á la exaltada morena, cual sucedió, por ejemplo, en el memorado episodio del vaso, en que la ira de la muchacha estalló irreprimible ante el provocador indelicado y petulante, no comprendiendo en su irreflexiva candidez que las personas que se encolerizan suelen excitar con su irritabilidad deseos de provocarla, como acontece á esos infelices á quienes los granujas persiguen con apodos, precisamente porque al oírlos se enfurecen. Luégo, Pedro gustaba de esos arrebatos de Carolina, porque en ellos veía una muestra de la ingenuidad de la muchacha, incapaz de fingimientos y rehacia á aceptar bromas sobre asunto que tal seriedad revestía para ella, por más que en otro terreno de buena gana las acogiese y aun las imaginara chistosísimas por su cuenta. A las insidiosas preguntas del mancebo, otra señorita más circunspecta (es decir menos amante) ó más *bien educada* (y la llamada *buena educación* ¿qué otra cosa significa sino la perfección en el fingir, la magnificencia de la mentira, como que los niños, los salvajes, los enajenados, los viejos de inteligencia decaída—gente toda

ella *mal educada*—no saben mentir?); otra damisela más modosita y que conociera todas las sutilezas y amaneramientos del recato, habría respondido con frases banales y de fórmula, ó manifestado por la suerte de sus amigas con novio de veras una satisfacción que estaría muy lejos de sentir; ya que á una muchacha soltera le gusta tanto que las otras se casen como á un abogado sin pleitos ver á un colega lleno de clientes, ó á un artista silbado oír los aplausos con que el público regala á otro de mejor estrella.



III

EL enojo de la muchacha en esta ocasión, se tradujo en los usuales desdenes, que Pedro esperaba, bien conocidos ya para que pudieran sorprenderlo: darle la espalda, no saludarlo en la calle, abstenerse de salir á sus visitas cuando iba á su casa, y todos los demás del repertorio que, á fuerza de repetirse, ya se sabía de memoria. No se alarmaba poco ni mucho con tales desprecios; pues sabía muy bien que tras ellos, como el sol después de la lluvia, vendría la infalible reconciliación, siempre tan dulce, y cuyo advenimiento él no precipitaba, dejando á la suerte ó á la muchacha misma el cuidado de prepararlo, ó manifestándose apenas con algún dicho ó hecho que volvían las cosas á su eterno ser, cuando las circunstancias favorables se presentaban y estimaba el tiempo ya suficiente para la conclusión de la crisis.

En ésta hizo más llevadero el desdén con que Carolina lo trataba—no sólo llevadero, sino hasta oportuno,—una nueva infidelidad en que andaba metido, y que, entre todas las que con frecuencia cometía, era la que más lo encaprichaba, ya que no pudiera llamarse correctamente amor á su entusiasmo de ahora. Julia, á quien en otras ocasiones había galanteado, si bien no tan abiertamente, era la que por el momento lo apartaba de su amiga de siempre; Julia, el sér que en este mundo había dado á Carolina más qué sufrir, y á quien la antigua novia de Pedro—celosa, puesto que amaba,—aborrecía con ese odio inextinguible de mujer, que nunca olvida y que jamás perdona. La había odiado desde el punto mismo de conocerla, con una especie de presentimiento, adivinando en ella una futura rival. No podía sufrir su presencia, y cuando en el comercio social topaba con ella, la trataba con una grosería semejante á la espontánea y ruda franqueza de los niños con las personas que no les gustan; jamás quiso darle la mano, y se hallaba molesta y malhumorada dondequiera que su enemiga aparecía. Los galanteos de Pedro á esta muchacha, por disimulados ó encubiertos que fueran, la ponían furiosa. ¡Y era con ella con quien Pedro la engañaba ahora! ¡Era para morir de rabia, y quisiera tener delante á ese miserable para escupirle la cara!.....

Acaso influyera en esta antipatía de Carolina por su rival aborrecida, el contraste que con ella formaba, pues, efectivamente, no era posible hallar dos seres más distintos.

Julia era una especie de muñeca, un dije de porcelana fragilísima, toda menudita y pulimentada, y de una finura y delicadeza de pájaro. Tez de azalea blanca, ligeramente sonrosada, tan ligeramente que apenas había como una sospecha de amanecer en sus mejillas; ojos azules, cabellos rubios, labios delgados, boca diminuta. Exhalaba toda su figura un aire de distinción y aristocracia inusitadas en estas latitudes. Parecía una flor exótica, nacida en un país desconocido; una como florecencia de la nieve, trasplantada repentinamente de regiones árticas y misteriosas á la recalentada y lujuriente tierra de los trópicos. Había viajado mucho y hablaba varias lenguas, todo ello debido á los consulados y embajadas en que su padre, político habilísimo, durante largos años se estuvo sacrificando por su patria en el extranjero. Ninguna muchacha era más popular y solicitada entre los mozos de la Villa. La llamaban la *Mariposa*, no se sabe si por la delgadez, gracilidad y finura de su cuerpo ó por lo voluble de su alma; pues era también la más hábil y enredadora coquetuela que jamás jugó en esta ignorada Villa con los corazones de es-

topa de tanto candoroso provinciano. *Matacaballos*, nombre vulgar de la delicadísima libélula, la apellidaba siempre Carolina.

Muñeca, ó dije, ó pájaro, ó flor, ó libélula, ó mariposa, hay que reconocer que, bajo estas engañosas apariencias de debilidad, se encerraba una alma dominadora y de mucho temple; y que si no tenía corazón—como coqueta, al fin,—sabía fingir muy bien el sentimiento cuando convenía á sus designios. Poseía, además, un espíritu frío y calculador; lo cual no le impedía mostrarse á voluntad llena de ingenio y rebosante de agudeza. Con todo esto, y con su elegancia y exotismo en el vestir, y con las mil artimañas que en parte heredó de su padre, el diplomático, y en parte adquirió residiendo fuera de su tierra, amén de ciertos adornos de educación, como un poquito de música, bastante de baile y algo menos de pintar flores y paisajes; nada de extraño tiene que la situación de amante preferido fuera disputada como una corona por sus paisanos que, no habiéndola casi conocido de niña, la consideraban como persona de otro clima y de distinta raza, y muy superior en todo concepto á sus paisanitas cursis, y de antaño para todos ellos conocidísimas.

Qué mucho que la Julita, calculadora como era, hubiese desde un principio echado el ojo encima al inexperto de Pedro, el mejor, por no decir el único, partido de la

Villa, gracias á la muerte de su madre, que le dejó heredero de una fortuna cuantiosísima, avaluada por la pública fama en cifras fabulosas, un capital limpio, limpio y todo suyo, sin hacer cuenta de su participación en los negocios de su riquísimo padre, y de las *esperanzas* que para no muy remoto futuro ofrecían la decadente salud y la no escasa edad de éste; todo lo cual permitiría á la muchacha rellenar las brechas enormes que la prodigalidad inagotable del suyo, ya casi arruinado, hacía en la mermada fortuna de su madre, que debió á ella la conquista del flamante embajador, cuando apenas era un simple Capitán de la Guardia Colombiana, traído á estas montañas en una de nuestras cincuenta y tantas gloriosísimas guerras, y á quien una incurable megalomanía llevaba á despilfarrar en fiestas y lujos cuantas ganancias le procuraron emolumentos y contratos, con que el generoso Gobierno pagaba su abnegación y patriotismo y los brillantes servicios hechos á la Causa (con C mayúscula y todo). Qué mucho que la chica tales pretensiones abrigara; y qué mucho que Pedro, de suyo un poco propenso á la vanidad, y acabado de echar á perder con el cariño casi idólatra que, á fuer de único hijo varón, le profesaba su difunta madre, con el mimo de sus hermanitas, la ternura que por él mostraban las niñas casaderas, y hasta el inmenso y

desinteresado amor de Carolina, se sintiese atraído hacia el disputado triunfo de alzarse con el corazón inconquistable de la exótica Mariposa, teniendo á sus plantas, vencidos y humillados, á toda una legión de presuntuosos competidores. ¡Qué triunfo para su soberbia! ¡Y qué coronación tan brillante pondría á aquella victoria cuando, dueño ya del campo, dejara plantada á la orgullosa rubiecita; á quien guardaba allá adentro sordo rencor por ciertas humillaciones que le imponía, jugando con él por la vanidad, como él jugaba con Carolina por el amor! Para Julia, Pedro era la vuelta á Europa, de cuya vida sentía perpetua nostalgia; la dicha, el porvenir asegurado. No lo amaba; ella no amaba en el mundo sino á una sola persona, á quien admiraba además con todo el entusiasmo de que era susceptible y á quien había hecho su modelo: su padre. Para Pedro, Julia era simplemente una satisfacción de su vanidad. Que Carolina padeciera un tiempo. Después de vengado él de la Mariposa, ya sabría contentar á la *Negra*: era suya.

La abandonada *negra*, por su parte, no queriendo ser menos; aumentado su justo enojo; herida su dignidad; acosada por las admoniciones de su madre, que quería verla libre para siempre de las artimañas de Pedro y asegurada su colocación matrimonial; estimulada al mismo fin por los

consejos de sus amiguitas, que continuamente venían increpándole la debilidad que mostraba para con su amante traicionero; ansiosa de apartar de sí las importunidades de tanta gente como en los asuntos de su corazón tomaban ingerencia; y acongojada, por último, con el dictado de *boba* que todos, especialmente sus hermanas, le echaban sin cesar á la cara, mortificando con ello su amor propio; venía esforzándose por aceptar los homenajes de alguno de sus muchos pretendientes que daba muestras de mayor sinceridad, y que, por esto y por otras razones más prácticas y positivas, era el favorito de sus aconsejadores, el candidato de más simpatías para aquellos oficiosos sufragantes.

Era el tal un joven, más que buen mozo, bello como Apolo y no escaso de dineros; de excelente familia; de un juicio y formalidad de hombre maduro, pues exento de toda clase de vicios grandes ó pequeños, no fumaba siquiera y en su vida había probado una copa. Su padre, que era comerciante también—profesión ejercida, directa ó indirectamente, por casi todas las personas de alguna fortuna en la provincia,—lo había enviado desde muy niño á educarse á Alemania; y de allí había venido Guillermo (que tal era su nombre) completamente ignorante de las gentes y costumbres de su tierra, aumentada hasta lo superlativo la dosis de candoridad que

debió á natura, y logrado plenamente el ordinario resultado de esas educaciones en tierra extraña: ser un extranjero en su patria, incapacitado ya para siempre de aclimatarse en ella. Del internado, donde había permanecido largos años, sin conocer casi la vida, había regresado directamente á su villa natal, sabiendo á la perfección el idioma de Goethe, las conquistas del Gran Federico y hasta los más insignificantes episodios de la guerra franco-prusiana; pero ignorando, en cambio, las condiciones prácticas ó teóricas de esta tierra de salvajes. Contábase á este propósito el enorme engaño que le dió cierto envigadeño, tratante en bestias, con la compra de un potro, que resultó no serlo, ni siquiera por la edad, rayana en la del ciudadano, y que el cándido del *Alemancito* (como solía llamársele) pagó por el quíntuplo de su precio, persuadido de que eran verdades evangélicas las estupendas hipérboles del redomadísimo chalán. Un sujeto inmejorable era el Alemancito; joven que en su vida cometió la más leve falta; que jamás dejó de ser puntual á una cita ó de transmitir las saludes que con él se enviaban; que no manchó nunca sus labios con una mentira; que siempre besaba á su madre y á sus hermanitas antes de irse á la cama, y apretaba la mano á todos los de su casa diciendo "*gesegnete mahlzeit!*" al levantarse de la mesa; que asistía á todos los ejercicios es-

pirituales de San Vicente, oía misa con devocionario de registros, cultivaba flores en maceta y no leía por nada obras prohibidas. Un buen muchacho, decían sus amigos, pero tan *simple*; excelente hijo, declaraban las madres; firma de primer orden, pensaban los comerciantes que tenían hijas casaderas; muy buen mozo, afirmaban las muchachas, sumamente buen mozo.....pero tan bobito, añadían por lo bajo.

Pues todo fué ver Guillermo á Carolina; todo fué contemplar el cuasi—paisano de Gretchen aquel trozo de muchacha, en ocasión en que iba hecha una real moza por esas calles de Dios, para experimentar el primer deseo grande de su vida, quedar eternamente hipnotizado y sentir que se le arrancaba el alma. Con la sinceridad y falta de malicia que le caracterizaban, pronto hizo conocer de todo el mundo su enamoramiento; mas su desconuelo fué enorme cuando supo que la muchacha tenía novio. Lleno de rectitud é ignorante de sus propios méritos, no pensó siquiera en disputar la posesión de aquel tesoro; y, tímido hasta el extremo, jamás dijo una palabra á Carolina; á su lado era aun más insípido que de ordinario: apenas si permitía á sus ojos, sus claros ojos de *vergissmeinnicht*, decir discretamente su admiración á la adorada, á la vez que parecían, haciéndose más humildes y como velados, pedir perdón de

su atrevimiento, mientras sonreían cariñosos los labios con gesto de sumisión y de ternura.

No podía creer tamaña felicidad, cuando Carolina empezó, en su nueva querella con Pedro, á manifestar algún interés ó deferencia por él. Preciso fué que sus amigos le advirtieran que la muchacha le estaba haciendo caso, para que se percatara de ello, más bien dando fe á lo que todos afirmaban que á lo que su propia observación le confirmara; mas admitiéndolo al fin, él, que no conocía sino el camino real, y que, tal vez espléndido marido, era un novio que no entendía su oficio, pensó, como era natural, inmediatamente en el matrimonio. Pero aquí estaba la dificultad. ¿Cómo arreglarlo? ¿cómo proponerle á la muchacha? No que le faltaran ocasiones; llovíanle, por el contrario, pues su presunta suegra, interesada doblemente, como ya se ha dicho, en esta alianza; sus futuras cuñadas, que rabiaban por ver á Carolina libre de su tirano; las numerosas amigas que de boba continuamente la motejaban; los camaradas del tímido pretendiente, á quienes procuraba cierta satisfacción hacer el papel de protectores; todo el mundo, en fin, todas las gentes, aún las más extrañas, que veían en el Alemancito un sér infantil é inofensivo, ganadas por la inocencia de éste, le proporcionaban, en una especie de conjuración en pro de su dicha, esas oca-

siones, más temidas que deseadas por el cobarde interesado, pues todo era verse en presencia de la imponente morena, para sentir como una especie de bomba aspirante que le sorbía toda idea de la cabeza, un como golpe tremendo que le destruía en un segundo los propósitos de valor que acopiaba espaciosamente en la ausencia, para lanzar, al fin, la gran palabra, para formular esa cosa audaz que llaman propuesta de matrimonio. Al lado de Carolina, en un corro de gentes amigas ó en dulce *tête-à-tête*, callaba siempre, limitándose á sonreír cariñosamente, como lo hacen esas personas que ignoran una lengua y desean mostrarse amables con quien no ha de entender la suya, y que sonríen, sonríen siempre, con ojos y con labios, á cuanto oyen decir ó á cuanta pregunta se les dirige. Verdad es que Carolina era entre todos los que en aquel matrimonio tenían algún interés, quien menos alientos infundiera al temeroso pretendiente. Le hacía caso, es cierto; es decir, lo toleraba al lado suyo, tratándolo como á un niño que se le hubiese confiado para entretenerlo, pero á quien no supiera cómo divertir; y ella, tan vivaracha y parlanchina y casi descocada con otros, á solas con su nuevo amante callaba con frecuencia; y esta falta de estímulo, esta reserva que Guillermo, sin alcanzar á analizarla, sentía vagamente, era mordaza para sus declaraciones, ó pretextos,

to, al menos, para posponerlas. Carolina se esforzaba por no ser *boba*, por no parecerlo, siquiera; y por eso había aceptado tibiamente los nuevos galanteos, si así puede llamarse esa adoración muda de Guillermo. Pero adentro, muy adentro de su pecho, había algo que no quería confesarse á sí misma; una cosa dulce y horrible: seguía siendo *boba*! Y si dejaba que sus actuales relaciones fueran tornándose más serias; si consentía que el rumor público empezara á comentarlas; si ella misma en ocasiones las proclamaba, era para que llegara á Pedro su noticia; para picar, ya que no su amor, su vanidad; para recobrar nuevamente al infiel; y, una vez vuelto....¿perdonarle acaso?....¿humillar á sus pies á aquel descarado?....¿volver á amarlo?....No lo sabía: no quería pensar más en esa cosa dulce y horrible. Ah! no ser boba! no ser boba! como se lo aconsejaban todos con insistencia unánime, que la tenía obsesionada; no ser eterna é irremediablemente una boba!.....

.....
¿Y Pedro? El arrogante mozo en sus cortesanas relaciones con la Mariposa, sufría, sufría también, aunque muy de otra manera. Ah! no sabía el inocente lo que era una coqueta, y ahora estaba aprendiéndolo á costa de su orgullo. Aquello que fuera un mero capricho; unos sabrosos asuetos del grande amor de Carolina; una

aventura entretenida y de poca duración en que entrara por pura vanidad, para obtener un triunfo, que creía fácil y seguro, para darse el maligno placer de hacer rabiar á unos cuantos presuntuosos competidores, se le había ido convirtiendo poco á poco en cosa más seria: el entremés en que esperaba divertirse, le estaba resultando drama. Por vanidad había entrado en semejante empresa; y la vanidad no le dejaba salir de ella.

La perspicaz rubiecita no se forjaba ilusiones con el amor de Pedro. Sabía hasta la saciedad que no la amaba, y se le daba un camino de todo ello. Quería un marido rico que la llevase á Europa, y no un amante que, más que apetecer, rechazaba su corazón de hielo, refractario á tales afectos. Había elegido á Pedro, que era el único, entre los mozos que estaban á su alcance, apto para su objeto; pero, conocido el flaco de su engreído galanteador, lo explotaba á su amaño; y hoy apasionada, luego desdeñosa, insinuante un día, reservada al siguiente, ya tierna, ya inhumana, solícita ahora, incommovible enseguida, acorazada con desdenes ó prodigadora de sonrisas, mantenía á su víctima en perpetua alternativa, cuidándose muy bien de ofrecerle un triunfo definitivo, que hubiera sido para ella la ruina de sus esperanzas, y conservando siempre en expectativa íntegro el batallón de sus galanteadores, sin enemistarse con

ninguno y utilizándolos á todos, con una pericia digna del más hábil estratégico. Esto desesperaba á Pedro, que había imaginado en su presunción—engañándose sin duda con el inmutable amor de Carolina—que todas las mujeres habían de ser para él como lo había sido aquella desventurada, y que pensaba hacer con Julia lo que César con Farnaco, para lanzar al público de la Villa la histórica frase del Romano. Pero hubo de guardársela, la famosa frase, porque si *vino y vió*, nunca pudo agregar *vencí*! La hija del diplomático tenía la habilidad necesaria para dejar siempre pendiente el anhelado triunfo, haciéndolo entrever artificiosa en halagüeña perspectiva; poniendo en el ánimo de Pedro la persuasión de que lo obtendría completo al día siguiente; y obrando de manera que la retirada de su cortejante, si á efectuarla se resolvía el encaprichado luchador, fuese interpretada como una vergonzosa derrota. Y esto no lo podía sufrir el engreimiento del jamás vencido mancebo: su pretensión era nada menos, en un principio, que derribar estruendosamente á todos sus rivales; enamorar á la invulnerable muñequita; y dejarla luego con un palmo de narices, para volver á Carolina, de cuya constancia jamás se le ocurrió dudar un solo instante.

El tiempo pasaba, sin embargo; ya iban meses de continuas escaramuzas; y Pedro

seguía preso entre las redes de la ingeniosísima coqueta, retenido en ellas por el sentimiento de vanidad que lo había arrastrado á aquella empresa temeraria, y por el ardiente deseo de vengarse, que, por menores causas, había en otra época brotado y sentía aumentar ahora en su alma, herida por aquellas humillantes maniobras á que se veía sometido. Sufría, sufría el muy pretensioso, alternando su padecer con algunos ratos de contento, en que llegó hasta creerse enamorado más de una vez de la Mariposa; pues la pequeñita era tan espiritual, é inventiva, y agradable como astuta, y en su casa se pasaban horas realmente deliciosas y se aprendían muchas menudencias útiles en la vida de los salones. Por cierto que Pedro había, desde el punto de vista de la elegancia y *savoir-vivre*, ganado inmensamente en su trato con la culta señorita, tanto más cuanto que ella, que veía en él su futuro marido, se había empeñado en educarlo especialmente con magnífico resultado: Pedro era ya más que un *cachaco*; casi un *dandy*.

Sabrosa vida á veces aquella que se llevaba el batallón de novios, y el escogido séquito de compañeras ó de simples amigos de la hechizadora Julita. Almuerzos íntimos, fastuosas comidas, elegantes veladas, bailes, cabalgatas, paseos campestres menudearon en aquellos meses, haciendo de la Villa comercial más muerta para los

placeres sociales, un centrico de cultura que iba ya causando alarma no poca á los buenos raizales que la conocieron en sabana. Por sobre todo esto batía sus alas la Mariposita como una hada, y su popularidad iba creciendo hasta convertirse en delirio. ¡Pobre Pedro! . . .



IV

CON el instinto de imitación que en esta sociedad de Medellín—como en todas—ha existido siempre, varias familias acomodadas siguieron, aunque en más modesta escala, el impulso social iniciado por la de Julia, obsequiando á sus amigos con alguna fiestecita ó cediendo á un grupo de jóvenes sus salones para que ellos á su costa la realizaran.

Preparábase uno de tales saraos, un baile ofrecido por una familia relacionada con la de Carolina; y para esa noche el Alemancito había determinado guardar aquella famosa propuesta de tan laboriosa gestación. Era, puede decirse, lo único que le faltaba para el matrimonio. Como esta idea se había adueñado por completo de su cerebro, desalojando de allí cualesquiera otras, en apresurar su realización se hallaba empeñado Guillermo con procedimientos muy chuscos; pues con esa prisa, cursi además, de las personas faltas de mundo para quie-

nes el matrimonio es una necesidad premiosa, y el noviazgo no oficial, que á otros encanta, un espantable martirio, había estado aprestando todas las ropas, utensilios y mobiliario del futuro menaje, por medio de pedidos hechos directamente á su buena patria alemana. Con esto se desquitaba el pretendiente de sus inactividades de otro orden; y gozaba con ello, imaginando en su puerilidad que tomaba así posesión de Carolina, á quien ya, con los muebles comprados y marcadas con su cifra ropas y vajilla; iba empezando á considerar como suya. Faltaba simplemente el declarársele, y esto—todo el mundo se lo aseguraba—era indispensable requisito. Su padre procedería enseguida á presentar la petición oficial; y como éste, deseoso de animarlo, lo amenazara con que iría él mismo á nombre de su hijo, que temblaba de miedo, á hacer á la muchacha las declaraciones que su pretendiente omitía; Guillermo, comprendiendo cuánto se encerraba en ello de ridículo y cuánto habría de reír el público al imponerse, había fijado como plazo irrogable para aquella heroicidad el esperado baile.

Llegó, por fin, el día, con gran susto de Guillermo. Hervía la casa de gente. Vistiendo trajes en su mayoría claros y vaporosos; casi desconocidas para sus amigos, gracias á las galas que estrenaban y al tocado exótico, que daba aspecto nuevo á

sus fisonomías; el rostro muy cubierto de polvos; los ojos agrandados; mayor, en apariencia, ó más pequeña la estatura; el cuerpo, ó más delgado, ó más grueso, ó más enhiesto, pero, en todo caso, distinto, al parecer, del de todos los días, y con tal cual retacito de piel asomando como ruboroso en algunos brazos y gargantas; contraídas las bocas con gesto displicente; el aire muy severo, muy digno; y mirando por encima del hombro con una expresión como de quien dijera: “¡arrímese Ud., si se cree tan valiente!”; las muchachas, sentadas en círculo en la sala escueta y enlonada, se abanicaban nerviosamente, disfrazando con sus afectadas actitudes el miedo á carecer de galanes que las sacasen á bailar, abstención que habría de condenarlas á ese verdadero suplicio de *comer pavo*, como en el *argot* de los salones medellinenses se le designa. Los hombres, entretanto, vestidos de frac, con peinados muy arregladitos y lustrosos olientes á tricófero, disimulaban la turbación que no menos grande sentían ante aquellas caras despectivas, luchando por entrarse los guantes, ó coqueteándole con satisfactorias ojeadas á la blanca pechera de sus camisas ó al estupendo galón de sus pantalones ajustados; ó bien se fumaban á escape un cigarrillo, reunidos en pequeños grupos en el corredor, asimismo alfombrado de blanca lona; ó asomaban tímidamente á las puertas de

la sala, en solicitud del rostro adorado que respectivamente los atraía. Los papás hablaban de letras de cambio ó de sucesos políticos en el más alejado extremo de la galería, próximo á la cantina; mientras las mamás, luciendo la sayita negra de Semana-Santa, agazapadas en un rinconcito de la sala, observaban á sus niñas, atisbaban de soslayo á sus futuros yernos y hacían críticas y comparaciones de indumentaria, con ventaja infalible para sus propias hijas.

La primera pieza, que ya sonaba, fué disipando la timidez de los danzantes que en el corredor se agrupaban; poco á poco las niñas de la sala, iban abandonando sus puestos de espera contra la pared, conducidas al baile por sus admiradores. El hielo del comenzar fué fundiéndose; dulcificándose los rostros avinagrados de ellas, apaciguándose la expresión azorada de los galanes; y bien pronto pobló la casa, antes casi sumida en el silencio, un suave murmullo de conversaciones, convertido á poco en franca algarabía que la música secundaba, haciéndose también más ruidosa y estimulante.

Carolina estaba aquella noche deslumbradora. Ordinariamente cuidaba poco de su indumentaria, comprendiendo acaso que su verdadero encanto residía en la naturalidad y frescura de su belleza. Pero en esta ocasión, no acertando á explicarse el motivo de tan raras exquisiteces, se había em-

peñado en aparecer más hermosa y puesto especial esmero, que á su madre y hermanas sorprendía por lo inusitado, en que su traje fuera digno de la fiesta y de quien había de llevarlo. Consultó modistas, estudió figurines, examinó telas, pero nada lograba satisfacerle. Hallaba en los variados modelos que le recomendaban recargo de perendengues, ostentaciones de factura, amaneramientos insufribles; no sé qué de falso y de violento que había de anular su personalidad física con artificios de modistería, como la mentira, que tanto odiaba, habría desfigurado su alma; así es que en vez del cuerpo contrahecho que las modistas querían venderle, optó por ese bellísimo y opulento que debió á las esplendideces de natura, imaginando en su manía de sinceridad, y con ese instinto estético que casi nunca abandona á los que aman la verdad y tienen puro el corazón, el traje y aderezo que más convenían á su hermosura: una sencilla falda de seda roja, lisa y ceñida en las caderas, y un juboncillo de lo mismo, de donde emergían, desnudos y esculturales, los carnosos brazos, el combo pecho y las espaldas tersas y lucientes; por único adorno, un moñito de terciopelo verde en el lado derecho de la cintura, y una espléndida rosa encarnada que naufragaba en el negro mar de sus cabellos alborotados. Su hermosura tenía en su espontánea exuberancia mucho de salvaje, y el hechizo

que de toda su persona se desprendía á borbotones, un no sé qué de misteriosamente diabólico que, al mismo tiempo que la admiración y el deseo, despertaba en el ánimo de sus contempladores estremecimientos de miedo. La inocente muchacha no tenía la culpa: así era su belleza; y atenta Carolina solamente á ser lo que era, había prescindido en absoluto de postizos: no debía siquiera á la socorrida velutina el aterciopelado de su cutis; no se avergonzaba, como todas sus paisanas, del tono acanelado de sus mejillas, cuyo suave bermellón *no le había costado su dinero*; no brillaban fulgores comprados en el lóbulo de sus orejas, visibles apenas bajo la impetuosa catarata de sus cabellos; ni una gota de esencia impregnaba sus ropas; iba holgado su pie en el pequeño zapato rojo; plegábase su cintura con la facilidad de los juncos bajo el inútil corsé que flojamente la ceñía; y en rítmicas, amplias y desembarazadas ondulaciones subía y bajaba, libre de apreturas, el ancho y robusto pecho, en cuya redonda superficie cabrilleaba la luz con ósculos amorosos. Había querido únicamente ser ella misma, é idealizando en cierto modo su hermosura, se había hecho, sin mentir, aun más hermosa; había procurado ser sólo natural, y, sin sospecharlo, había resultado, supremamente artista, descubriendo así, con la intuición de las almas sinceras, el verdadero secreto del arte.

Hallábase contenta de su obra y con la conciencia satisfecha, y, sin embargo, nerviosa y agitada. En su cabeza bullían confusas ciertas ideas que ella dejaba sin analizar, designios acaso de que no se daba cuenta, vagas y recónditas esperanzas. Esa fiesta le interesaba; quería estar bella, más bella que todas; pero había una cosa que la exasperaba sobremanera: la presencia en el baile de la aborrecida Matacaballos, á cuya vista no hubiera podido responder de no arañarla.

Afortunadamente, la etérea rubiecita hubo de excusarse á última hora por indisposición repentina, aunque nada grave, de su madre, y por carecer de un escudero autorizado que á la fiesta la acompañara; pues su padre, único que en tal caso hubiera podido prestarle este servicio, se hallaba hacía algunos días en Bogotá, fraguando indudablemente una nueva intriga.

Concluía la primera pieza. La separación de sexos y la ordenada distribución de puestos había desaparecido. Los danzantes tomaban posesión de toda la casa. Formábanse grupos bulliciosos de personas íntimas; había risas, chanzas, citas anticipadas, discusiones galantes. Algunas negras solapas ostentaban ya flores que antes durmieran entre la leve gasa el sueño que enviaba Bécquer. No había una sola muchacha sin su compañero. Hasta el corrillo negro de las madres recibía alguno que

otro visitante en su rincconcito de observación. Los señores mayores, hecha la primera libación y encendido el cigarro, dejaban la política y los negocios, poniéndose á recordar sus buenos tiempos; y vueltos los ojos á las muchachas que, colgadas del brazo de sus galanes, paseaban el garbo de su talle y la elegancia de sus ropas por la amplia galería, lanzaban esas observaciones irrespetuosas y verdes, tan comunes en boca de ciertos casados á quienes el matrimonio torna impúdicos y quita la cándida reverencia que los solteros sienten por su dama. Todo había entrado en actividad al golpe de la música; todo se agitaba ya y bullía con hervores de júbilo; hasta las esencias—azureas, ixoras, chipres, sándalos y congéneres—que impregnaban los trajes, parecían haber esperado aquel momento para declarar á gritos su presencia y poblar la atmósfera caldeada con su escandaloso vocerío; ahogando y como sorbiéndose el balbucear tímido de los lirios que sobre fondo de hojas oscuras, arrancadas á plantas silvestres, adornaban de trecho en trecho, á manera de panoplias, los muros encalados de los corredores; disputando el dominio del aire á las azucenas gigantescas, á los narcisos enervantes, á las rosas llenas de lujuria, á los tulipanes ardorosos, á las violetas humildes, á las crisantemas exóticas, á los jazmines castos y delicados, que en enormes jarrones ó ar-

tísticos portarramos lucían por todas partes en consolas y veladores, y á las guirnaldas de claveles que, por entre postres apetitosos, lanzaban sus carcajadas rojas á los visitantes del *buffet*, abierto desde el principio de la fiesta á todos los concurrentes. Los ojos se encandilaban con el resplandor de tanto eléctrico foco, con el reverberar de los espejos que en salas y corredores multiplicaban el concurso, con la monotonía blanca como de un lago de hielo del enlonado pavimento; mareábanse por el girar de los bailarines y el mezclarse y revolverse de todos aquellos trajes rosados, y azules, y amarillos, y verdes, y lilas, y rojos, y blancos, y violetas; y por el brillo de las pecheras almidonadas; y por los colorines extravagantes de los farolillos de Bengala que enmarcaban el claustro, pendiendo en guirnaldas alegres por entre los pilares festoneados de musgo y telas chillonas, ó fulgurando como enormes luciérnagas por entre el ramaje oscuro de los arbustos que crecían en aquel inmenso patio, en competencia con las orquídeas que colgaban de los techos en canastillos y con los centenares de macetas florecidas que se alineaban á lo largo de los corredores, dejando entre sí y las adornadas paredes amplia calle por donde los bailarines desfilaban como por las alamedas de algún parque. Generoso derroche de luz había por dondequiera; pero enmedio de aquel

mar de claridades, surgían aquí y allí islas de deliciosa penumbra, sombreadas por anchas hojas de palma ó por los verdes abanicos de alguna iraca gigantesca, bajo cuyo misterio complaciente alguna pareja solitaria, sentada allí como en un nido, lejos de las tempestades de afuera, cuchicheaba amores dulcemente.

Carolina había salido á bailar con Guillermo la primera pieza. Casi á empellones lo habían llevado sus amigos hasta su pretendida. Era la primera vez que con ella se hallaba en una fiesta de esta clase; y al verla tan hermosa y arrebatadora, aquel valiente que en esa ocasión iba á pedirle su mano, casi no acertaba á solicitar el pequeño favor de una pieza, á tantos indiferentes concedido. Al fin se atrevió, no supo cómo, á la verdad, y ya casi le pesaba de su audacia: la muchacha estaba aquella noche de mala vuelta, arrugado el entrecejo, los labios apretados, y con la mente puesta al parecer en otra parte. El Alemancito no tenía ánimos para articular una frase, aun en el supuesto de que se le hubiese ocurrido. Una había lanzado hacía poco, después de mucho devanarse los sesos:

—¿Cómo están por su casa?

—Bien—respondió secamente Carolina.

Y el tono de aquella voz en la cual se adivinaba una cólera reconcentrada y pronta á estallar al menor choque, quitó

al preguntante las ganas de recomenzar. Sintió que se le formaba un nudo en la garganta; sudaba frío; hubiera deseado que se lo tragara la tierra; y él, que era excelente bailador y hasta muy regular músico, perdió toda noción de compás; y con los pies enredados, avanzaba por entre el torbellino de parejas, empujado por todos y sin saber lo que hacía; hasta que su compañera, asiéndolo bruscamente por un brazo, le dijo despreciativa:

—Usted no entiende de esto; parémonos—y se detuvo con él en un ángulo del salón.

Mas de repente (Guillermo no alcanzaba á explicarse aquel cambio tan rápido é inmotivado) se volvió á él, transfigurado el rostro, dulce la voz, cariñosa la expresión; y enlazándose á su galán, volvió á comenzar el interrumpido baile, exclamando con su voz alegre y sonora:

—¡Qué bien baila usted, Guillermo, y qué valse tan delicioso!

El resto de la pieza fué un encanto para el antes regañado amator. Carolina, que era una pareja sin rival, bailaba ahora con entusiasmo; y fijos los ojos acariciadores en los casi deslumbrados y tímidos de su amante, hablaba con hechicera volubilidad, diciéndole cosas tan gratas, frases tan amables y tan animadoras, que el pobre muchacho, que nunca había soñado llegar á oírlas, se encontraba ahora transportado

de felicidad y sin saber á qué debiera tanta ventura, después de haberse visto sumido en desconsuelo tan grande.

Lo curioso, empero, es que Carolina tampoco lo sabía. Cuando descansaba con su humillado compañero en el ángulo del salón, sintió de pronto sobre sí un par de ojos ardientes que la miraban desde una de las puertas del corredor, adonde ella había estado atisbando mañosamente desde principios de la fiesta; y al recibir aquel choque magnético, todo su cuerpo vibró como sacudido por fuerza misteriosa; y fué entonces cuando, sin darse cuenta de sus actos, se volvió á Guillermo, trocada súbitamente en paloma arrulladora. Aquel par de ojos ardientes eran los de Pedro, que acababa de llegar y que por ella había venido.

Temeroso de verse entre las dos muchachas, y perplejo ante la conducta que en tales circunstancias hubiera de observar, tenía resuelto no ir al baile; pero cuando supo, ya tarde, que Julia se había excusado, no vaciló un momento, y, arreglándose á toda prisa, se lanzó á la casa de la fiesta, en busca de su nunca olvidado amor.

Guillermo y Carolina seguían girando acompasadamente al vaivén del valse; y con tanta perfección lo hacían, que ya muchos mirones se agrupaban para verlos, tan ensimismados en su arte como parecían, tan amorosamente inclinados uno hacia otro, ambos tan jóvenes y tan hermosos, y

formando, por el contraste mismo de sus personas, una pareja tan gallarda que daba gusto grande el contemplarlos. Fué un verdadero triunfo para Guillermo, tan poco acostumbrado á obtenerlos. Doña Clara no cabía en sí de gozo, y muchas de las madres del rincón negro estaban enviando su fortuna. Carolina volteaba y volteaba, sintiendo siempre sobre sí el magnetismo de aquellos ojos que no se le quitaban un punto de encima, y que ella veía sin mirarlos, mientras se movían sus piernas y charlaban su boca dulces cosas.

Terminó el valse con un acorde estrepitoso. Las conversaciones cesaron bruscamente, para reanudarse enseguida; y la pareja triunfadora vino á sentarse en un sofacito del corredor en busca de frescura. Guillermo, animado por sus recientes éxitos, pero temblándole el corazón ante la inminencia y gravedad de lo que iban á expresar sus labios, trataba de hallar una frase de propuesta, la frase que otros habían dicho ó que dirían, antojándosele que debía existir una consagrada para tales casos, aunque por miedo á las burlas que preveía, no se hubiese resuelto á averiguarla, pesándole ahora de ello; y como hacía en un tiempo cuando estudiaba el alemán, coordinando primero las palabras en su cabeza, aprendiéndolas enseguida de memoria, para soltarlas luego balbuciente, en expectativa temerosa del efecto que producirían,

y que casi siempre era el de la risa, á veces estrepitosa, de su oyente; así en esta ocasión, la más solemne de su vida, el pobre estudiante de amor se estrellaba otra vez ante las dificultades de un idioma infinitamente más fácil, y que toda la humanidad ha hablado y entendido durante siglos, sin recurrir á léxicos ni á gramáticas.

En este trabajo se hallaba, oyendo, con ello, un poco distraído, cual versificador que busca una rima, los cada vez más verbosos discursos de su amada, que no cesaba de hablar, como si quisiera aturdirlo y aturdirse, cuando apareció el dueño de la casa, con la frase—ésta sí bien consagrada por antiguo uso—y dirigida á Guillermo, con amabilidad—también de fórmula:

—Usted no ha tomado nada. Vamos! una copita de brandy. La señorita da su permiso. Pronto se lo vuelvo á traer.

Carolina asintió. Guillermo quiso en vano excusarse: un antioqueño no admite que nadie en su casa pueda rehusar una copa; y aunque el obsequiado no haya bebido nunca, ó esté enfermo, ó no quiera, ó no le guste, tiene que tomarse el trago ofrecido ó perecer.

Quedóse, pues, un momento sola Carolina; un segundo no más, que apenas se habrían alejado cuatro pasos los bebedores, una voz que ella conocía murmuró á su oído, tan cerca de sí que percibía, con el sonido de las palabras, el aliento cálido de

quien, sentándose quedamente á su lado, las profería:

—¡Perdón, perdón, Carola!

La muchacha, volviéndole casi la espalda, torció hacia otra parte el rostro sin mirarlo, y nada respondió: ni habría podido: la emoción inmensa que la embargaba le había quitado el habla.

—¿Me he demorado mucho?—siguió diciendo Pedro.—¡Y usted esperándome, Carolina! ¿Y sabe? no pensaba venir: como he sido tan malo, tenía un miedo atroz; todavía estoy temblando; me siento como si fuera á presentar exámenes. Pero no he podido resistir á la tentación de verla á usted, Carolina. ¿Qué sería de este pobre muchacho en el mundo sin su negra! Y tan hermosa, tan salvajemente hermosa como está usted esta noche, Carolina. Se me parece usted á Kundry. Apenas la ví ahora al asomarme á la sala, me asaltó la semejanza: es la misma Kundry! ¿Qué quiere usted? Cosas mías, bobadas; pero así me he figurado yo á Kundry, á Kundry salvaje y tentadora. ¿No me oye usted, Carolina?

Demasiado que le oía, embelesándose con la apasionada verbosidad, no siempre del mejor gusto, que gastaba con ella su infiel amante. Sus mismas jactancias, á que ya estaba acostumbrada, la dejaban sin enojo. Le escuchaba sin perder una sílaba, ya un poco repuesta de su emoción, pre-

guntándose con curiosidad: "¿quién será Kundry?"; pero muda siempre, y desviado pertinazmente el rostro.

No se intimidaba Pedro por tan poca cosa, que mayores desaires había recibido de su siempre amante pretendida; y con voz entre apasionada y de broma seguía murmurando:

—¡Tanto tiempo sin verla á usted, Carolina! Si supiera toda la falta que me ha hecho! Yo que la quiero tanto!

—No lo parece—exclamó impensadamente y como para sí sola la muchacha.

—¿Qué dice usted?

—Nada.

—Con que ¿no me cree usted?. Escúcheme usted, Carolina. ¿No quiere usted oírme?

—Nó.

—¿No le importan á usted mis explicaciones?

La muchacha se encogió de hombros con gesto despectivo.

—Pues bien, señorita—dijo Pedro cambiando de táctica y con exagerada cortesía;—conozco que me he equivocado, y sólo me resta pedir á usted respetuosas excusas por mi impertinencia. Me retiro, pues, apenadísimo con mi indiscreción; y, si usted me lo permite, voy á llamar á Guillermo.

Al escuchar semejante amenaza, se estremeció de miedo la impresionable niña:

había estado demasiado dura, y todo iba á perderse por su causa.

Afortunadamente, Pedro añadió enseguida con burlona entonación:

—Pero, niña, por Dios, va á torcérselle á usted la nuca. Si tan indiferente le soy ¿por qué no se atreve usted á mirarme? ¿Me tiene usted miedo?

—Yo?—prorrumpió llena de cólera ante tan descarada provocación la desdenosa.

Y volviéndose rápidamente, fijó los negros ojos en los de su amante, para bajarlos luego, al punto, ruborizada y vencida. Fué un relámpago tansolo, pero relámpago de amor, que, á despecho suyo, fulguró en su mirada, clavándose en el corazón del afortunado como una saeta de fuego.

—Carola de mi alma ¿me perdonas?—suplicó él, casi de rodillas y tuteándola inadvertidamente.

Y ella, puestos los ojos de prolongadas pestañas en su abanico, que temblaba entre sus manos posadas humildemente en el regazo, dijo, con lágrimas en la voz:

—¡Se ha manejado usted tan mal conmigo, Pedro!... ¡He sufrido tanto!...

Al escuchar aquel acento de queja, dulce como una caricia, con que la doncella se le entregaba, ya vencida, y vuelta á su sinceridad de siempre; Pedro, transportado de amor, contagiado de ternura y con amagos de llanto, sentía rencor indecible contra sí mismo y contra su indigna conducta.

Estaba jugando con aquella infeliz, á quien amaba, y que, prendada de él como una tonta, se le rendía sin reservas, perdonando siempre las mayores infidelidades con facilidad increíble; subyugada completamente por aquel mozo envanecido; privada por el verdadero amor, que inhábiles torna á las mujeres apasionadas en cuyo corazón llega á albergarse, de su destreza ingénita para servirse de las certeras armas de la coquetería, que son segura prenda de su victoria. Pedro, ante aquel nuevo testimonio de amor de Carolina, sentía remordimientos que amargaban su triunfo y engrandecían su afecto. Hubiera querido borrar al precio de su sangre los pesares silenciosos que por causa suya padeciera la sensible doncella, las lágrimas tal vez que le había hecho derramar; y se juraba ahora á sí mismo obtener de su propia conciencia el perdón de lo pasado, aplicándose á ser con Carolina un amante digno de tanta abnegación y tanta ternura. Jamás había llegado á ver tan claramente como aquella noche la profundidad del amor que la apasionada niña le profesaba.

Seguro del perdón había venido, y bromeando donosamente hubiera deseado hacer las paces. Había sido siempre ése su sistema. Más que una pasión seria y con ribetes de melodrama, quería, á fuer de mozo aturdido y con anhelos de despreocupación, un *flirt* de buen tono, con su pi-

mientica de farsa, sin enternecimientos románticos ni compromisos imbéciles, alegre y zumbón.

No rechazaba Carolina este procedimiento en cuanto á las meras exterioridades se refería. Era espiritual y graciosa por naturaleza: la risa estaba siempre jugueteando en sus labios; guiños de picardía infantil estremecían á veces su rostro, y chispazos de inocente malicia reverberaban en la infinita negrura de sus ojos. Desgranábase alegre su risa sonora con la espontaneidad del pájaro cuando canta; con los arpegios del agua que va saltando retozona por sobre las guijas de su lecho en el arroyuelo limpio de la montaña. Reía libre y sabrosamente, echada hacia atrás la desmelenada cabeza, turgente el seno, inflada la garganta de paloma, y fulgurando atrayentes, como pétalos de jazmín entre un puñadito rojo de claveles, los dientes blancos y menudos, entre las sensualidades húmedas de su boca. Gustaba de chanzas, celebraba cordialmente los chistes é imaginaba jugarretas anodinas que la llenaban de regocijo. Voluble un poco también por temperamento, y pasando de la risa al llanto sin transición aparente, hubiera hecho una espléndida coqueta—que algo, al fin, lo era con sus amigos;—pero tuvo la desgracia, ó la fortuna, de enamorarse perdidamente de su primer novio, y á amarlo se dió con todas sus fuerzas, que no eran pocas, toman-

do casi siempre las cosas por el lado trágico, sin entender otras bromas que las que á la sola forma atañían; pero celosa por conservar á la esencia de sus amores toda la seriedad, todo el apasionamiento sincero que á su índole de abnegación y constancia comportaban, y con su exclusivismo egoísta y su fidelidad interna se avenían. De aquí sus frecuentes altercados y sus estupendas cóleras con Pedro, que ya eran provocadas por él intencionalmente, ó ya estallaban imprevistas y ruidosas, cuando el festivo burlador, sin designio alguno malévol, traspasaba inadvertidamente los límites vagos é indeterminables que su excitable compañera había fijado al juego de la chanza.

En esta vez, acaso la única hasta entonces, había, en el fondo, prevalecido su manera sobre la de Pedro, que, desconociéndose á sí mismo, tomaba muy á lo serio su nuevo papel de amante de novela, encontrando en su ejercicio placeres no sospechados y un caudal de ternura y apasionamiento de que se creía desprovisto. Estaba verdaderamente hechizado, lleno de entusiasmo por la novedad de su proceder y satisfecho de su abdicación.

Cuanto á la muchacha, no hay para qué decir que estaba en sus glorias. Jamás había amado tanto como en ese día venturoso en que el alma de Pedro vibraba al unísono con la suya. No sólo amaba, sino que

saboreaba, ya confiada, su goce magnífico con refinamientos de goloso. Una luz esplendente iluminaba las nieblas que en los días que precedieron al baile habían encapotado su espíritu, y con retrospectiva clarovidencia comprendía ya muchas cosas vagas y extrañas experimentadas durante ese tiempo: su afán por parecer hermosa; sus preocupaciones de indumentaria; el haberse guardado, tomándola á hurtadillas de un tarjetero de la sala, la esquila litografiada de invitación, negándola después, como si se tratara de un verdadero robo, á alguna de sus hermanas que la solicitaba para satisfacer una duda, y conservándola entre sus prendas más estimadas para leer y releer á solas en su alcoba aquellas cuatro líneas banales; las noches que pasaba en su cama, despierta y sin pensar en nada; el estar consultando á cada instante el almanaque, para computar los días que aún faltaban para ese gran 15 *del presente á las 8 p. m.*, como rezaba la fórmula de la tarjeta; el anhelo y el miedo que juntamente sentía á su aproximación; su prisa por vestirse, venida ya la fecha tan esperada, desde las cinco de la tarde, cuando sus hermanas, más exquisitas que ella y más morosas en la *toilette*, no pensaban aún en atavíos; el denegarse á ir á la mesa, por no sentir hambre, bebiéndose, en cambio, muchos vasos de agua, sin tener sed y sin percatarse de ello; el asomarse

cada cinco minutos á la ventana y al portón, en espera del coche que debía llevarlas á la fiesta; el temblor que la agitaba cuando entró á la casa iluminada y contempló tanto frac negro y tanta pechera blanca amontonados en los corredores; aquel su atisbar impaciente á la puerta de la sala; su conducta con el desdichado Guillermo. . . . todo, todo lo comprendía ahora; y se encontraba ya tan á su gusto, tan despejada la mente, tan adormecidos los nervios, tan equilibrado su organismo—tranquila y dichosa.

Sin separarse un instante, habían ya bailado mucho: el valse vertiginoso, el lánguido y apasionado pasillo, la arrulladora mazurca, la polca frívola y coquetona, el acompasado *schottisch*, las aristocráticas cuadrillas; habían conversado aun más, tiernos y sentimentales, haciendo reminiscencias gratas y jurándose incontrastable fe, como cualquier romántica pareja; adornaba ya la solapa de Pedro un clavel rojo, arrancado á una de las guirnaldas del *buffet*, y que antes de pasar á su pecho había sido consagrado, haciéndose al parecer más encendido y fragante, por un beso de Carolina. Reposaban ahora á la misteriosa penumbra de una iraca lujurante, adonde llegaba como un eco el júbilo de la fiesta. Y callaban.

Carolina, que con sibarítico deleite saboreaba, rumiaba, por decirlo así, en su men-

te, los dulces episodios de aquella noche, preguntó de improviso, picada otra vez de curiosidad por una alusión no entendida, y olvidada luego en el goce de la reconciliación:

—¿Quién es. . . .? Ajá! ya se me olvidó el nombre. Esa que usted decía ahora en el corredor. ¿Cómo era?

—No recuerdo, Carolina.

—¿Qué memoria la mía! Una que usted llamaba “salvaje y tentadora”. ¿No fué así como usted dijo, Pedro?

—Ah! ya sé ¿Kundry?

—Eso! ¿Y quién es Kundry?

Kundry es usted, Carolina—respondió Pedro, bromeando como al principio.

—Nó; de veras. Dígame usted quién es—insistió la muchacha con cierta impaciencia.

—Pues bien; ya que usted se empeña, seré franco, que yo nunca me ando con embustes ni tapadijos, y digo lo que pienso y confieso lo que hago, sin miedo de las consecuencias. Oiga usted, pues, Carolina, ya que lo ha querido. Kundry es una mujer diabólica; una mujer á quien yo conocí un tiempo; á cuyas tentaciones, que debiera haber rechazado porque iban en contra de mi libertad y mi salvación, no he sabido resistir; y á quien. . . . se lo confieso á usted, Carolina, con toda franqueza, . . . á quien amo aún, á quien amo ahora más que nunca, á quien. . . .

—¡Cínico, descarado!—gritó Carolina, poniéndose en pie de un salto y roja de cólera.—¡Y tiene usted el atrevimiento de decírmelo á mí en mi misma cara!

—Pero, por Dios, Carolina—observó Pedro, alarmado y confuso, sin entender la causa de aquel súbito arrebató;—si Kundry.....

—¡No miente usted á esa mujer!

—Pero ¿por qué?

—Porque la aborrezco!—prorrumpió la muchacha, saltándosele las lágrimas; y desplomándose en el asiento, se tapó el rostro con las manos.

Pedro, desesperado y sin comprender todavía aquella crisis inexplicable, se arrojó á sus plantas, implorando como ya lo había hecho, pero ahora verdaderamente conmovido:

—¡Perdón, Carola; perdón!

—¡Falso, miserable, farsante!—sollozaba la muchacha enmedio de su llanto, tratando de apartar al implorante con los pies.—Falso!.....Ah! cuánto la odio!.....esa entumida.....esa Matacaballos!.....

Una sonora carcajada de Pedro interrumpió su diatriba: el mozo había comprendido. Carolina, seco repentinamente el llanto ante aquella risa insultadora, respondió á ella descargando su abanico sobre la cabeza del cínico mofador, levantándose al mismo tiempo para partir y exclamando con inmenso enojo:

—Descarado!

Mas Pedro, dichoso con el castigo recibido de aquella mano adorada, la tomó entre las suyas y detuvo á la ofendida, obligándola casi con violencia á ocupar de nuevo el asiento que abandonaba; y puesto enfrente de pie, inclinado sobre ella, oprimiéndole no ya una sino ambas manos para impedirle la fuga, sonriéndole con afecto, paternalmente, como si hablara á un niño rebelde; con acento tierno y persuasivo, le dijo:

—Escúcheme usted, tontuela; y no se enoje usted sin motivo. Kundry no es la que usted cree. Kundry es una heroína de un drama lírico de Wagner, que jamás ha existido sino en la mente del artista. A esa que usted piensa, á esa coquetica presumida, yo no la quiero: me he divertido con ella, y nada más; no la quiero, se lo juro á usted, Carolina, por lo más sagrado. Yo no he querido, yo no quiero, yo no podré querer en toda mi vida más que á una negra malcriada, que me insulta, que me pega, que me tira á la cara con vasos de agua (Carolina sonrió, ya aplacada y satisfecha)... que me humilla en público, poniéndose á coquetear en mis propias barbas con mis rivales.....

—Mentira!—interrumpió la muchacha, conteniendo la risa de bienestar que le producían la explicación recibida y aquellos celos tan oportunamente fingidos por

su amante; el cual viéndola ya juiciosa y desenojada, dejó en libertad las apresadas manos, y, sentándose á su lado, continuó su papel de Otelo, replicando:

—Mentira? ¿Y qué estaba haciendo usted, pues, esta noche cuando llegué á la sala?

—Y usted, Príncipe Constante, que dizque me quiere tantísimo que se va á morir sin su negra ¿qué ha estado haciendo todos estos días el angelito?

—No enrede usted la cuestión, señora Tinterillo. Responda usted primero á mi pregunta.

—Nó; usted primero: por orden de tiempo. Si no me contesta pronto, vuelvo á llorar.

—No hablemos más de eso, Carola—suplicó Pedro con dulzura, temiendo verdaderamente una nueva crisis.—Lo pasado, pasado; y vamos á bailar. Oiga usted qué pieza tan sabrosa; no distingo bien desde aquí; parece que es un *schottisch*, ó tal vez una mera polca. Vamos.—Y le ofreció el brazo gallardamente.

—¿Conque heroína de poema!—repetía la muchacha tornando á su curiosidad, al mismo tiempo que, alzada también de su asiento, se colgaba amorosa del brazo de su novio, poniéndose lentamente ambos en marcha.

No bailaron al fin. Paseábanse ahora, al arrullo de la música, por los amplios y más

apartados corredores, á donde sólo tal cual pareja, como espuma de la marea, llegaba de paso, para volver enseguida al remolino de la danza, que en las proximidades de la orquesta se agitaba.

Y Carolina seguía:

—¿Conque personaje de una ópera! ¿Y de una mujer inventada, que no ha existido nunca, he venido á ponerme celosa! ¡Vaya si tiene gracia! Verdad es que aseguran que no hay amor sin celos... Y yo lo creo. Pero, á pesar de todo ¡qué tonta he sido, Pedro, con mi pataleta! He debido parecer á usted muy ridícula. Y esa rival mía—añadió, burlándose de sí misma con franca y donosa risa—¿es siquiera bonita?

—Nó; por el contrario, fea y salvaje—respondió el interpelado siguiendo la broma.

—Pero ¿no dijo usted que se parecía á mí?

—Pues por lo mismo.

—¿Y le parezco yo muy fea, descarado?

—Horrorosa!

—¡Cuidado, Pedro! que todavía me queda un pedazo de abanico.... Pero no me vuelvo á enojar.... ¿No cree usted? Pues hagamos una apuesta. Apostemos á que no me vuelve usted á hacer enojar.

—Apostado! Un beso ¿no es así, Carola? Si usted pierde, me tiene que dar un beso.

—Sí? qué vivo! Eso se quisiera usted....

Pero apuesto, sí, señor, apuesto : ¡ como no he de perder ! Y ahora, cuénteme usted, por fin, el cuento tan interrumpido de la muchacha que se parecía á mí y que era tan hermosa.

—¿ He dicho yo que fuera hermosa ?

—Indirectamente lo ha dicho usted, hombre ; indirectamente, pero muy clarito. No me contradiga usted ; y cuente su historia, que, por lo llena de paréntesis, parece yá cuento del Doctor Luneta.

—Bueno, pues. Kundry era una mujer que, inspirada por el Diablo, á cuyo cautiverio estaba sometida, como que era su esclava, se valía del poder que le daba su inmensa belleza para seducir (como una que yo conozco) á un joven inexperto (como cierto sujeto que usted conoce) y que se llamaba Parcifal.

—Y que era muy pretensioso y tenía muchas novias.

—Nó, señora ; Parcifal no tenía novias ; Parcifal era un hombre puro.

—¿ Y de cuándo acá es una impureza tener novia ? Digo una sola ; porque varias sí es un pecado muy horrible, por el cual se ha de ir usted á la paila grande, *chapolero*.

—Ni muchas ni una sola tenía Parcifal. Repito que era un hombre inmaculado. Era muy joven, como yo ; muy bueno, como yo ; muy inocente, como yo ; y muy bonito como yo

—Y muy modesto, como usted.

—Señora ! no interrumpa usted al orador.

—Ya me callo, hombre. Pero dígame ; ese jovencito con tantos méritos ¿ era algún Príncipe ?

—No era Príncipe.

—¿ Qué hacía, pues ?

—Cazar patos.

—¡ Valiente ocupación tan boba ! Y la muchacha empeñada en conseguirse á un cazador de patos ! ¿ Y para eso tenía que recurrir al Diablo ? ¡ Habráse visto mujer más incapaz !

—Todas las seducciones que el Demonio sugiere á las mujeres ; á las mujeres, que desde Adán hasta nuestros días han sido la perdición del género humano ¿ Qué es eso, Carolina ? ¿ Protesta usted ?

—No protesto ; es que me ha dado tos, como con el humo del cigarro : las moralidades ramplonas de ciertos inteligentes, me apestan del mismo modo. Estoy ya muy acostumbrada á esos lugares comunes (¿ no es así como dicen ustedes los literatos ?) con que los hombres sin calzones diculpan su debilidad. Las mujeres somos en todo caso el trompo pagador ; pero ellos, ah ! pobrecitos ! ellos son unos ángeles de Dios ! Una misa mandó aquel *terciador* tan conocido por todos en Medellín ; una misa al Niño Jesús, para que no lo dejara volver á beber ; y á los pocos días andaba el ne-

gro borracho; pero tenía su disculpa: le había quedado mal el Niño Jesús. Así todos ustedes, partida de pícaros! Pero sigamos con el cuento, que ya está usted bien insultado esta noche, Diablo predicador; y basta yá de paréntesis. Decíamos, pues, que todas las seducciones. . . .

—¡Qué bachillera me va usted resultando, Carola idolatrada! Pero no por eso voy á correrme; y sigo con mi historia *lunetaria*. Decía, pues, (suprimiendo las reflexiones) que Kundry utilizó todos los atractivos de su hermosura, que era mucha, y todos los recursos que el Demonio había puesto en sus manos, para retraer al immaculado Parcifal de cumplir la altísima misión á que el Cielo lo tenía predestinado.

—¿Y qué misión era ésa?

—Robarse una lanza.

—¿Para cazar patos?

—Nó, señora; para curar heridos.

—Entiendo: era un médico á la moderna, con amputaciones y todo.

—No era médico tansolo para el cuerpo; también, y por sobre todo, buscaba el alivio del alma.

—¿Y para qué necesitaba entonces el bisturí, digo la lanza? ¿Para pasar las cuentas?

—Nó; para meterse al Seminario; hacerse clérigo y poder decir misa: estaba enamorado de un cáliz.

—¡Pero ese hombre era un loco!

—Estuvo un momento á punto de serlo: las seducciones de Kundry eran poderosas. Una vez. . . . Fíjese usted bien, Carolina, que lo que sigue es lo más bonito. Era *una noche, una de aquellas noches de la patria mía, que bien pudiera ser día donde no hay noches como ellas; una noche, una de aquellas noches que alegran la vida; una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas de. . . .* piano, violines, flauta, pistón, clarinete y contrabajo; Kundry, Kundry que jamás había estado tan. . . . tan mala: revuelto el cabello, en cuyas negruras fulgía una rosa encarnada como las llamas del Infierno; ceñido el cuerpo de serpiente del Paraíso con una túnica escarlata, hecha con un jirón arrancado al mismo manto del Diablo, que inspiraba sus actos; Kundry, siempre obstinada en sus designios perversos, había logrado con sus artes infernales, conquistar otra vez al inocente mancebo que, en seguimiento de su divina misión, huía de la tentadora; y teniéndolo ya de nuevo bajo su dominio, la hechicera Kundry lo había llevado á un rincón solitario de un jardín encantado, donde una iraca de hojas enormes los cobijaba con su sombra; y allí, mientras el seducido Parcifal, vestido de casaca, se arrastraba enamorado á sus pies. . . .

—Había levantado la mano, y ¡sás! le había pegado un abanicazo!

—Nó; le había dado un beso.

—Pobrecita! ¿Había perdido la apuesta?

—Quería acabar de seducir al mancebo celeste, para impedirle el cumplimiento de su sagrada misión, que consistía. . . .

—En quedarse soltero, para largarse á vagamundear á Europa. Conozco bien esa altísima, divina, noble, sagrada misión del mancebo celestial.

—Carolina! Usted se está burlando de mí; y eso, por muy enamorado que esté, no puedo consentirlo!—exclamó el fingido Parcifal, perdiendo neciamente los estribos con la inesperada salida de la muchacha, á quien el inmenso amor no había quitado su natural ingenio y perspicacia, y que si no había leído á Wagner, sí había leído en el corazón de su amado, para conocer, como conocía, sus propósitos; pensando, empero, ser más afortunada que la Kundry de la historia, cuyo verdadero fondo había adivinado á través de las extravagancias con que Pedro la exornaba, para diversión y risa de entrambos. Anhelaba triunfar, y si dudaba algunas veces, esperaba otras la victoria, con esa fe que en el poder del amor tienen los que para él han nacido, como había nacido Carolina. Confiaba en esa religión de que era casta sacerdotisa; conocía por intuición sus portentosos milagros, que, sin artificios indignos de que siempre fué incapaz su alma sincera, han realizado no pocas veces lo imposible; y á haber sido tan leída como pretendía serlo

su novio, que en alguna ocasión le había citado á Dante, credo hubiera sido también de su fe la frase de su hermana y correligionaria Francesca:

Amor a nullo amato amar perdona.

Mucho había picado á Pedro la sátira de Carolina; porque no hay nada que más nos hiera como el que se nos descubran pérfidos designios ó desleales pensamientos que juzgábamos bien escondidos para ojos interesados, y aun más el que, una vez descubiertos, se nos dé con ellos en la cara. Pedro los tenía, ciertamente; tenía su programa de vida, candorosidad en que todos incurrimos de jóvenes, y que la misma vida se encarga de destruir, con muchas otras cosas del equipaje recargado con que emprendemos su jornada. Tenía su *misión*, como había dicho burlonamente Carolina; y era, á la verdad, la que la muchacha con despectivos términos expresara. Y á esa *misión* iba Pedro á sacrificar á Carolina, á quien amaba; y por esa *misión* no le ofrecía lo que la enamorada niña había venido ardientemente deseando y él ansiaba con no menor anhelo poder darle: su mano de esposo. Por ser fiel á ese programa postizo, encadenaba sus sentimientos y ponía un freno á las fogosidades de su mente, combatiendo á veces su pasión que quería mostrarse sincera, quitando otras la espontaneidad á sus discursos,

cuando ardiendo en vivos deseos de hacer —con una frase—suya, para siempre suya á su amada, palabras de verdad iban á brotar, al fin, de su boca. Por ser libre, se había hecho esclavo. Él, ente impulsivo en quien los deseos iban sin solución de continuidad seguidos de los actos correspondientes, había dicho á su corazón: “no las”; había mandado á su lengua: “permanece muda”. Como ciertos políticos, apóstoles de la libertad, tenía dogmas y principios, y á ellos inmolaba esa misma libertad que era su programa. Dogmas, principios, programas, leyes que los hombres han inventado para hacerse más infelices, como si no existieran ya en abundancia pavorosa motivos naturales de infelicidad. Pedro, que quería casarse, no lo haría, porque era principio de su programa conservar su independencia de soltero hasta que, hastiado de la vida, se refugiará, ya viejo, en ese cuartel de inválidos que era para él el matrimonio. Pedro era rico, es decir, poseía la mejor garantía de independencia que pueda ambicionarse en el mundo, y esa riqueza lo obligaba—principio también de su programa—á permanecer un tiempo en Europa, un tiempo muy largo, en proporción con su caudal; y le repugnaba aquel viaje, que venía difiriendo, porque no había para su corazón más tierra en el globo que la que pisaban los divinos pies de su adorada. Pedro, pues,

Parcifal de casaca, como él mismo se había llamado, iba á sacrificar, no siquiera á la noble misión de aquél, sino á una imbecil y risible, la dicha que en copa de oro, cuando estaba sediento, la caprichosa felicidad había venido á ofrecerle.

Por la primera vez, desde que con Carolina trataba, se había mostrado ante ella irritado el eterno burlador. Los papeles se trocaban momentáneamente. Carolina no había calculado el efecto de su frase ni dicha siquiera conscientemente. Contagiada con el buen humor de su amado, seguía la broma del cuento, y las palabras se le escaparon sin pensarlo, por efecto acaso de su misma sinceridad; pero mortificada por que Pedro por su culpa de ella lo estuviese, quiso imitar su ejemplo de poco antes, bromeando de nuevo, y á las interjecciones airadas de su amante respondió, con una gracia de expresión en su linda cara que habría desarmado á cualquiera:

*Yo tengo mi bobo,
mañana lo mato,
la presa más grande
se la hecho á mi gato.*

El irritado amador, como hacía poco ella misma, no pudo menos de sonreírse, comprendiendo la imbecilidad é inconveniencia de su enojo; y, resuelto por su parte á repararlo, preparaba ya una nueva chan-

zoneta, cuando Carolina repitió, amenazándole con el dedo:

—*Yo tengo mi bobo*... y mucho más bobo que yo, puesto que lo he hecho enojar primero, y perdió la apuesta.

—Y la pago—replicó el desenojado con sonrisa maliciosa.—Así me las den todas! Apostamos un beso ¿no es cierto? y he perdido: pues tome usted el beso, Carolina.

Y colocándose frente á ella, púsose en actitud de cumplir lo anunciado, sin intención de hacerlo, por supuesto, pues bien sabía él que en las costumbres medellinenses hubiera sido aquello imperdonable desacato. Carolina, ruborizándose hasta el pelo, apartó de él su rostro, cohibida y llena de púdico temor.

Hubo un momento de turbación para los dos amantes; un instante en que se miraron confusos y perplejos; mas Carolina, que tan fácilmente pasaba del enojo á la chanza como de la risa al llanto; y Pedro, que lejos de sobrecogerse con las situaciones de esta especie, solía atrevidamente buscarlas, no eran para ahogarse, como se acostumbra decir, en un vaso de agua; así es que en breve estuvieron recobrados de la momentánea indecisión, y lanzados otra vez más en plena broma.

—¡Cuidado, mancebo celestial!—gritó la muchacha al besador caballero.—¡Cuidadito! que no estamos ya en el jardín en-

cantado de la bella... se me volvió á olvidar el nombre de mi tocaya! Escríbame usted, Pedro, para aprenderlo.

—De mil amores—dijo el interpelado, sacando del bolsillo del chaleco una de esas plumas dotadas de tinta que siempre llevaba en uno de los extremos de la cadena del reloj.—Pero ¿dónde lo escribo? No tengo siquiera una tarjeta. Voy á escribirselo á usted en la cara. Así todo el mundo sabrá quién es, para que se guarde de usted. A ver! quítese esas mechas de la frente.

—Eso sí que nó—protestó la joven.

—Pues entonces, voy á escribirselo en los guantes.

—Ah! sí; estupenda idea! Es como si fuera usted á ponerme una vacuna—expresó ella riendo cordialmente y presentando al improvisado cirujano su brazo, cubierto hasta más arriba del codo con el blanco guante de cabritilla.

—Yo soy Pasteur, y voy á vacunar á esta señorita contra el mal de rabia á que ha sido siempre tan propensa—dijo el galán; é inclinándose escribió bastante abajo del hombro, sobre la piel de cabritilla, templada por las elásticas morbideces del redondeado brazo, el repetido nombre de KUNDRY.

—Ahora me toca á mí—manifestó Carolina;—y también para que sepan quién es usted, voy á ponerle su nombre en la

pechera, que está que provoca para una plana de certámenes. Para que todos lo conozcan y sepan sus condiciones; sí, señor, como al desgraciado David Copperfield cuando le colgaron en la escuela aquel humillante letrero por orden de su padrastro. Pobrecito! me dan ganas de llorar cuando lo recuerdo.

—¿Ha leído usted á Dickens, Carolina?

—A Dickens y á otros. No de esos que á usted lo tienen tan pervertido. Otros buenos, y de los que puede leer sin escrúpulo una señorita. No soy tan ignorante como usted se lo figura.

—¿Y lo ha leído usted en inglés?

—¡Qué inglés, hombre! Yo no conozco más inglés que el del Sultán Mahmoud, y eso incompleto. Cuando llegué al *treaty of marriage*, me quedé plantada conjugando el verbo *to love*. Ese verbo tiene la culpa de que yo no haya aprendido inglés. Aquello de *who love one-another tenderly* me volvió partidaria de eso que ahora dicen educación práctica; me trastornaba la frasecita, y me mantenía escribiéndola en el tablero con una letra muy hermosa.

—La conozco.

—Pero no conoce la de molde; ésa sí que le gustaría. Va usted á conocerla inmediatamente. ¡A ver, á ver! cierre usted los ojos.

—¿Y abro la boca?

—No es necesario: usted la mantiene

siempre abierta cuando está conmigo.

—¿Es modestia?

—Modestia! virtud que han inventado las feas, como inventaron los plebeyos la democracia. No la conozco, ni ganas! Pero cierre usted los ojos, hombre, le digo!

Y no contenta con que los cerrara, le arrebató de entre el escote de su chaleco el pañuelo de seda, anudándoselo fuertemente por detrás de la cabeza como una venda. Luégo se puso á trazar letras en la camisa del vendado, vigilándolo al mismo tiempo con desconfianza para que no se descubriera.

—¡Ya está!—exclamó alborozada.—Y ahora, vamos allí. Pero no se quite el pañuelo!

Y esto diciendo—gentilísimo lazarillo,—condujo maliciosamente á su ciego hasta colocarlo frente á un espejo cercano; y allí le mandó con voz ahogada por la risa, mientras le desataba la venda:

—Mírese! ya está marcado.—Y lo empujaba suavemente por los hombros.

En el reluciente cristal pudo Pedro leer en imagen invertida, esta palabra, escrita en enormes y entintados caracteres de imprenta, que le cruzaba el pecho como una banda: BOBO.

La picaruela reía á carcajadas como una loca, apretándose los flancos con ambas manos ó agitando el pañuelo convulsivamente en la derecha levantada.

En esta actitud la encontró su madre, que, siendo ya cerca del amanecer, la buscaba con el abrigo para emprender la marcha de regreso. Aún bailó una pieza más con el *Bobo*, de sobretodo yá éste y de sombrero, y envuelta ella en su capa de pieles.

Pedro la acompañó hasta su casa en amable plática, no dándosele un comino por el rostro adusto que le ponía Doña Clara—cosa rarísima en ella, que fué siempre la misma dulzura,—y por los no menos displicentes de sus dos hijas.

Detrás de la pareja gozosa de los amantes, iba la mirada triste del desdichadísimo Guillermo, de quien ninguno de los dos egoístas había vuelto á acordarse.

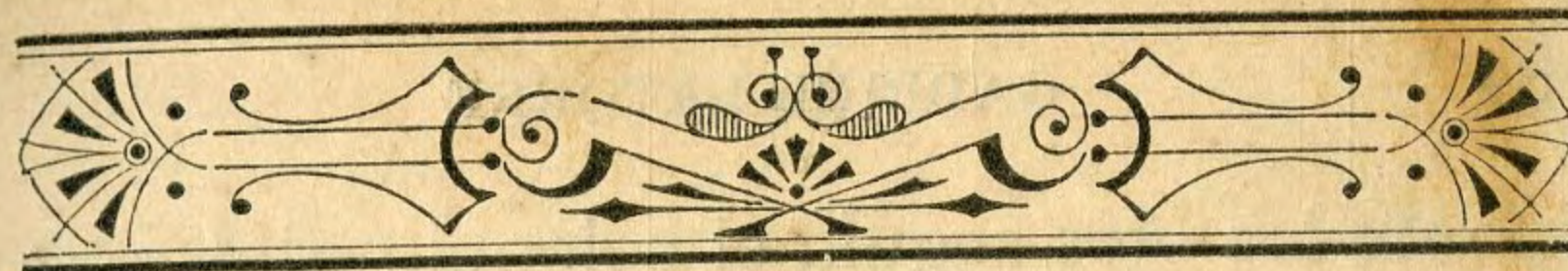
Cuando el pobre Alemancito, después de humedecerse apenas los labios en la copa que le ofrecía el importuno obsequiador, volvió, coordinada por fin la rebuscada frase, al puesto donde á Carolina había dejado esperándole, encontró allí á su temido rival dueño del campo, y no tuvo ya valor para aproximarse. Después había vagado por los corredores como un alma en pena, y refugiándose, al fin, sin fuerzas siquiera para largarse á su casa, en el retirado cuarto donde los hombres habían guardado sus abrigos. Y pensando en ese valse inolvidable que había bailado aquella noche con Carolina, recordaba á Werther y á Lotte, cuya melancólica historia había leído en su colegio de Alemania sin haber

sabido apreciarla; y cierto fragmento que frecuentemente oía recitar entonces á alguno de sus condiscípulos, resurgía ahora sílaba por sílaba en su mente—que sin sospecharlo él lo recogiera—como una dolorosa y acompasada cantinela:

Mit welchem Reize, mit welcher Flüchtigkeit bewegte sie sich!.... Nie ist mir's so leicht vom Flecke gegangen. Ich war kein Mensch mehr. Das lebenswürdigste Geschöpf in den Armen zu haben und mit Ihr herumzufliegen wie Wetter, dass alles rings umher verging.....

Fué la noche más horrible y más larga que hubiera hasta entonces pasado el arregladísimo muchacho, que jamás había tenido en su vida juiciosa una sola aventura, ni experimentado en su peregrinación por el mundo una tan agobiadora tristeza.





V

SIGUIÓ un verdadero idilio, una especie de luna de miel para la reconciliada pareja. El indócil amador parecía ya sometido al blando yugo, contento de llevarlo y entregado de lleno á su pasión sin restricciones mentales, sin los temores que antes le asaltaban por su independendencia, sin antojos de infidelidad, sin veleidades ni capricho. No faltaba un solo día á la cita vespertina á las rejas de su amada, que allí lo esperaba siempre, amante y cariñosa, mirándolo sin pestañear horas enteras con sus grandes ojos negros, que le cantaban poemas dulcísimos de amor, en estrofas mudas de voz pero elocuentes de ternura. Y cuando ya la luz del día iba muriendo, y á sus esplendores gratuitos reemplazaban los arrancados por la ciencia á la fecunda naturaleza; en esa hora de recogimiento y de misterio tan grata para los amantes cuanto desconsoladora para el hombre solo y sin afectos, al discurso mu-

do de los ojos seguía el coloquio dulce de las lenguas; y Pedro, acercándose á la ventana, cambiaba con su amada esas frases insípidas para los indiferentes, viejas como el mundo y eternamente repetidas, pero llenas de indecible encanto para los que aman. Ocasiones de verse más á sus anchas y de hablarse con mayor libertad, no les faltaban en el animado círculo juvenil á que ambos pertenecían; y dondequiera que Carolina se presentaba, seguía la Pedro como sombra de su cuerpo.

Las cosas llegaron á tales extremos de intimidad y de ternura, y de tal modo comentaban aquellas relaciones las desocupadas gentes de la Villa, descontando el tiempo, anticipando sucesos y suponiendo convenios, que Pedro, como quien vuelve de una embriaguez y considera con espanto las consecuencias de hechos graves ejecutados durante ella y cuyo recuerdo surge en la mente con indecisos contornos, tuvo miedo, un verdadero miedo de comprometerse; temió otra vez por su cacareada independencia; y viendo en próxima perspectiva el fantasma aterrador del matrimonio, quiso volver á sus olvidadas maneras, dando á sus ya demasiado sentimentales relaciones el carácter de alegre y consentida farsa, que la obstinación de la enamorada Carolina había logrado quitarles.

Tuvo el cinismo de hacer á este respec-

to insinuaciones atrevidas á la muchacha, proponiéndole, en conclusión, que se amaran así, despreocupadamente, que coquearan mucho y que farsearan aun más, libres y corridos como gentes de mundo, sin amargar tontamente su dicha, pensando en las consecuencias de aquella dulce locura.

—Dejemos rodar la bola, Carolina—le decía.

La muchacha lo escuchaba, seria y meditabunda en un principio, con no poco susto del pérfido amante, que temía ya el estallido de una de aquellas estupendas crisis; pero sonreída luego con enigmática expresión; y, con gran sorpresa de Pedro, no sólo no manifestó el más mínimo enojo, sino que aceptó con entusiasmo, acompañado de risas alegres, el pacto extravagante que su amado le proponía.

Y por cierto que no andaba mal aconsejada la muchacha, al aceptar un convenio tan en pugna al parecer con su carácter y precedentes. No procedió á tontas ni á locas; conocía bien el terreno que pisaba, y sabía de antemano que dejando rodar la bola de sus amores por aquella pendiente engañosa, no tardaría en parar en un llanito limpio y tranquilo, donde quedaría ya quieta y asegurada para siempre. Aquel ameno vallecito que al pie de la falda se extendía, llevaba en la topografía amorosa un nombre gratísimo para Carolina, y que el

proponedor de pactos ignoraba: llamábase el matrimonio. Por muy enamorada que la muchacha estuviese, no era tan ciega para no advertir el acrecentamiento de amor que se había operado en el alma de Pedro: pudiera decirse que era ahora tan solo cuando verdaderamente la amaba. Sus mismos temores de comprometerse, que dejaba transparentar bien á las claras, eran para la muchacha síntomas mortales en la dulce enfermedad que padecía su amante. Empezaba ya á sentirse dueña del campo, y asegurado el rebelde corazón que quiso un tiempo escapársele. El amor, que á algunas personas vuelve ciegas, comunica también frecuentemente inusitadas perspicacias á sus elegidos; y tal había sucedido con Carolina. El engañador se había convertido en engañado; las posiciones se invertían; y en la lucha de aquel hombre lleno de restricciones y casuísmos, y la muchacha que, á fuerza de sinceridad, parecía inerme y desprovista de recursos, sucedió lo que casi infaliblemente en tales casos se verifica: la derrota del primero: que en materia de sentimiento, siempre será el hombre más corrido y malicioso un chiquillo de escuela, ante la ingénita ciencia de la más inexperta y cándida doncella.

Pensaba Pedro sentirse dichoso y lleno de una sabrosa tranquilidad, el día en que pudiera apartar de sus amenos amoríos la terrible amenaza matrimonial; pero nunca

llegó á imaginar que la muchacha consintiese en convertirlos en esa cosa frívola y sin consecuencias á que él quería dejarlos reducidos. Así es que su sorpresa fué grande al ver que Carolina, no sólo aceptaba la insultante proposición, sino que lo hacía con un extraño gozo y se daba inmediatamente al cumplimiento de lo pactado con inesperada habilidad. Y aquella cosa tan ansiada por Pedro, y con la cual pensaba verse libre de inquietudes, lejos de producirle el contento que con ella se prometía, le trajo, por uno de esos extraños pero lógicos fenómenos del corazón, una zozobra y amargura nunca imaginadas. Carolina ya no lo amaba; no lo amaba, puesto que consentía en aquella farsa que ahora, acendrado su amor por la duda, que por primera vez mordía en su pecho, juzgaba él cosa indigna de corazones verdaderamente nobles y amantes, pantomima de histriones, frívola ocupación de petimetres vacíos y de coquetuelas adocenadas, insulto hecho á la santidad del amor por fariseos hipócritas y despreciables. Castigo sería de la suerte; pero todas aquellas frases declamatorias que antes aborrecía y de las cuales se mofaba, se le venían ahora á los labios cuando hablaba solo en su cuarto, pensando en esa duda que le corroía el pecho: ¡Carolina ya no lo amaba!

Y entonces fué el acrecentarse violento de la pasión, y el convertirse en uno de

esos tipos de que tanto se había reído en sus aspiraciones de hombre despreocupado y mundano. Perdía el apetito, amaba las noches de luna, recitaba versos tristes y lacrimosos, idealizaba á la mujer hasta convertirla en querube; y al amor inmenso que profesaba á Carolina, se mezclaban ahora una especie de reverencia, antes no sentida, agradecimientos extraños por los más pequeños favores, prevenciones y mimos de marido solícito, ternuras de niño, ansias de abnegación y de sacrificio. Y otra cosa aún, que nunca hubiera pensado llegar á sentir y que no se atrevía á confesar-se: tenía celos. Sí; los tenía, aunque la muchacha, cuyo farsear de ahora estaba limitado á las apariencias, no le diera nunca verdadera causa para ellos.

Y era de ver á aquel despreocupado de antes que, para cohonestar sus infidelidades, aconsejaba á Carolina, seguro de que no habría de atenderle, que tuviese muchos novios, quejarse ahora de los que su pasión imaginaba y exigir á quien siempre fué la misma constancia novelescos juramentos de fidelidad. Era de verlo, convertido en un amartelado, sufrir ahora con las fingidas frivolidades de Carolina, por él mismo exigidas, y que la muchacha menudeaba, combatiendo en cierto modo al farseador con sus propias armas, aunque por dentro siguiera siendo tan seria en su pasión y tan acrisolada en sus sentimientos como antes.

A veces se conmovía, y, olvidada de su papel, íbase por los antiguos caminos del melodrama, siguiendo de buena gana á su amado, que ya no transitaba otros en esta nueva fase de su cariño, y que, demasiado ardoroso ahora, y bogando á velas desplegadas en el tempestuoso mar del lirismo ó navegando ledamente en el bonancible lago de los idilios, no acertaba á notar estas inconsecuencias de su amiga. Mas Carolina, advirtiéndole el peligro á que se exponía dejándose llevar por el enternecimiento, no dejaba de traer de cuando en cuando al entusiasta á las estipulaciones del contrato, desquitándose con ello de los sufrimientos que el muy pillo le había impuesto cuando era el amo. Ahora tenía ella las riendas.

—Carolina, usted ya no me ama; noto que usted ha cambiado mucho conmigo. Júreme usted que no ha querido á otro—decíale Pedro en cierta ocasión.

—¡Pues cómo se lo voy á jurar, hombre! si, al contrario, tengo los novios por docenas; y, por cierto, que ninguno puede estar descontento de mí. Buen consejo el que me dió usted, Pedro, de tener muchos novios. ¡Se divierte una tanto!

—Yo no le he dado ese consejo. Eso es muy feo y la desacredita.

—Pues al que no le guste, que se muerda los codos.

—¿De manera que usted no me quiere, Carolina?

—*Te quiero, sí; porque eres inocente. Te amo como la tórtola á su nido.*

—No se burle usted, Carolina.

—Si no me burlo; es que digo versos. ¿No le gustan á usted los versos?. Guillermo se encanta oyéndome decir versos. Le gustan mucho; pero no sabe ni uno solo. Nada más que en alemán, que no se entienden. Tengo que decirle que me enseñe alemán. ¡Me quiere tanto el pobre!

—No hace usted más que vivir mentando á Guillermo. ¿Lo quiere usted mucho, Carolina?

—¿Sabe usted cuál me gusta más de todos mis pretendientes?

—Cuál?

—Usted.

—Yo?—preguntó Pedro, feliz con aquella declaración que apaciguaba sus celos.

—Sí, señor; usted. Los demás ni siquiera saben coquetear. El pobre Guillermo es un simplecito que no entiende sino de casamiento, y á quien tengo que estar atajando para que no me proponga. Mientras que usted, Pedro, no descende á esas cursilerías. Usted es un hombre con quien una puede chancearse sin consecuencias; un sér superior!

—Adiós!—dijo Pedro, mordiéndose los labios al verse cogido en sus propias redes

y combatido por armas de su propio arsenal.

Y salió (estaban en el Parque de Bolívar, una tarde de mucha concurrencia, en que la Banda Marcial daba una retreta). Salió sin volver la cara, sin oír las voces de Carolina que, asustada de su temeridad y pensando que había ido con la burla demasiado lejos, lo llamaba casi á gritos, alarmada ya y furiosa consigo misma.

Fueron vanos los temores de la muchacha, y perdida su noche de sobresaltado insomnio: Pedro estaba ahora muy bien cogido para pensar en zafarse. Volvió al día siguiente, aunque un poco indeciso y corrido, temeroso de nuevas burlas. La chanza fué ya un mero accidente en el idilio de sus amores: todo era protestas ardorosas, juramentos cuasi-religiosos, arrullos y mimos de palomos, inusitadas contemplaciones, proyectos de futura dicha. Proyectos, sí; proyectos de vida común. Pedro era quien los hacía, secundado con entusiasmo por su maravillada compañera. Pedro el farsante, Pedro el independiente, Pedro el burlador incansable del estado matrimonial, el futuro turista, el enemigo de las rutinas cursis; olvidado al parecer de todos sus antiguos propósitos, hablaba ahora, como cualquier hijo de vecino, de aretes, anillos y prendedores de diamantes, de muebles de Viena, de *trousseaux* pedidos á Europa, de escaparates con espejo, de tar-

jetas litografiadas, de participaciones de esponsales, de visitas de novios, de las dulzuras de una luna de miel en el campo. . . . No le gustaba bien el Poblado; quería un campo más distante, donde los recién casados estuvieran más lejos del bullicio perturbador de las ciudades. Había visto una casita muy poética arriba de Robledo; todo rústico, mucho frío, una soledad inmensa. Estaba de venta, según le habían dicho, y tenía tentaciones de comprarla. Por lo que hace á Medellín, el mejor barrio era Villanueva, aunque no le disgustase tampoco la Quebradaarriba. Las ceremonias de matrimonio debían ser cortas: una copa de champaña á los invitados, su tajadita de bizcocho, algunas vueltas de baile, y basta! Luégo al campo en dos famosos potros. A Carolina le gustaba más la amazona de piqué blanco, aunque el ramito de azahares no se destaca tan bien como sobre la chaquetilla azul ó verde; y en cuanto á caballos, ninguno era más de su gusto, como que ya lo había montado muchas veces, que el negrísimo *Otelo*, el magnífico potro de Pedro. . . . Y seguían fantaseando, pero con hipócrita abstracción, sin referirse á ellos: hablaban en tesis general: nunca decían *yo*, jamás expresaban *nosotros*.

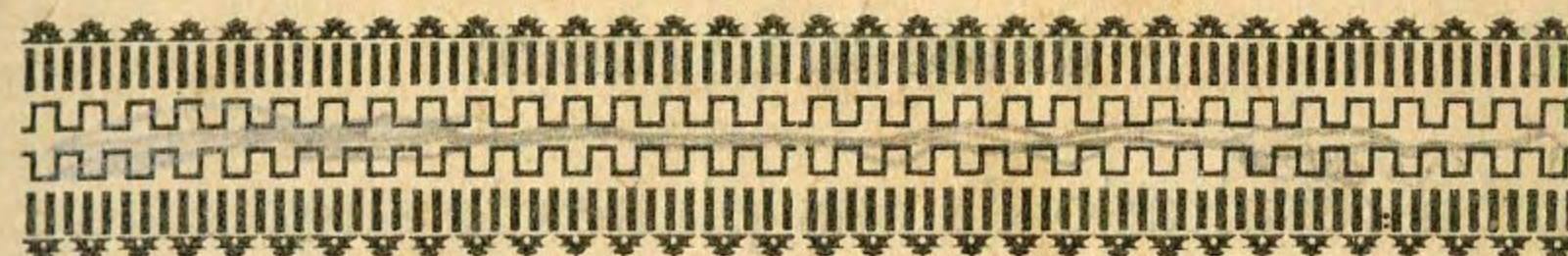
Pero tanto charlaban de matrimonio, de tal modo había llegado á entusiasmarlos este sabroso tema, hasta monopolizar en

absoluto sus conversaciones—ahora muy frecuentes, gracias á algunas visitas de Pedro á casa de Doña Clara, á los encuentros *casuales* en las de algunas amigas comunes, amén de una que otra reunioncita ó paseo;—tanto fué el divagar sobre aquel ameno tópico de noviazgos oficiales y matrimonios de veras, que Pedro tuvo al fin un miedo horrible de comprometerse, que lo asaltó de improviso en su cuarto una noche (¡cosa más inexplicable!) mientras leía en el *Times* noticias de la guerra ruso-japonesa.

El *inglesísimo* periódico inglés, que ninguna culpa tenía de todo aquello, fué á dar con la pesadumbre de sus páginas muy lejos de la silla donde lo leía su dueño; el cual se paseaba ahora por la pieza á grandes zancadas, agitado y revolviéndose los cabellos. ¡Estaba perdido! . . . No fué, sin embargo, su zozobra de mucha duración. Una sonrisa de contento iluminó de repente su rostro. “Tonto!—pensó—si está convenido en que todo es pura farsa.”—Y, acostándose, se durmió luégo, arrullado por el sofisma de aquel célebre pacto, que aseguraba su diversión de hoy y su independencia de mañana.

Ya no temió nada, escudado por el convenio; y las cosas llegaron á un grado tal de progreso, que la misma Doña Clara, un tiempo dudosa de la sinceridad de Pedro, hablaba yá del matrimonio de su hija como

de una cosa segura y próxima, puesto que sólo faltaba (así se lo había imaginado ella) que Pedro cumpliera los veintiún años—que ya se le venían encima—para la participación oficial de los esponsales. Carolina estaba completamente feliz, ostentando en el dedo anular de su mano izquierda una de esas sortijas hechas con un hilo de oro, que los enamorados suelen ahora llevar, antes de la más gorda y seria de los verdaderos esponsales, y que expresiva y gráficamente llaman *argolla de ilusión*. Pedro lucía otra semejante en su mano velluda. Los amigos lo miraban burlonamente, con fingidas expresiones de lástima y reales sentimientos de envidia, considerándolo—pues estimaban con la sola *ilusión* ya *todo casado* á Pedro—como á un desertor de las filas del batallón de seres superiores que no se casan (porque no tienen con qué). Las compañeras de Carolina contemplaban con dolor sus propias manos, vírgenes de toda *ilusión*, felicitando á quien en su siniestra la llevaba, con forzadísimas sonrisas. El público—que es el pariente más interesado en casos semejantes—se regocijaba con la perspectiva de aquella unión que él había profetizado. Todos consideraban yá como un hecho cumplido el interesante matrimonio, cuando apareció otra vez en escena la olvidada Mariposa.



VI

LA indisposición de la madre de Julia, que impidió á ésta concurrir al baile y que parecía en un principio cosa pasajera y de poco cuidado, se convirtió en un gravísimo tifo, que hizo venir precipitadamente de la Capital al atareadísimo diplomático y tuvo en un hilo por varios días la vida de la enferma. Salvóse, al fin, gracias á la ciencia de los médicos, que fueron muchos, como lo exigían las grandiosidades de su esposo, y merced á los cuidados de su hija; y restablecida por dos meses de permanencia en el campo, había vuelto á la ciudad, donde la Julita sentía que era yá indispensable su presencia.

Abriéronse otra vez los elegantes salones al selecto grupo de amigos; y la inteligente rubiecita emprendió de nuevo campaña contra la libertad de los buenos partidos de la Villa, pertrechada con todas las armas de la más refinada coquetería, y con los adelantos é innovaciones que para el

buen resultado de sus planes le sugería su fecunda cabecita. Acaso no fuera Julia sino una coqueta vulgar; pero en esta pobre tierruca montañesa, perdida entre las faldas abruptas de los Andes, á millares de leguas de toda civilización y de toda cultura, la Mariposa era una especie de divinidad, en pos de cuyas sonrisas se iban los burdos hijos de la Villa, con todo candor y con bonísimas intenciones, como tras los favores de una diva de zarzuela se arremolinan, con muy distintos fines, los Don Juanes de Club y los maridos hartos de fidelidad conyugal y ansiosos de novedades. Era una extranjera, ó punto menos; algo muy exótico á pocas gentes accesible. y basta!

Las mozas de Medellín la tenían todas por modelo; y cuando se presentaba en público se la querían comer con los ojos, estudiando sus atavíos y pergeño con atención minuciosa, desde la pequeña bota Luis XV de color de champaña, hasta el último tallo de la más diminuta de las flores que adornaban sus sombreros ideales; y desde el paso menudito y rápido con que marchaba por la calle, produciendo con el retintín de su taconeo un ruido semejante al de una cabra que trotara por las aceras con sus pesuñitas puntiagudas, hasta el guiño casi imperceptible con que saludaba á sus amigos, ó el ademán entre aristocrático y picaresco de aquella mano

siempre enguantada que parecía llamarlos. Si se paseaba en el Parque los domingos, grupos de sirvientas hipnotizadas la seguían con exclamaciones de asombro; si atravesaba por el Atrio, la escoltaban granujas embelesados; si se mostraba en el teatro, á ella se asestaban todos los gemelos; si el trotecito de sus pasos anunciaba su llegada por el comercio, iban apareciendo en las puertas de sus almacenes los mercaderes boquiabiertos; y un día de concurridísima fiesta religiosa en que á alguien se le ocurrió decir á la hora de la salida: "¡ahí viene la Mariposita!", hubo bancas que crujían rotas y maltrechas, reclinatorios desfondados, trajes vueltos añicos, profanas exclamaciones, irreverencias y tumulto. Las pobres modistas se volvían locas tratando de imitar, por encargo reiterado de sus parroquianas, aquellos trajes imposibles, venidos para ella del mismo centro de todas las elegancias; los comerciantes se desesperaban viendo eternizarse en sus estantes las telas cuyo color ó calidad no habían sido vistos sobre aquel cuerpo divino, ó los perfumes que la niña no usara, ó las sombrillas que desechaba, ó todos los efectos, en una palabra, que aquella reina de la moda no hubiese consagrado con su empleo. Cosa que ella llevara era al punto motivo de imitación de un extremo á otro de la Villa, y gesto que ella hiciera ponía al instante en contorsio-

nes á todo un ejército de remedadoras. Porque sufriera un día de una ligera oftal-
gia que la obligaba á entornar los párpados con frecuencia, todas las muchachas de Medellín se volvieron bizcas; y como llevara otro, por inadvertencia ó premura, empuñado en la mano izquierda, forrada en blanca cabritilla, un guante de color crema, no faltaron imitadoras cándidas que al día siguiente se arlequinaran las manos. Adiós la criolla indolente, de andar reposado y ondulaciones serpentinas, fruto espontáneo de la tierra que el sol corteja y acaricia, encarnación viviente de sus ardores. En este poblachón de provincia, donde el tiempo sobra á todos y el pavimento es una amenaza contra la vida, corren jadeantes y desaladas las muchachas, atropellando gentes y embistiendo con todo, como toros ayapeleños en las antiguas fiestas populares. Pero así, ligero y repicadito, camina la Mariposa; y ligero y repicadito han de andar ellas también, aunque se rompan la crisma.

Y si esto sucedía con las mujeres ¿qué no había de acontecer con los hombres? Ser invitado á sus salones era tenido como la más alta distinción que apetecer pudiera un joven medellinense; un diploma de elegancia, un *brevet* de *cachaquería*, sin el cual los mozos no osaban siquiera mirar á una muchacha. La Julita sabía seleccionar entre los de alto copete los que á su casa tu-

viesen entrada; pero aun entre éstos establecía jerarquías, apartando para su inmediato servicio unos cuantos escogidísimos, con los cuales formaba una legión de honor, cuyo gran maestro era, ó parecía ser, Pedro.

Abríanse de nuevo aquellas afamadas recepciones, y abría el público la boca. Las mozas estaban como azogadas, yendo de una casa á otra, recorriendo tiendas, dando al ovido la ropa lavada y los *despachos* de la despensa, y tirado á un rincón el cesto de la costura. En las puertas de los almacenes se formaban conciliábulos de camaradas jóvenes, incapaces de pensar por aquellos días en ventas, pedidos, facturas, liquidaciones, asientos, letras y otros prosaísmos de la laya; y los patrones no sabían qué hacer con el ir y venir de sus dependientes y las frasecitas de "voy allí en un momento", "¿está aquí fulano?", "¿no ha venido menganito?", que sonaban sin cesar en sus oídos, mareados al fin con aquel maldito estribillo. Dependiente que iba al correo, era como el cuervo del Arca: no volvía nunca.

Hablábase de algunas novedades. Habría una gran fiesta el día del cumpleaños de Julita, que estaba próximo. Invitarían muchas niñas; sería algo sorprendente, nunca visto hasta entonces en Medellín. Se anunciaba un minué, que algunos amigos habían estado ensayando, cuando iban

de visita al campo donde la señora enferma convalecía alegremente de su pasado mal. Habría piñata, una cosa muy divertida para el cotillón; estaba ya encargada, é iba á quedar estupenda, según algunos que afirmaban haberla visto. En fin, la mar de cosas raras y espléndidas, no conocidas antes en la atrasada Villa y que, al par que picaban la curiosidad, llenaban de anticipado orgullo á los envidiados escogidos que iban á disfrutarlas.

Cierto era cuanto se decía, y aún más. Pronto tuvo Pedro la confirmación semi-oficial de todos aquellos rumores, por la autorizada boca de un grande amigo de la casa, especie de secretario particular de Julia, á quien su carácter anodino había alcanzado aquel distinguido favor, y á quien la muchacha encargaba de todas sus comisiones menudas, haciéndolo con ello el sér más feliz de la tierra. Él le conseguía el palco para ir al teatro, le sacaba las cartas del correo, la acompañaba á hacer sus compras, se entendía con los detalles de toda fiesta, y hasta salía por la noche solo con la chica, pues á nadie se le habría ocurrido que Pepito (que á tal nombre respondía) pudiera infundir temores á ninguna madre ó marido ni comprometer á niñas ó á señoras; de donde le resultaba en el gremio mujeril una estupenda popularidad que era su orgullo, teniendo siempre entrada franca en todas las casas, especialmente en la

de Julia; pero incapacitándose, por causa de sus multiplicados y siempre estrictamente cumplidos deberes sociales, de ocuparse en ninguna otra cosa, aunque *in partibus* fuese dependiente de sus hermanos, exportadores de café y cueros en grande escala.

Pepito, pues, llevó á Pedro la noticia fidedigna de los estupendos preparativos. Venía con razón de Julita: el sábado lo esperaba, sin falta, para empezar en *petit comité* los ensayos de la elegantísima danza que se proyectaba, y en la cual Pedro, como era de cajón, tenía señalado su puesto. Se había discutido mucho el traje de los minuetistas; por fin, á moción del diplomático, se había elegido uno muy hermoso. (Pepito sacaba los cigarrillos; ofrecía; tomaba uno para sí; todo esto nerviosamente, con inmenso flujo de palabras; y continuaba dando detalles). Frac de paño rojo, finísimo—valía cada metro un mundo de billetes; chaleco blanco; calzón negro y corto, *culotte*—una cosa soberbia; media de seda; zapato de charol; el clac aplastado bajo el brazo; un jazmín del Cabo en la solapa. ¡Elegantísimo, del *dernier chic*! (Botaba el cigarrillo, apenas comenzado). El sastre tenía ya el figurín; acababa él mismo de llevárselo. Sombreros se conseguían en el *Almacén del Dandismo*; quedaban unos pocos; debía ir Pedro muy pronto, antes de que se acabaran. (Volvía á ofrecer ci-

garrillo). La piñata, lindísima; venía de darle una vuelta; había que conseguir todavía las cintas; en la cartera estaba apuntado el número de varas. Iba á hablar con los músicos para la orquesta. (Otro cigarrillo). Para los ensayos se servirían únicamente del piano. (Consultaba el reloj). Era muy tarde; á las seis y media debía presentarse en casa de Julita, donde estaba invitado á comer—comida de familia. Tenía que hablar con los otros muchachos, para avisarles lo del ensayo. Las tarjetas de invitación, bellísimas! (Botaba el cigarrillo). Una novedad, una sorpresa del mejor gusto. Pedro las vería ya muy pronto; empezaban apenas á repartirlas. Todo el día había estado con Julita rotulando sobres; le dolían los dedos. Necesitaba aún ir á la barbería; bañarse; cambiar de ropa. No le alcanzaba el tiempo para nada; tenía la cabeza así.....Y se iba, presentando otra vez el paquete de cigarrillos; gritando todavía de lejos:

—¡El sábado, á las ocho de la noche!
¡Zapatos de charol; las medias, de seda!

Y para no dejar ni la más leve sombra de duda (si es que alguna podía quedar después de tan auténticos testimonios) presentóse á poco, sombrero en mano, en el despacho de Pedro, un bogotanita muy sonrosado y nalgón, vestido casi como un *cachaco*, el popularísimo Triana, antiguo ordenanza del diplomático; y alargándole un

sobre: “De parte del General y las señoras”—dijo; y añadido el correspondiente “con permiso”, pronunciado con el cantico peculiar á los de su tierra, se despidió con una reverencia, que ya se la quisiera Pedro para el minué.

Monsieur et Madame Aristóbulo de Samper Figueredo ont l'honneur.....

Así, en francés, con sus apóstrofes y todo, invitaban los nobles señores *de Samper* para los días de su hija á los palurdos medellinenses, sin preocuparse de si la cosa sería ó no de buen gusto, pues lo que importaba era, según afirmación del diplomático y General, *jeter de la poudre aux yeux* á estos salvajes, á quienes se puede tomar todavía su oro á cambio de *chaquiras*.

Pedro se quedó pensativo. Habíale estado casi continuamente en los últimos días. Despertado del sueño de sus amores por los comentarios del público que, hecho ya cargo de ellos, quería dirigirlos á su amaño, volvía á sentir, no ya miedo, verdadero pánico por su independencia. El matrimonio era yá no sólo una imposición de ese entrometido Galeoto, sino un remate inevitable de esa imbécil corte que había estado haciendo con tan poco arte, deritiéndose de amor y de ternura como un mocosuelo inexperto, ó yéndose por sus propios pies camino del sacramento, como cualquier sandio mozalbete atacado de *casadera*, y que no pára ni descansa hasta

encontrar una mujer—no importa cuál—á quien, sin conocerla ni amarla, hace inmediatamente su esposa, como quien se compra un sombrero. Animales! Y eso iba á hacer él, con sus veinte años, y su plata, y sus dos ó tres idiomas, y con todos los libros que llevaba metidos en la cabeza; como si no hubiera en este mundo más que casarse, y criar muchos hijos, y rezar el rosario con su mujercita, y salir los domingos para el Poblado con los muchachitos á caballo, y tener tienda, y vender zaraza morada, y amontonar billetes. ¡Bonito porvenir el que se le esperaba! Y para amoldarse á esa necia rutina, iba á abandonar su sueño dorado, la aspiración de toda su vida: ser libre, ser independiente, viajar! Ver á París! París, cerebro del mundo, centro de las elegancias, babilonia de las grandezas, compendio de las perfecciones, fuente inagotable de todos los placeres, tierra del champaña, y del *esprit*, y de las mesas opíparas, y de las muchachas alegres! A Italia, cuna del Arte! A Inglaterra, suelo natal del sentido práctico y de las libras esterlinas! A Alemania, foco de la filosofía moderna, de la instrucción y de la ciencia! A España, patria de las castañetas, de las bandurrias y de las andaluzas resaladas! A Suiza, la de los lagos azules y las montañas cándidas! A Bélgica, colmena rumorosa de trabajadores! A los Estados-Unidos, genitores del progreso po-

tente, emporio de todo lo enorme, semillero de millones, tumulto de ferrocarriles!

Entusiasmado con los esplendores de esa perspectiva, olvidaba el peligro actual, cuya presencia, evocadora de miedos, habían venido á recordarle mil incidentes significativos de aquellos días, sacándolo del sonambulismo delicioso en que se hallaba sumergido. Un amigo de su padre, persona muy grave y por quien Pedro sentía particular respeto, había venido á él especialmente, con motivo de un designio de viaje á Europa, á ofrecérsele para escoger las joyas, piezas de ajuar ú objetos que para su próximo matrimonio necesitara. El Padre Zuláibar, confesor que fué de su madre, preocupado de abolengos, partidario de las alianzas entre las gentes de pura cepa española y conocedor de la genealogía de las viejas familias medellinenses como de sus propias manos, habíale mandado, como tenía por costumbre en todos los casos de esponsales declarados entre la gente blanca, una nota explicativa de su parentesco con Carolina: era muy remoto, y, como lo explicaba el bueno del sacerdote, *no necesitaba de dispensa*. La negra Ildelfonsa, la mejor y más solicitada cocinera de la ciudad, no quería comprometerse en casa ninguna por más de cinco meses, pues para ese tiempo el *niño* Pedro, su ídolo, que fué *cargado* por ella cuando pequeñito, se la llevaría á servirles á él y á la hija

de *misiá* Clara, que se casarían por la Candelaria (la negra no lo ponía en duda). Las hermanas del presunto novio, lo urgían para que arreglara *eso* pronto ó no siguiera *envolando* á la muchacha. Y las bromas de fórmula, y las preguntitas indiscretas, y las anticipadas felicitaciones que á diario recibía, aun de gentes extrañas ó desconocidas, eran, por lo multiplicadas y precisas, para infundirle cuidados. Cuando hasta su padre (y esto era lo peor), su padre mismo, que jamás le hablaba de tales asuntos y á quien suponía ignorante de todo, le había dicho con tono solemne, aludiendo á sus amoríos:

—Hijo; vea usted bien lo que hace, y no olvide que es un caballero.

Era una conjuración universal. Decididamente, aquello estaba ya muy peligroso. Herrar ó quitar el banco; tal era el dilema.

¿Qué hacer? Dejarla? Oh, nó! Carolina era tan hermosa; estaba él tan enamorado, y ella lo quería tanto! Lo que iría á sufrir la muchacha con su abandono! Pobrecita! Y casi se le saltaban las lágrimas con esta idea. Entonces, casarse. ¿Casarse? Y su independencia? y París? y su programa de vida?... Oh, nunca! El matrimonio era para los imbéciles; el matrimonio anula; los *intelectuales* (él pretendía pertenecer á esa plaga), los hombres en quienes predomina el talento, no se casan. Y recordaba

á D'Annunzio y sus héroes depravados: *il sogno di tutti gli uomini intellettuali: essere costantemente infedele a una donna costantemente fedele*. Y se extasiaba con el novelista de la *Cosmópolis* de Bourget; aquel espíritu incorruptible que dejó matarse de amor á una muchacha que lo quería con toda su alma, antes que sacrificar su independencia de intelectual en aras del esclavizante matrimonio.

Después de la embajada de Pepito y del recibo de la rimbombante tarjeta, las cavilaciones de Pedro tomaron nueva forma, llevando por distintos caminos su pensamiento. Así como entre casarse y abandonar el puesto no había término medio; los recibos de la Julita y el amoroso trato con Carolina se excluían mutuamente, pues el odio que ésta profesaba á la Matacaballos era irrevocable, y estaba tácitamente convenido que el perdón con tanta magnanimidad otorgado por la ofendida morena á su infiel amante, llevaba por corolario la repudiación de la aventurera y la ruptura de toda especie de trato con ella. Para seguir comprometiéndose tontamente con la hija de Doña Clara, debía, pues, su amante renunciar á todas sus pretensiones de elegancia y *cachaquería*, dejarse expulsar de la *high-life* medellinense, irse al montón de los de abajo, no merecer un saludo siquiera de sus amigas, arrastrar por el suelo sus glorias y triunfos de salón, ver-

se despreciado por sus iguales; que á tales cosas, y aun más, equivalía su retirada del aristocrático círculo: ¡abdicar de todo!—y eso era un sacrificio demasiado grande para sus veinte años.

Pedro se paseaba agitado delante del mostrador, encendiendo á cada instante un cigarrillo y atusándose el naciente bozo.

—¿Tiene driles americanos?—preguntóle un comprador, con trazas de serlo por grandes cantidades.

—No hay—respondióle desapaciblemente el caviloso, que tenía atestados de aquel artículo depósitos y anaqueles. ¡Bueno estaba él para driles!

Su vanidad era la que sufría ahora, y á ello se agregaba, desde hacía poco, la tentación que los halagos de la ponderada fiesta ejercían en su alma novelera; la sugestión que en él operaba el entusiasmo y embobamiento del público, y para escapar á la cual no era todavía ni suficientemente viejo ni suficientemente filósofo. Ver desfilar á todos sus camaradas, contentos y decididos, para un lugar de placeres donde él podía ser el primero, y á sus preguntas admiradas de “¿no vas?” responder, avergonzado, con evasivas ridículas que les harían reír, y quedarse encerrado monacalmente en su casa, bregando por dormirse cuando otros se divertían; tener que oír después los animados comentarios, muerto de envidia y sin entenderlos siquiera, echa-

do lejos como un intruso, como un pegote, por sus amigos que, más venturosos que él, habían asistido, jactándose de ello, á fiestas y regocijos que su situación imbécil le vedaba: oh! era una heroicidad superior en mucho á sus fuerzas, y, por añadidura, completamente inútil y boba. ¡Bravo Crillón, nos hemos batido, y tú no estabas! Escuchar frases como ésta; pensar que pudieran llegar á decírselas! Nó; no era posible. Jamás había prescindido él de nada hasta entoces; sus menores antojos se habían visto siempre satisfechos; y los sacrificios, aun los más pequeños é insignificantes, eran en su vida mimada desconocidos accidentes.....

De entre la marejada de frases de Pepito, había algunas palabras que flotaban en su mente con hipnotizaciones de conjuro: *piñata, minué, frac rojo, calzón corto*. ¡Calzón corto, qué elegancia! Y él, el héroe casi de la fiesta y motivo principal de ella—así lo comprendía—¿habría de perderla por consideraciones quijotescas? ¿Iría á desperdiciar esa ocasión única y magnífica de lucir su bien torneada pantorrilla y la varonil gallardía de su porte?..... ¡El clac! Cerraba en ese momento su oficina, cuando otra frase del factótum de Julia acudió á su memoria: “En el *Almacén del Dandismo* quedan unos pocos; se están acabando!”—Y allá se encaminó; y separó uno que le venía muy bien, con orden de

que se lo llevaran á su casa. . . . Podía necesitarlo en alguna otra ocasión: un joven de su rango debe siempre tener todas esas prendas exigidas por la moda. . . . ¡Qué hermoso conjunto debía de presentar el traje! La sastrería estaba allí, á dos pasos; el sastre lo era el suyo precisamente; entrar un instante, de tertulia, solamente de tertulia, nada tenía de particular. Y entró. . . . para curiosear el figurín, nada más; oh! nada más que para eso. . . . y también las telas: el paño rojo ¡qué bonito sería! El figurín ¡soberbio! casi de medio metro, y con los colores naturales.

—Apenas hay tiempo de hacerle el vestido para la víspera de la fiesta. Me han encargado yá varios, y, con motivo de ese baile, tengo enorme recargo de trabajo para esta semana. Bueno está que haya usted venido ahora. Si lo deja para más tarde, no habría podido comprometerme: es obra muy delicada.

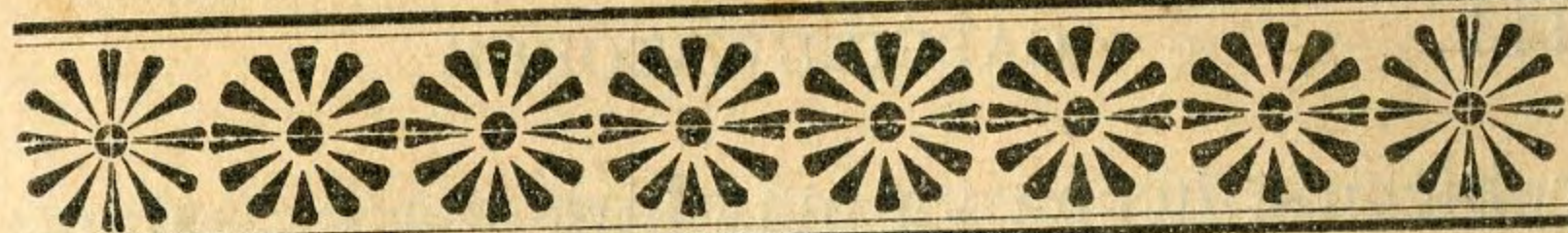
Esto decía el sastre favorito de la juventud elegante de la Villa, mientras abría el registro de su clientela y tomaba el metro de hule para rectificar las medidas. Pedro no había dicho una palabra de vestido; estaba seguro de no haberle encargado nada; pero lo dejó hacer sin protesta alguna; emocionado, con cierto temblorcito en las manos, cierto cosquilleo en el cuerpo y ciertas apreturas como de involuntaria risa en la garganta.

Pedro tenía veinte años, y aún no había sufrido pena ninguna: la vanidad crecía y fructificaba en su terreno más propicio. Los viejos de ahora, esterilizados por la vida y humillados por el dolor; cuando tenían veinte años ¿fueron por ventura mejores que Pedro?

Esa tarde (era un miércoles) el novio de Carolina no concurrió á la cita de la ventana: aunque hiciera un tiempo exageradamente veranoso, mirando al cielo, hacia el lado de Santa Elena, le pareció ver ciertas nubecillas precursoras de lluvia. El jueves se sentía como con principios de catarro, y no podía salir de casa por la tarde: el sereno es muy nocivo para las enfermedades. El viernes tenía que asistir á una reunión del Club; cosa importantísima: resolver si se aceptaba el palco que nada menos que una *primera dama* había mandado para su función de gracia. El sábado le dolía la cabeza. . . Y ese mismo día á las ocho de la noche, Pedro, esmeradamente vestido y sin huellas de jaqueca, penetraba con paso resuelto en la casa de Julia.

En el zaguán se detuvo un momento, y quitándose la *argolla de ilusión* que adornaba su anular izquierdo, se la metió en el bolsillo.





VII

PASARON cosa de dos meses, dos meses que fueron una perpetua fiesta para Pedro; un torbellino de jolgorios, un vértigo de placeres sociales, que se sucedían unos á otros, sin dejar tiempo siquiera al goce de saborearlos; pues apenas acababa un baile, cuando el proyecto y preparativos de una excursión campestre lo relegaban al rincón de los recuerdos, para ser á su turno supeditada por una elegante cabalgata, por un juego de *lawn-tennis*, por el ensayo de una comedia casera, por un concierto privado de aficionados de su círculo, por tantas cosas como la inagotable inventiva de la Julita estaba siempre imaginando para aturdir y retener en sus cadenas al inconstante.

Pedro, por su parte, quería dejarse aturdir para no acordarse de Carolina; y tanto y tan ostensiblemente cortejaba ahora á la

rubiecita, hecha ya más humana y bastante menos coqueta con la seguridad engañosa de su triunfo y la facilidad con que lo alcanzara, que los comentarios del público casamentero se volvían ahora dellado de la Mariposa, sin dar en esta ocasión á Pedro ni la más leve sombra de un escrúpulo.

De todos sus rivales había él triunfado también en absoluto, como en otro tiempo inútilmente lo deseara. Julia, que á todo trance quería apartar á Pedro de Carolina y quitarle hasta el más mínimo pretexto de volver á ella, era ya toda complacencias y delicadezas para con su fingido amante, que transformado, gracias á la total ausencia de amor, en el más redomado farsante que jamás frecuentara salones, la engañaba de lo lindo, mostrándole, con perfeccionamientos de comediante bien experto, una pasión que no sentía en manera alguna, y dejándole entrever en próxima perspectiva alucinadores espejismos de matrimonio. Pedro estaba, á la verdad, mucho más distante de amarla que en las anteriores épocas de sus amoríos; no ya por las mortificaciones de vanidad que entonces le impusiera, y que él juzgaba ya suficientemente resarcidas, sino por un nuevo rencor que ahora sentía, y que á ese vituperable engaño lo incitaba. Pedro (expliquen los psicólogos este incomprensible fenómeno), Pedro que por su propia inspiración y sin influencias de nadie; volunta-

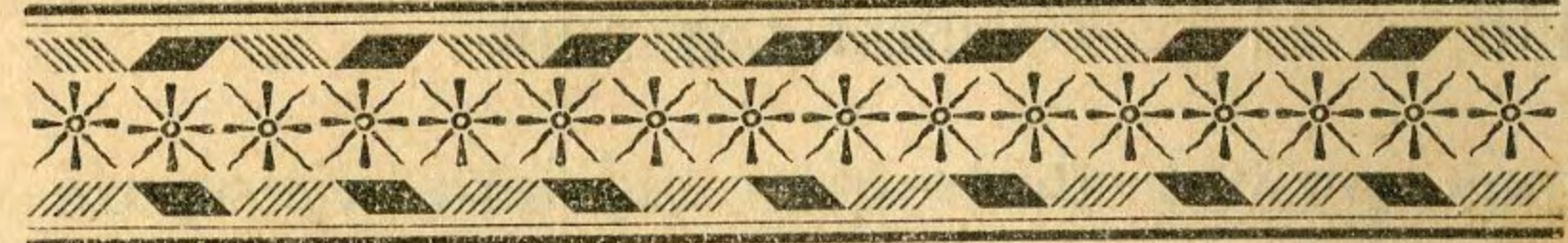
ria, reflexiva y deliberadamente había abandonado á Carolina, le guardaba á Julia extraño y profundo resentimiento por aquella ruptura, que distintas causas motivaron, y quería vengarse en la imaginaria responsable de su delito, antojándosele como desagravio, y revancha también, para la olvidada morena el engaño que ahora estaba ejecutando con la rubia. Y esta invulnerable que sólo conoció victorias y sembró siempre de víctimas el campo donde su coquetería maniobraba; envanecida y cegada, como general jamás vencido, por la consciencia misma que tenía de sus talentos y el soberano desprecio que las contrarias fuerzas le inspiraban; así como también ilusionada por el gran deseo que la impulsaba, fingiéndole lontananzas halagadoras, habíase dejado vencer por un inexperto que, comparado con ella, era en tales campañas un miserable recluta: que la soberbia despreciante y los encaprichamientos del deseo, son frecuentemente causa de derrotas y de alucinaciones en la vida.

Pedro tenía ya su plan trazado definitivamente: divertirse cuanto pudiera, sin preocupaciones ni cuidados, en esos tres meses que aún le quedaban de permanencia en su infelicitísima patria, y largarse luego, callandito y sin que nadie se impusiera, á volar por esos mundos seductores del extranjero, adonde lo llamaban su vocación, su independencia y su fortuna. Sólo

le faltaba tener la edad en que el hombre es en Colombia legalmente dueño de sí. Seríalo al finalizar Enero; corría Noviembre; en los primeros días de Febrero marcharía á cumplir su misión de dicha el mancebo afortunado y, como los pájaros, libre. Nada en el mundo podría ya apartarlo de su camino.

A veces, en el torbellino de la actual vida, acudía á su mente, mezclado de remordimientos y de nostalgia, el recuerdo dulcísimo de la niña abandonada. Mas con un esfuerzo supremo de su voluntad, lo arrancaba de sí como un estorbo, buscando en sus frívolas relaciones con la Mariposa la embriaguez del olvido, cual buscan otros en la del vino el valor que no hallan en su pecho cobarde, el alivio de sus cuitas, el acallador de la conciencia sublevada.

No había vuelto á ver á Carolina. La pobre muchacha que—próximo ya al ansiado puerto—había visto zozobrar y hundirse en el abismo el barco que llevaba todas sus esperanzas, sintió que se le acababa la vida y que se le oscurecía la tierra; y, reclusa en su casa, olvidada del mundo, invisible casi para los extraños, buscaba en la oración un lenitivo para su inmensa pena.



VIII

CIERTO día, tarde ya de la noche, retirábase Pedro á su casa, presa de una de esas melancolías sin causa, no ajenas ni á la infancia más serena, que á lo mejor nos acometen sin anuncio alguno, ó nacidas á lo sumo de un incidente baladí, incapaz de engendrarlas, y que es un mero pretexto con que el alma conturbada ensaya tranquilizarse y recobrar con fantásticas explicaciones el equilibrio perdido. Era un sábado. Concluída la faena de la semana con la clausura de su oficina un poco más temprano que en los anteriores días, Pedro, que experimentaba, como suele expresarse, deseos de *hacer algo*, se fué al Club en busca de un grupito de camaradas que casi invariablemente acostumbraban reunirse allí la víspera del domingo, en grato amor y compañía, para charlar de sus cosas de ellos, saboreando parcamente algún aperitivo. No había nadie. Fué una contrariedad que le obligó á irse á su casa

más pronto de lo que quisiera, y con un principio de mal humor, que una solitaria caminata por los arrabales de la ciudad trocó en extraña melancolía. Sentíase muy solo, y consideraba que no siempre es buena la vida. Para combatir aquel tedio, se marchó al teatro, tomando al azar un puesto cualquiera. La concurrencia era muy escasa y casi desconocida. Dábase una pieza bastante sosa, que él había visto ya no pocas veces, y que los intérpretes representaban de mala gana y como distraídos, ante una sala semi-vacía, donde los contados espectadores se desencajaban á bostezos. Todo lo que escuchaba le parecía estúpido; los entusiasmos que lo bello despertaba en el alma, simples ridiculeces; el arte, una mera farsa. Encontrábase desencantado y sin anhelos. Con el rostro desfigurado por una mueca irónica; gozándose con agrio placer en cultivar su murria, presencié hasta el fin el espectáculo. Quedóse allí hasta que el último espectador hubo salido. Vió alzarse á medias el telón y llenarse el proscenio de criados en cuerpo de camisa, que recogían trastos y trebejos; de figurantes criollos que, trocado ya el sacón de pana galoneado por la plebeya ruana, encendían con gesto vulgar el enorme cigarro; de coristas mechudas y macilentas; de cómicos obscenos y petulantes. Vió apagarse las luces, retirarse la guardia soñolienta y desfilas á las actrices,

lleno todavía de colorete el ajado rostro, vestido el cuerpo sin esbeltez con trajes viejos y trapudos, precedidas por enormes líos de ropa que difícilmente conducían rapazas mugrientas ó granujas desvergonzados, y cogidas con desgraciado ademán del brazo perezoso de sus maridos de pega. De pega, como lo es todo en la vida, pensaba, dejándose arrastrar á extravagantes generalizaciones por su pesimismo momentáneo, aquel farsante aprendido, harto ya de oropeles y de mentira. Y, paso á paso, con el sombrero dislocado y las manos metidas en los bolsillos, se encaminó á su casa, donde ya todo el mundo dormía, y donde, impresionado por aquella soledad y aquel silencio, le pareció que era un sér indiferente para los suyos, y tuvo sed, una devoradora sed de afectos en el alma. Sentía en su pecho un vacío inmenso; soledad en torno; densa capa de nieblas en su conciencia. Hallábase sin saber por qué descontento de sí mismo; con las perplejidades de quien ha olvidado algo que en vano procura determinar, y la desazón de aquellos que, perdida la fe, buscan en el cielo negro y desierto una estrella que guíe sus pasos y sirva de norte ó de meta á desaparecidos ideales. Intentó leer, y recorrió con la vista algunas páginas sin entender su sentido; intentó escribir, y encontró huera de toda idea su cabeza. Revolvió en su escritorio viejos papeles, re-

cuerdos de la infancia, que le aparecía remotísima, cuadernos de la escuela, escritos por su misma mano con caracteres que ahora desconocía; y durmióse, al fin, sin sueño y sin esas deliciosas voluptuosidades que preceden á la inconsciencia.

Despertóse de improviso. Oía murmullo de gentes que iban apresuradas por la calle. Las campanas de la Catedral llamaban á misa de cinco, con tonos que á Pedro le sonaron en el alma dulces y tristes como una queja á él dirigida. Jamás había estado en la iglesia á aquella hora matinal; pero sentía como si las campanas vibraran sólo para él; que era á él á quien llamaban con misteriosos acentos; y, apresuradamente, como temeroso de faltar á una cita, saltando del lecho, se vistió, y pocos minutos después penetraba en el templo.

Sentíase el vaho húmedo y tibio de las gentes mal despiertas aún que poblaban las naves; una tos arrancada de incógnita garganta por el frío de la madrugada, sonaba en uno de los extremos, y, repetida luego por los concurrentes como una consigna, se dilataba en oleadas por toda la iglesia; con apresuramientos nerviosos de quien cree haber llegado tarde, iban entrando las devotas arrebujaadas en sus mantos; mezclábase en el concurso tal cual grupo de trasnochadores, vuelto hacia arriba el cuello de sus gabanes y llevando en el rostro las huellas de la reciente orgía;

bandas pintorescas de excursionistas, ya en traje de campo, se arrodillaban alegres y cuchicheantes en el desnudo suelo; acogíanse á la sombra de los pilares los vergonzantes de raídas ropas ó los vencidos de la vida á quienes espanta el día; una pareja de cazadores, terciada al hombro la escopeta y humillado á sus pies el perro de luengas orejas, estacionaba respetuosa junto á la puerta; oíase el chichisbeo de diálogos rápidos é interpelaciones confianzudas; entre dos cirios de tembladora y pálida llama, un anciano sacerdote murmuraba los latines del oficio con voz quejumbrosa, entrecortada de suspiros; al través de los vidrios polvorosos de las ventanas, esbozaba yá tímidamente el alba sus primeras sonrisas.

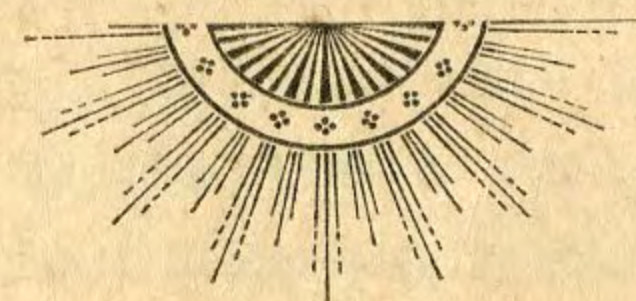
Entre aquel mar de cabezas femeninas, uniformemente tocadas de negro, que se desplegaba ante sí, Pedro, á las indecisas claridades del día naciente, supo distinguir una que su imaginación nimbaba, en aquel momento, de gloria, yéndose á ella sin vacilación alguna su mirada, con la seguridad de lo previsto, de lo indubitable, de lo fijo. Aquella cabeza contemplada, como si obedeciese á un mandato arcano, se volvió dócilmente á quien, lleno de emoción, la observaba; y el rostro, pálido ahora, de Carolina, que, impulsada también por extraño presentimiento había acudido á aquella cita misteriosa, se mostró con mística

expresión entre la penumbra formada por los negros encajes de la mantilla; y sus ojos, cercados por el pasado sufrir de un círculo oscuro que los hacía aparecer más grandes y profundos, buscaron tiernamente los de su amado, para renovarle con su lenguaje de elocuencia infinita, el eterno juramento de sumisión y de amor con que le había consagrado su alma. Y parecían decirle en su idioma, tanto más expresivo cuanto mudo; parecían decirle con dulce y resignado reproche, como en la escena del baile: "¡Cuánto he sufrido, ingrato! y cuánto te amo!". Y tenía su mirada la humildad acariciadora que humaniza los ojos del fidelísimo animal amigo del hombre, cuando, injustamente punido, se arrastra implorante y amoroso á los pies del amo que le pega.

Pedro, al influjo de aquella mirada, sentía apagársele la sed devoradora de afectos que la noche anterior le enardecía el alma; llenarse el vacío de su pecho; disiparse las nieblas de su consciencia; poblarse su mente de ideas, su soledad de cariños, su cielo de estrellas, su imaginación de múltiples gérmenes y su corazón de ventura. Ah! la vida era buena! la verdad imperaba en el mundo! Su ofuscada personalidad reaparecía, briosa y pujante, con todos los hervores y todos los entusiasmos de la juventud satisfecha; al beso fecundante de aquellos ojos, que llenaba su espíritu de re-

veladoras claridades, se destacaban, netos y precisos, de entre las perplejidades de la iconsciencia, los recuerdos que allí dormían olvidados, como surgían de entre las sombras de la noche los contornos de las cosas sobre la tierra, á los esplendores del sol, que estallaba ahora en risas alegres sobre los polvorosos vidrios de las ventanas.

Pedro era feliz: había encontrado lo que buscaba.





IX

AL volver á su casa, ligero de cuerpo y alegre de espíritu, encontró á su padre, que lo esperaba. Era día de correo para Europa. Con el afán que Pedro, encargado de la correspondencia, se había dado para cerrar el almacén el día anterior, se habían quedado sin escribir algunas cartas importantes que su padre tenía empeño porque fueran en esa fecha despachadas; é impuesto desde la víspera de la omisión de su hijo, quería que la subsanara, recordándole al mismo tiempo que, por ser domingo, no se recibirían cartas en la Administración de Correos pasadas las doce.

—No se le olvide—díjole—remitir las dos letras compradas el viernes. Son para su viaje.

¡Para mi viaje!—pensaba Pedro, bajando las escaleras, camino de su escritorio. Con la alegría de la nueva reconciliación, había olvidado su ya cercana partida; y al escuchar aquella frase, que lo traía de

las regiones del ensueño á las realidades de la vida, sintió como que una sombra invadía su espíritu, poco antes luminoso; y la eterna lucha entre los anhelos de su corazón, que á Carolina lo llevaban, y su obstinado programa de vida, que de ella lo retraía, trabaron en su alma llena de perplejidades la última y definitiva batalla.

Carolina, sentada á la ventana que fué testigo de tan dulces coloquios, esperaba á su novio reconquistado. La pobre niña, después de dos meses de angustias y ya próxima á la desesperación, veía otra vez puesto á flote el hundido barco de sus esperanzas, y renacía á la vida, llena como siempre de amor, de ese amor profundo é inextinguible que absorbía todas sus fuerzas y monopolizaba todas sus facultades. Ahora se sentía feliz. Su reconciliación, hecha en el misterio del alba, al abrigo del templo, era un secreto dulce que guardaba en su pecho con avaricia. Las gentes que van por el mundo, indiferentes y frías, no saben lo que es amar. Su misma madre, sus propias hermanas, si ella las hubiese hecho confidentas de su secreto, la habrían llamado *boba*. Llamábanla boba; boba porque había llorado la ausencia del ingrato; boba porque no aceptaba los ofrecimientos, siempre tácitos, de Guillermo, siempre apasionado; boba porque no mentía; boba porque había olvidado la risa; boba porque amaba.

Y la niña en la ventana esperaba á su novio....y su novio no venía.

La tarde declinaba suavemente; los esplendores del día se trocaban en las palideces melancólicas del crepúsculo; las sombras tristes de la noche iban invadiendo la tierra; la luz artificial reverberaba ya en las casas y en las calles; corrían las horas: tras el ángelus que despide, el funerario doble que recuerda; estaban ya cerradas las ventanas del vecindario; crujían al juntarse las pesadas hojas de los portones; rechinaba la llave en las cerraduras; reinaba sobre el barrio aquietado el sosiego reparador de las faenas; cerníase el ala del sueño por sobre las moradas silenciosas; la calle estaba desierta....y la niña en la ventana, esperando á su novio reconciliado, había esperado en vano.

Mas á esa hora sugestiva de la media noche, cuando el silencio era más profundo y la quietud más solemne; mientras la niña abandonada se retorció insomne en su lecho, inflados los ojos de lágrimas y la garganta de sollozos; el cobarde amador, que esquivaba la luz como un bandido, venía á pasos quedos á rondar bajo las rejas clausuradas de su novia, conteniendo con ambas manos puestas sobre el pecho los latidos de su corazón en rebeldía.

A la tarde siguiente, Carolina, sentada otra vez á la ventana, esperaba á su novio; y pasó ese día sin devolverle al au-

sente. Y pasó otro; y otro; y al quinto (un jueves en que la católica ciudad conmemoraba el dogma de la Concepción Inmaculada), Carolina, que llevaba cuatro noches sin sueño y cinco días sin pan, tomó su mantilla, y, pálida, temblorosa, los ojos hundidos en las órbitas amoratadas, vacilante el andar, se encaminó á la iglesia á eso de las cuatro de la tarde, con pretexto de confesiones y de rezos. En el camino que al templo conducía, quedaban el Club, el escritorio y la casa de Pedro: ¡quería verlo!... Nada consiguió: el almacén estaba cerrado, desiertos los balcones del Club, solitaria la casa. Pero á la vuelta, que fué casi inmediata, pues la desasosegada niña no podía rezar, una vieja devota que ella había conocido en sus excursiones á la iglesia, la detuvo en el instante preciso en que pasaba por frente á la casa de su amado. Y mientras la beata hacía comentarios encomiásticos sobre la belleza de la fiesta religiosa y la solemne procesión que acababan de verificarse, Carolina, que miraba de reojo, sin entender sus cuentos á la vieja, el amplio zaguán y los entreabiertos balcones de la morada, vió llegar á la puerta, conducido del ronzal por un mulatito limpiabotas, al negrísimo *Otelo*, el por ella bien conocido caballo de Pedro, precioso animal, que venía ahora sudoroso y empolvado, con trazas de una larga correría.

El mulatito llamó á la puerta con el pe-

sado aldabón; y, palpitándole el pecho, corto el aliento, Carolina pudo oír entre el avispado granuja y la sirvienta que salía á recibirlo, el siguiente diálogo breve:

—¿Ese es el caballo del niño Pedro?

—Sí; lo vengo á traer, trozo.

—Y él? ónde se quedó?

—Que no lo esperen, mandó á decir; que se queda á comer en el Club.

—Siquiera! Las niñas estaban yá confundidas y pensando que ni volvería á venir ¡Como no sale de allá!

—¿Y ónde estaba?

—¿Pues ónde había de estar? Onde la novia, que está en Caldas.

—¿La Mariposa?

—Sí, por supuesto. Si está perdidito por ella. Ende el lunes se fué, y apenas ahora se aparece. ¡Valientes enamorados!

—¡Buen gusto! porque hast'ai monas lindas y pizpiretas como esa Julita—replicó el pilluelo; y entró con el caballo por el ancho zaguán de la casa, precedido de la sirvienta.

Carolina sintió en la cabeza como un violento golpe de maza que la privaba del sentido. Iba á caer, cuando surgió en las profundidades de su cerebro un grito de energía y de protesta, que parecía serle lanzado por alguien que no era ella, pero que vivía, sin embargo, dentro de su propio sér; y que, enseñoreándose por completo de su espíritu, anulaba, destruía, por decirlo así, su antigua personalidad, trocán-

dola por otra distinta, soberana de aquélla y de la cual Carolina no tenía consciencia alguna. Sólo sabía, aunque sin comprender la naturaleza de tan extraña sustitución, que un cambio absoluto acababa de operarse en su sér, y que ella no era yá la que siempre había sido; ó, mejor dicho, se encerraban en ella dos personas, y á esa nueva persona, Carolina, la antigua, la veía obrar, acataba sus mandatos, y no la comprendía. Esa orden imperiosa, ese grito de energía y de protesta que la muchacha sintió estallar en las profundidades de su cerebro cuando ya se venía al suelo, le fué lanzado por ese nuevo inquilino de su alma, y era éste:

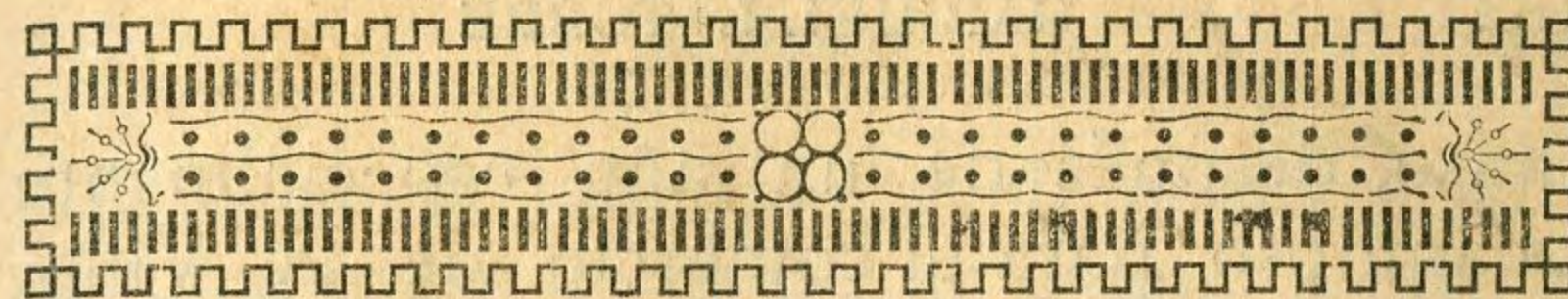
“¡ NO SER BOBA ! ”

A él se adhirió Carolina con todas sus fuerzas, como el que rueda despeñado á una sima se agarra de la rama salvadora que halló tendida milagrosamente al borde del abismo. Y no cayó.

No cayó; y, erguida, contraídas las facciones, apretados los labios, seca la garganta, crispados los puños, seguro el paso, y la mirada dura y fija, la nueva Carolina regresó á su casa, repitiendo mentalmente, como quien recita una lección difícil:

¡No ser boba! No ser boba! No ser boba!

Esa misma noche arregló matrimonio con Guillermo; y al día siguiente, cuando apenas clareaba la aurora, toda la familia se puso en marcha para *El Pinar*.



X

HABÍASE convenido que la boda se celebraría en el próximo Enero, tan pronto como se abrieran de nuevo las velaciones. Así lo había exigido Carolina; y Guillermo, que de tiempo atrás lo tenía ya todo listo para el casorio y temía ver escapársele otra vez á la muchacha, no podía hallar convenio más acorde con sus propios deseos; y lo aceptó, naturalmente, con entusiasmo: á haber osado, fuera él mismo sin duda quien lo hubiese propuesto.

Contadísimas personas se impusieron en Medellín de aquel inesperado arreglo. La ciudad se hallaba casi sola, con la desbandada al campo de la mayor parte de las familias; *El Pinar* quedaba muy lejos; y Guillermo, aleccionado por la experiencia, se había hecho enormemente reservado: más *simple*, decían sus amigos, que no eran muchos.

El padre de Pedro, necesitado de des-

canso, después de un año especialmente calamitoso para el comercio de la Villa, había suspendido operaciones desde el día quince, cerrado sus oficinas y retirándose al campo con toda su familia, sin excluír á su hijo. Este, antes de emprender su viaje á Europa, que, como estaba ya resuelto, se verificaría en Febrero, tenía que hacer una visita de inspección á una de las fincas que la familia poseía á orillas del Cauca, excursión corta, que su padre juzgaba necesaria y para la cual suplicaba á su hijo, que casi nunca iba, lo reemplazara esta vez, pues el anciano decía hallarse yá muy débil y achacoso para semejantes correrías, que fueron un tiempo especialmente placenteras para él, y origen de la mayor y más estimable parte de su fortuna.

Pedro sentía cierta pereza por esta excursión á la finca del Cauca, y estaba continuamente buscando pretextos para demorarla ó para no hacerla del todo: tenía miedo de quedarse á solas con sus pensamientos, que á no haber sido sofrenados por Pedro con mano fuerte, galoparían desbocados por antiguos caminos, peligrosísimos para la independencia de su dueño; temía á los enternecimientos de la soledad que allí le esperaba; y á fin de no perder el valor que le era preciso para arrancarse de Carolina, á quien iba á abandonar definitivamente y de cuyos esponsales no tenía noticia alguna, trataba de aturdirse ahora con

toda clase de jolgorios y de placeres, andando á todas horas de un campo á otro y de una en otra diversión. Mes y medio de este aturdimiento que no le dejaba espacio de pensar, y estaría libre, poniendo entre él y su amada mucha tierra, mucha tierra y la inmensidad del Océano.





XI

FUÉ en una de aquellas excursiones, un paseo en la agradable compañía de tres amigos íntimos á un pueblecito de moda, cuando le vino la idea de hacer una visita á Carolina. Desde la pequeña plaza de la aldea se alcanzaba á distinguir, perdido entre las nubes, el camino que conducía al *Pinar*: una línea rojiza que serpentea entre los riscos. Al remate de aquella línea y detrás de aquellas nubes estaba Carolina. Pedro se encontraba aquel día de buen humor. Había bebido un poco; no lo necesario para llegar al enterneamiento, pero sí lo suficiente para hacer surgir osadías y alborotar latentes fatuidades. Reíase ahora Pedro de sí mismo, de sus miedos pueriles de comprometerse, de sus quijoterías de fino amante, de sus lirismos de tenor de ópera; y hallaba la cosa más natural é inofensiva del mundo el farseo con las damas, recordando una frase, muy celebrada por él, de alguno de sus cama-

radas, veterano de los salones y burlador de crédulas y de ingenuas: "A las mujeres no se les debe decir sino mentiras". Vería á Carolina y farsearía un rato con ella: diversión para ambos y ausencia de todo daño para una y otro. La propuesta de una visita al *Pinar* fué aceptada unánimemente; y después de un sabroso trago, apurado tras un "¡por las muchachas, señores! y que viva la farsa!", pronunciado por él con acento festivo, arrancaron los caballos, sacando chispas del empedrado de la fonda, y la juvenil caravana emprendió alegremente el ascenso de la montaña.

La tarde espiraba yá cuando llegaron á la finca. Atraídos por las pisadas de los caballos, salieron los dueños de la casa, acompañados del Doctor Luneta, á recibir á los visitantes. Entre el grupo de las muchachas, regocijadas con la inesperada visita de sus amigos, notábase la falta de Carolina. Alguien preguntó por ella. Había regresado muy tarde de un paseo con los niños; y como éstos, con el cansancio de la correría, se sintiesen hambreados y soñolientos, se ocupaba entonces en hacerles preparar el chocolate, para acostarlos enseguida. Con frecuencia, en esta temporada, emprendía caminatas semejantes, siempre en compañía de los rapazuelos, ya para divertir á los pobrecitos, por quienes se había aficionado últimamente con singular cariño, ya para comprar en las ca-

sitas de los campesinos huevos, pollos ó legumbres.

—Porque ni se sabe todo lo hacendosa y formal que se ha vuelto Carolina—agregaba la informadora.—Si Uds. la vieran, no la conocerían: es otra. Siempre está ocupada; se levanta desde las cinco—con este frío que hace aquí por la mañana—y se acuesta rendida. Lleva la casa en peso, y ni mamá ni nosotras hemos vuelto á mover un dedo. Carolina cose; Carolina barre; Carolina tiende las camas; Carolina aplancha la ropa; Carolina puede decirse que hace ella misma la comida; Carolina sirve la mesa; y, sobre todo, es la que se entiende con los niños. En fin, ella es la que lo desempeña todo en la casa, y las criadas *se la están viendo de flor*; y eso que no son malas (¡milagro será!) y hasta dicen que con la niña Carolina nos están robando la plata; como que no tienen casi qué hacer. Y después de tanto trabajo, creo que ni duerme: la he sentido muchas noches, tarde, despierta. Lo que es *para parrandas*, sí no hay que contar yá con ella.

—Raro eso en una muchacha tan alegre como Carolina—observó alguno de los visitantes.

—Muy raro ¿no le parece?—repitió otra de sus hermanas.—Si es que lo veo, y no lo creo. Desde que estamos aquí, no se ha reído ni una sola vez. ¡Carolina sin reírse! ¿qué les parece! Pues no se ríe yá nunca,

ni se enoja, ni se altera. Da hasta rabia tanta frialdad. No sé qué le ha pasado; pero es otra, enteramente otra; parece una vieja.

—Yo sí sé qué le ha pasado—dijo, interviniendo, la sobrina de Doña Clara, mirando á Pedro insistentemente con ojos que brillaban de malicia.

—Qué?—exclamaron en coro los recién llegados.

—Que se está ensayando.

—¿Para qué?—interrogó Pedro, chocado con las miradas de la primita y figurándose en su vanidosa susceptibilidad que se trataba de asuntos matrimoniales, atentatorios á su sacrosanta independencia.

—Ella... y usted lo sabrán—contestó la traviesa jovencita, remachándole el clavo.

—Nada sé—prorrumpió con sequedad el satirizado.

—Nó? Pues yo creía que ustedes obraban de acuerdo. Pero ahora hablará usted con Carolina, y lo sabrá todo. Carolina tiene que dar á usted una buena noticia.

—Pues si es buena, como usted dice, lo celebraré mucho—masculló Pedro, por decir algo, picado con el tonito de burla y las miradas maliciosas de su interlocutora; pensando que se trataba de alguna broma, probablemente de mal gusto, pero sin la más remota sospecha de que la noticia que Carolina tenía que comunicarle era nada

menos que la de sus esponsales con el despreciado Alemancito.

Las hijas de Doña Clara, que habían recibido encargo muchas veces reiterado de su madre para no decir á Pedro una palabra sobre este asunto, pues temía ella con intuición candorosa que el mozo desbaratara el casamiento si á saberlo llegaba, y juzgando, además, con su corazón bueno y sencillo, que había una especie de crueldad en informar de tales cosas al antiguo pretendiente de Carolina; obedeciendo á la señora, habían guardado reserva, y, alarmadas con las audacias de la prima, le hacían disimuladamente guiños de inteligencia y la reprendían murmurando: “Niña! niña!”. Luégo, para dar á la conversación distinto sesgo y ver de hacer cesar la vaga tirantez que el incidente aquel había producido, una de ellas preguntó:

—¿Y qué noticias traen ustedes de la Villa?

—Nada; que eso se acabó; que está ya Medellín definitivamente muerto, y que no falta más que hacerle el entierro.

—Como sea bien solemne.

—Como entierro de Arzobispo—dijo una de las muchachas.

—¡Silencio, por Dios!—exclamó su prima, atisbando con una cómica alarma á la puerta de la salita, donde Doña Clara y su amigo, se habían refugiado, para dejar á los jóvenes la libertad de sus coloquios.—

No miente usted Arzobispo, prima ¡ por la Virgen! que si Luneta llega á enterarse, se nos viene para acá y nos espeta toda la historia de la enfermedad y muerte de León XIII.

Estalló una carcajada colectiva. La tal historia era el terror de todos los medellinenses de ambos sexos, y duraba, al decir de la burlona primita, cuarenta días y cuarenta noches; lo mismo que el Diluvio, pero mucho más peligrosa! Y añadió, con expresión de asombro:

—Pero no saben ustedes lo mejor. Carolina (y este es el elogio más grande que puede hacerse de la paciencia y resignación de mi prima y la mejor muestra de lo cambiada que está), Carolina le ha oído la historia á Luneta, y no se ha dormido. Como se los cuento; le ha atendido la historia.

—Toda?— preguntó alguno con fingida sorpresa.

Nuevas y más ruidosas carcajadas fueron la respuesta.

—Niñas!—gritó á este tiempo Doña Clara desde la puerta.—De seguro que no han ofrecido ustedes nada á los muchachos.

—Verdad!—asintió la mayor, que se juzgaba, como tal, más obligada.—Una copita de ron, señores.

Admitida y apurada la copa, y encendido por los bebedores el indispensable

cigarrillo, la confianza se hizo más grande, y la conversación más chispeante y animada. La intimidad y *sans-façon* á que invitan las sugerencias del campo, obraban yá su efecto sobre aquellos mozos y mozas, de suyo un tantico repelentes y acartonados, como buenos hijos, al fin, de la ciudad más antipática y aburridora de la tierra, y la menor salida ó el más insignificante chiste eran celebrados con risas y palmoteos cordiales. No había mucho ingenio, ni hay para qué exigirlo de unos pobres mercaderes que todavía pisan con miedo la alfombra de los salones, y de niñas sometidas á quienes la severidad de costumbres ata la lengua y esteriliza el espíritu; pero la risa en éstas y en esotros era franca, espontánea su alegría, sin afectaciones su estilo, y eso era ya mucho, tratándose de quienes se trataba. Reían de la ocurrencia de alguno de los muchachos que—recordando la conocidísima anécdota del poeta Candelario Obeso—á la pregunta de la menor de las hijas de Doña Clara: “¿quiere usted chocolate?”, había contestado: “lo último, señorita”; y abrumaban de burlas y corrían á la muchacha, que no entendía el chiste, cuando hizo su aparición en el festivo corro la hacendosa Carolina.

Vestía un sencillo traje de estameña azul marino, cubierto desde el pecho hasta los pies por un delantal blanco y limpio como una hostia. Saludó con naturalidad á los

visitantes; y era grave su continente; lentos sus ademanes; correcto y mesurado su porte. En su rostro, iluminado en aquel momento por la luna, que le enviaba, como á una amiga, su saludo, dormía una expresión inefable de humilde y resignada dulzura. Tenían razón sus hermanas: era otra; y su presencia infundía extraño, temeroso é inexplicable respeto.

—Es Kundry convertida—pensaba Pedro, obstinándose en su vieja y desatinada comparación;—Kundry convertida, como antes fuera Kundry tentadora.

La mesa estaba puesta, anunció, y la merienda los esperaba.

El sentimiento de compostura que la presencia de Carolina produjera en los visitantes, se disipó al grato anuncio que les hacía, y el corro juvenil, con alboroto de colmena, invadió el risueño comedor, especie de gruta silvestre encortinada de enredaderas. En ausencia de su esposo—ingeniero y dueño de minas, retenido frecuentemente lejos de su casa por las interminables correrías de su oficio,—presidía la mesa la simpática Doña Clara, la señora más buena y más amable de la Villa, y cuya sencillez y candor, hechos proverbiales, estaban siempre invitando á la familiaridad y á la confianza. Carolina que, como Marta, había escogido la peor parte, servía la mesa, sin hacer caso de las protestas de los convidados. Reían todos alegremente y nadie

quería callarse para escuchar á Luneta, que había comenzado en balde veinte cuentos. Pedro, deseoso de estar á solas con Carolina, empezaba ya á encontrar demasiado larga la sobremesa. Al fin se levantaron todos, y, divididos en parejas aisladas, se esparcieron por el corredor fresco y anchuroso que rodeaba la casa, bañado ya completamente por la luna. Pedro ofreció entonces el brazo á Carolina, y se fué con ella á uno de los extremos de la embarrandada galería.

La espontaneidad para la farsa que Pedro creía tener cuando propuso á sus amigos la visita que ahora estaban haciendo, y los alegres comienzos de ella, muy á propósito para aumentar la predisposición que trajera, habían mermado considerablemente con la presencia de la interesada, con los informes antes recibidos y con las nuevas maneras de su antigua novia, á quien él creía conocer en todos sus aspectos y dominar ahora y siempre á su capricho. Y, con todo, se hallaba extrañamente embarazado, aunque por no querer confesárselo á sí mismo, se empeñara, ya sin ganas casi para ello, en sus designios de frivolidad. No era remordimientos lo que sentía. Hubiéralos sufrido si fuera á hacer á Carolina promesas que no pensaba cumplir, ó á irse por las vías del enternecimiento y del lirismo. Eso sí hubiera sido vituperable. Precisamente porque ya se marchaba; porque

aquellas relaciones iban á tener su conclusión definitiva, quería quitarles, en lo actual y en lo pasado, todo viso de seriedad, y persuadir á Carolina, por el tono mismo de esta última entrevista, que todo había sido una broma, una broma sabrosa, de la cual ambos conservarían un agradable recuerdo, separándose muy buenos amigos y agradeciéndose uno á otro lo que mutuamente se habían divertido en ella. Era lo natural; y mientras más pensaba en ello, como lo había estado haciendo poco rato antes durante la bulliciosa merienda, más lógica y más claramente indicada le parecía su proyectada conducta. Y, sin embargo, se hallaba en aquel instante cohibido. La actitud digna y seria de Carolina lo imponía; y no acertaba, él siempre tan expedito y tan sin miedos, á hallar una frase apropiada para iniciar la conversación. El recuerdo de lo que la sobrina de Doña Clara le había irónicamente anunciado, vino en su ayuda.

—Me dijo su prima, Carolina, que tenía usted que darme una buena noticia?

—¿Buena noticia? Nó.

—Nó? ¿Sería entonces una chanza?

—No sé.

Y Carolina daba estas respuestas breves sin emoción alguna, con voz distinta, sin asomos de sequedad ó de rencor; con indiferencia absoluta y como si solamente se preocupara de decir verdad, y nada más.

Mal empezaba la cosa para Pedro, que creía haber hecho un hallazgo con su pregunta é imaginaba que tras ella la conversación iba á deslizarse como por sobre rieles. Mas no podía callar; el silencio le era embarazoso; y como Carolina nada hiciera por su parte para reanudar el diálogo, hallándose, por el contrario, según parecía, muy bien avenida con esta insipidez y muy dueña de sí; Pedro, esterilizada su inventiva de *causeur* como cualquier pollito cursi y novicio, no encontró en su meollo más que la vulgar y socorridísima frase de fórmula con que dos medellinenses se saludan invariablemente cuando, después de haberse hallado juntos en cualquier parte, vuelven á avistarse;

—¿Cómo le acabó de ir en misa?

—Mal.

—Mal? No sea usted ingrata, Carola—replicó Pedro, cobrando nuevos ánimos y valiéndose del diminutivo cariñoso con que solía llamarla, y que aún no se había atrevido aquella noche á usar. ¿Cómo dice usted que mal! Eso es ofender á Dios.... Y á mí—añadió más bajo, con tono que quería hacer sugestivo, y con cierta petulancia, que juzgaba apropiada para comenzar la broma.

—Nó; en la misa propiamente, nó—rectificó la muchacha, como si sintiese escrúpulos de verdad ó deseara ser más exacta. Fué á la venida. ¡Me cansé mucho!

Había bajado á pie, porque Juanita, que me quiere tanto, no quiso separarse de mí; y como está todavía tan chiquitica, no sabe montar, y, por miedo al caballo, no permitió que yo la llevara encima. Las muchachas sí fueron á caballo. Á la bajada, muy bien; pero á la subida me cansé de un modo horrible: queda el pueblecito tan lejos, y yo estaba ese día como enferma.

Decía esto blanda y pausadamente, sin mirar á su compañero y como si hablara consigo misma.

Una sospecha nació en el ánimo de Pedro: Carolina se estaba burlando de él. ¿Era creíble que una muchacha lista y perspicaz como siempre ella lo fué, no hubiese entendido la intencionada alusión? ¡Vaya con la salida que había imaginado con su historia de la misa del pueblo! Se burlaba; no había duda. Pensaba Pedro, no sin cierto remordimiento, haberse excedido en su pregunta, haber estado quizás, aunque no deliberadamente, un tanto cínico; y la niña paraba la estocada con habilidad de maestro, dejándolo vergonzosamente desarmado. Picábase con ello su vanidad de mundano jamás vencido en sus escaramuzas con las damas, y deseaba su revancha. ¡Ganarle á él en materia de far-sas la apasionada morenita? No podía ser! Infundíase á sí mismo ánimo Pedro para un nuevo asalto, pero fueron ineficaces sus esfuerzos. Á pesar de todas sus auda-

cias, seguía sintiéndose cohibido y sin que cosa ninguna se le ocurriera. El silencio se prolongaba ya demasiado; y Pedro, para volver á anudar la conversación, otra vez rota, no pudo hallar más expediente que recurrir de nuevo al arsenal de las trivialidades, preguntando:

—¿Y cómo les ha ido? ¿Han paseado mucho?

—Poco, más bien.

—¿Han tenido muchas visitas?

—Nó.

—¿No ha venido nadie?

—Sí; algunos han venido.

—¿Quiénes?. Cuénteme usted, Carolina; cuénteme.

—Pues ustedes, el Doctor Luneta y Guillermo; nada más.

—Ah! conqué Guillermo!—exclamó Pedro encantado, pensando que se le ofrecía yá un fecundo argumento para sus chanzas, y que esta vez no dejaría escapar á Carolina.—Conqué Guillermo! Y la muy picarita se lo tenía guardado, sin decirme una palabra. ¿Y ha venido muchas veces?

—No me acuerdo cuántas; cada dos días.

—¿Muy largas las visitas?

—Viene al medio día; algunas ocasiones á almorzar, y se va por la tarde.

—¿Y de noche no ha venido nunca?

—Algunas veces, pocas, cuando hace luna. ¡Es tan largo el camino!

—¿Y no le parece á usted muy poco, enamoradísima Carola, una visita cada dos días?

—Es suficiente.

—¿Y desde cuándo están ustedes de novios?

—Desde el ocho de este mes.

—¿Y cuándo se casan?

—El veintiuno de Enero.

Pedro prorrumpió en una alegre risotada, que hizo volver las cabezas á los demás ocupantes del corredor, que en el otro extremo se hallaban.

—¡Sí que están ustedes contentos!—exclamó alguno.

Y Pedro y Carolina fueron instados para ir á reunírseles; á lo cual respondió aquél, excusándose con risas y con bromas de aceptar la invitación, y recomendando, en la misma forma, que no viniesen á interrumpirlos.

Bien lejos estaba el regocijado cuanto engreído mancebo de creer que las estupidas cosas que con tanta seriedad le estaba contando Carolina, fueran simplemente la verídica noticia de hechos ya cumplidos ó próximos á efectuarse, y que en la necia obcecación de su vanidad consideraba él como de imposible advenimiento. Reía encantado del que se le antojaba chistosísimo embuste, y admiraba la sin igual destreza de Carolina para forjar una broma y ejecutarla con perfección que la

más consumada actriz envidiaría. Si hasta se le figuraba ahora que los mismos inverosímiles informes de las muchachas sobre la transformación de Carolina, los anuncios y alfilerazos de su prima y la misma actitud de la protagonista, eran simple farsa urdida por ésta para divertirse, con toda la alegría propia de una temporada campesina, á imitación de lo que en otras ocasiones se había hecho por la chica en esta misma finca del *Pinar* donde ahora se hallaban, y de lo que en otros campos en la época de Diciembre ha solido verse. Decididamente, Carolina era una maestra en el arte; renunciaba al vano empeño de superarla y confesaba, derrotado, su indiscutible supremacía: al lado de la ingeniosa niña era él un humildísimo aprendiz de farasas, y lo más á qué podía pretender era á imitar á su maestra, continuando la broma del casorio, tanto más chistosa y divertida cuanto más inverosímil. Así es que prosiguió diciendo:

—¿Y cuándo piensan ustedes dar parte?

—Parte?—interrogó la muchacha, como si no hubiese caído en ello.

—Por supuesto, parte. Sin eso no vale la pena de ir uno á casarse. Pregúntele usted, si no, . . . á tantas. . . y á tantos que por eso no más se han casado.

—Pues entonces, será en Medellín, cuando volvamos.

—Y á mí, su viejo amigo; casi de la fa-

milia, como si dijéramos—¿no es así, Carolina?—¿por qué no me había usted contado nada?

—No lo había vuelto á ver!—dijo con candorosa naturalidad la niña burlada. Y en su voz (parecióle á Pedro, acaso por propia sugestión) vibraba como una ligerísima nota de reproche, de reproche tierno y resignado.

Aquella frase espontánea de Carolina lo conmovía. Tornaba á su mente el recuerdo de la última reconciliación, hecha en el misterio y conservada también secreta por él como un tesoro que miradas extrañas habrían profanado, y tras de la cual se había conducido con la muchacha como un infame. Los remordimientos que entonces sintiera renacían ahora, acrecentados por la consideración de la perfidia de intenciones, con que había venido á perturbar de nuevo á la amante doncella á ese retiro campestre de tranquilidad y de paz. Su queja le llegaba á lo más profundo del alma; y su aletargado amor se despertaba, al pensar en los pesares sufridos por su amada, que lo había estado esperando, que lo había estado esperando en vano, porque él no venía, y se lo reprochaba ahora dulcemente. Oh! la amaba; la amaba más que nunca; la amaría siempre! Y ahora, á solas con ella; en el propicio aislamiento del campo, que convida á las efusiones del alma; en esa atmósfera de candorosa

y sencillez de donde brotan espontáneamente los idilios; en aquella noche saturada de poesía y de misterio; bajo los hipnotizantes rayos de aquella luna pálida y solitaria, que parecía sonreírle melancólicamente con la sonrisa triste de su madre, ya muerta, comunicando á su espíritu todas las embriagueces de la ternura, todos los impulsos de la expansión amorosa y todas las sinceridades de la confidencia; en aquella hora solemne, en aquel sitio encantado, al influjo de semejantes seducciones, Pedro volvía á ser el alma buena que fué de niño, antes de que las lisonjas de la fortuna y la adulación de los rastreros hubiesen infatuado su alma; antes de que las imposiciones de la riqueza y las sugestiones del mundo, hubiesen trazado derroteros á su vida, encasillado sus libres anhelos y puesto ligaduras al espontáneo vuelo de su sentimiento. Ahora que ya iba á partir y que le estaba hablando por la vez última á la que fué su amiga desde la infancia, sentía ese amor, renacido al influjo de una frase brotada del alma, hervir en cada gota de su sangre y arraigarse á su corazón con potentísimas raíces. Ahora, ahora que ya iba á abandonarla, comprendía todo lo que para él significaba Carolina; valoraba todo el precio de aquel tesoro de amor y estimaba la heroicidad de su sacrificio al desprenderse de ella. ¡No la vería ya más! Él se marchaba al extranjero.

ro; y Carolina, á quien él dejaba para siempre; Carolina, cuyo amor había sido exclusivamente suyo; Carolina, repudiada ahora por él, quedaría ahí como un bien mostrenco, cuya posesión iban á disputarse los necios; y Carolina sería de otro!... ¿De otro!... ¡Oh, nó!... ¿Carolina de otro! Era idea que su imaginación no podía tolerar.... Y aquí (ah! fué como una puñalada que Pedro recibía en la mitad del corazón), una duda, una duda horrible y desgarradora se insinuó en su mente: ¿y si fuera verdad lo que Carolina le había dicho? ¿si fuera cierto que se casaba con otro?... Nó! imposible! imposible! Eso era un absurdo; una chanza, una mera chanza. ¡Carolina lo amaba!

Así se decía para reconfortarse y convenirse; pero la seguridad de antes empezaba á abandonarlo; y debatiéndose en la incertidumbre; impulsado de una parte por la ola de enternecimiento que le subía de su pecho, y retenido de otra por la fuerza de inercia que lo encadenaba á la farsa, preguntó, no sabía ya si en broma ó de veras:

—¿Y lo quiere usted mucho, Carolina?

La doncella vaciló un momento, como si consultara con su conciencia; y exclamó luego, compasiva y solemne:

—Es muy bueno.... ¡Ha sufrido!

Estas palabras sonaron en los oídos del burlador con la gravedad y el imperio de

una sentencia divina. *¡Había sufrido!* El dolor con su ósculo purificante lo había hecho sagrado.... Y él, Pedro; favorito de la fortuna; apóstata de esa religión del amor y del sufrimiento, era un miserable farsante!

Ya no dudaba: la desconocida punzada del dolor, que acababa él de sentir y que había santificado al otro, tornábalo vidente; la venda de la vanidad, que es en toda ocasión víctima primera en los benéficos asaltos de ese maestro de los humanos, caía destrozada de sus ojos, antes ennegrecidos; y Pedro veía; pero veía sólo desolación y lobregueces en torno: aquel adolescente á quien un inmenso pesar acababa de convertir en hombre, estaba contemplando la vida. Una infinita tristeza se aposentaba en su pecho; y, poseído de una conmovedora lástima de sí mismo, imploró, con voz que era casi un lamento:

—Y á mí, que sufro, ¿no me ama usted ya, Carolina?

—Nó! —respondió la implorada con energía salvaje. Su rostro, dulce y sereno hasta entonces, aun en medio de las impertinentes risotadas del infatuado, había adquirido una expresión de dureza que Pedro no le conocía. Con las facciones contraídas, los músculos todos en violenta tensión, apretados los labios, crispadas las manos sobre la baranda, Carolina miraba á la luna con ojos vidriados y fijos, como hipno-

tizada por la esfera luminosa que la bañaba con su lumbre; y Pedro la oyó murmurar obstinadamente con una voz que no era la suya: "*¡No ser boba! No ser boba! No ser boba!*"—Bajó luego con lentitud la erguida cabeza, y alzando hasta la altura de su cara la mano izquierda, ligeramente recogida, púsose á contemplar por algunos instantes la ancha sortija de alianza que en ella lucía, cual si mirase á un talismán que hubiera de protegerla contra malignas asechanzas; y su rostro, suavizándose poco á poco, volvió á asumir su apacible expresión de indiferencia y de calma.

Pedro, al ver fulgir en el anular de Carolina aquella sortija de oro, que era para él símbolo de desposesión y de miseria, sello con que otro hombre había marcado su propiedad en un alma que el suplantado amante había considerado exclusivamente suya, experimentó todas las amarguras y remordimientos del que contempla perdido, ya para siempre y por su culpa, el único verdadero bien que haya poseído sobre la tierra. Carolina ya no lo amaba; Carolina ya no era suya—¡y lo había sido!—; Carolina pertenecía á otro hombre; y él, su dueño de toda la vida; el primero, el único que hasta entonces hubiera poseído su corazón; él, que había monopolizado para sí todas sus miradas de amor y toda la dulzura de sus sonrisas, no era ya más que un indiferente para la niña idolatrada

que él mismo, con sus frívolos y egoísticos procederes y la imperdonable infamia de su conducta, había arrojado en los brazos de un extraño advenedizo, que ahora la llamaba suya, y, en signo de su indiscutible propiedad, la había marcado con su sello!

Oh! eso era horrible! Eso era simplemente la muerte! A la vista de aquel anillo maldito, Pedro sentía henchírsele el corazón de una inconmensurable pena que lo ahogaba. Quiso protestar con voces y con gritos de aquel despojo inicuo que lo reducía á la miseria; intentó modular en són de queja el nombre de su amada, cuyas sílabas le vibraban ahora en el alma con dulcísimas y desconocidas melodías; fué á hablar, y ya entreabría los labios, pero no pudo articular un sonido: un nudo de pesar le apretaba la garganta; y, dejándose caer de codos en la barandilla, aquel burlador de la pasión que había venido á divertirse, estalló en comprimidos sollozos, que levantaban su atlético pecho, mientras, á los rayos de la luna, brillaban, resbalando por sus mejillas sin surcos, las dos primeras lágrimas que el dolor arrancara á ese hijo mimado de la fortuna. Hubiérase dicho que la suerte, amontonando en un solo instante todos los pesares de que en tantos años lo librara, quisiera ofrecérselos ahora en uno solo amarguísimo que los superara á todos, haciéndole cancelar

sus cuentas atrasadas con el usurero dolor, que nunca ha perdonado á nadie su tributo.

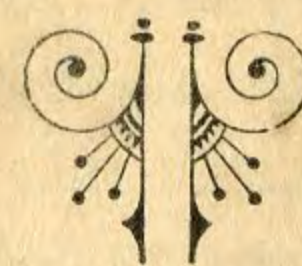
Y entanto que el mancebo, herido por sus propias armas en el peligroso juego de amor, exhalaba en el llanto el peso de su pena, el diosecillo del carcax, sentado á no mucha distancia en el barandaje, contemplaba alegremente su desquite, retorciendo su cuerpecito desnudo con las convulsiones de la risa.

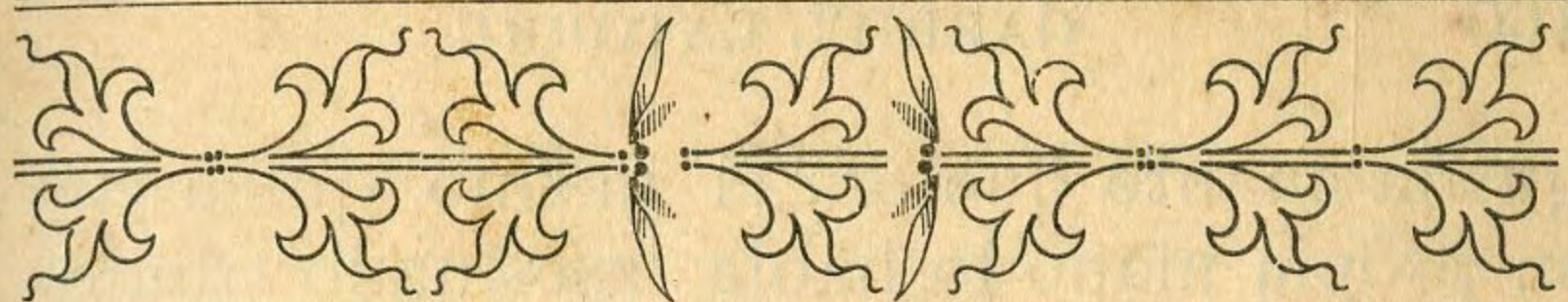
Al fin pudo el desdichado, tras este desahogo, levantar la cabeza y recobrar el uso de la voz. Las palabras acudían tumultuosas á sus labios.

—Carolina! — clamó, vuelto hacia la inocente causadora de sus males, que lo había estado viendo llorar, impasible y muda como el destino en su inalterable serenidad,— Carolina! no es posible que usted, tan buena y tan amorosa, me castigue con tan inaudita crueldad. He sido malo, Carolina; he sido un infame, lo confieso; pero usted es un ángel, Carolina; usted es misericordiosa, como Dios; usted es justa, y no habrá de condenarme á la muerte, que eso es la vida para mí, Carolina de mi alma; no habrá de condenarme usted, idolatrada amiga de mi niñez, sin haberme oído, si no para volver á amarme, para perdonarme, al menos, el mal que por mi causa haya padecido, las lágrimas que haya arrancado á esos ojos adorados, adonde un tiempo, Ca-

rolina, se asomaba su alma para verme... Yo he sido un obcecado, ahora lo comprendo; un enfermo de vanidad, que ha sacrificado á fantasmas de independencia y de placeres su porción de dicha, que usted simbolizaba para él sobre la tierra, Carolina; he sido un criminal que ha blasfemado del amor, y que hoy solicita de su alma grande ese perdón que no merece, y que usted habrá de otorgarle, porque es santa.... ¿No me oye usted, amiga mía? ¿Desvía usted su rostro de este desventurado? ¡Escúcheme usted, Carolina!

Y como Pedro, cuyas ardorosas palabras no parecían ser oídas siquiera por su amada, le tomase una mano, como para obtener así la atención y piedad que en vano solicitaba; la doncella, rechazándolo con despreciativo ademán, le volvió la espalda; y, erguida, contraídas las facciones, apretados los labios, crispados los puños, seguro el paso, la mirada dura y fija, y murmurando, como antes, con una voz que no era la suya: "*¡no ser boba!*", se internó en su aposento, como en un refugio sagrado..... y yá no volvió á ser vista por su amante!.....





XII

CUANDO Pedro, á su regreso del *Pinar*, verificado no sabía cómo, en compañía, de sus amigos y de Luneta, se vió otra vez solo en su cuarto, el dolor, contenido dentro de su pecho por la presencia de extraños, estalló nuevamente; y el desdichado mozo lloró, lloró como á la vuelta del cementerio lloran los que han dejado allí el cadáver de un sér querido; como no había llorado nunca, ni por la muerte de su madre, ida de este mundo cuando él, que apenas contaba entonces unos once años, no podía comprender lo irreparable de su pérdida. Pero la pérdida actual, ahora que yá era hombre, sí la apreciaba en toda su espantosa magnitud: volvía de dejar sepultado lo que había más caro para su corazón: el amor de Carolina. Y lloraba; lloraba inconsolable sobre la memoria de aquel muerto amado, con tanto mayor an-

gustia cuanto que era él mismo quien con su propia mano lo había asesinado traídonamente, cuando en toda la plenitud de su vida le sonreía, brindándole la dicha. Y en aquel cuarto donde el espíritu del muerto parecía flotar aún; donde tantas noches, dulcemente insomne, había pasado á solas con él, anegándose en la ventura de poseerlo como en una linfa tibia y perfumada; donde, al despertar en su lecho, lo sentía agitarse suavemente en su consciencia, aun antes que la de su propio ser hubiese surgido de las nebulosidades del sueño; donde, después de las faenas diurnas y las servidumbres sociales, recogido en ese aislamiento benéfico en que el hombre vuelve á tomar posesión de sí mismo, inventariaba el tesoro de venturas, diariamente acrecido, que de él le venían, rememorándolas una á una, con el placer celoso del avaro que cuenta sus monedas, solo y entre cerrojos para que no le roben; donde, en los muros, sobre los muebles, entre las hojas de los libros, en el secreto de los cajones, todo le estaba hablando de él; entre aquellas cuatro paredes, donde el lamentado muerto había sido su inseparable compañero durante tantos años de su existencia, el pesar de su eterna despedida le desgarraba el pecho con dolores crueles, y la historia de sus largas relaciones con Carolina desfilaba en desorden por su mente, con la tristeza infinita de las cosas idas.

Veíala de niña, cuando iba para la escuela, con el trajecito alto, que mostraba la pierna gorda; el blanco delantal, alguna vez manchado de tinta; los libros bajo el brazo; el cesto de golosinas en la mano; el sombrero de paja sobre la negra mata de los cabellos recortados, que le flotaban abundantes sobre la nuca y se le venían á la cara, provocando en su dueña trastornadoras muecas de enojo y graciosísimos ademanes de impaciencia para dominarlos. Veíala á la salida, cuando la bulliciosa pajarrera se desbandaba, y él, que la aguardaba en la esquina, la distinguía en medio del tumulto, las mejillas encendidas por el correteo, el traje desgredado, tirándose, sin dejar de andar, las medias mal ceñidas por una liga roja, mientras los estropeados libros caían en desparrame por el suelo. Cuanto vistió de largo, encogida bajo las ropas desusadas, con movimientos zurdos de novicia, con candorosas afectaciones de dignidad, con encantadoras petulancias de "señorita" ya seria, ruborizándose á veces cuando topaba con "su novio", bailándole otras la inocente malicia en los picarescos ojos. Cuando, arrestada en cierta ocasión por la maestra por haber coqueteado en misa, é impedida de hablarle, le arrojó por el balcón una notita, adornada con deliciosas faltas de ortografía y escrita á toda prisa con lápiz en una hoja arrancada al texto de la doctrina: "*Esta Noche bamos a*

la funsion palco Numero 18” Recordaba su primer encuentro; el día en que, muy niñitos aún, se conocieron y empezaron á quererse. Fué en un circo de volatines, un domingo de *matinée*. Él había ido con su padre. Tocóle casualmente de vecina una rapazuela muy linda que, enseñando unos dientecitos blancos como la nuez del coco, parejitos y deslumbradores, reía con una risa tan fresca, con una cordialidad y gracejo tan espontáneos, que Pedro, contagiado de hilaridad, reía también, dichoso y alborozado, con un entusiasmo que los solos chistes del payaso no habían sido bastantes á producirle. La vecinita le ofreció dulces de un cucurucho que tenía. —“Yo me llamo Carolina”—le dijo;—“¿y usted cómo se llama?”—“Pedro”. Las relaciones estaban hechas. Al primer entreacto, el muchacho obsequió á su nueva amiga con el más espléndido paquete de confituras que en el cajón de los ambulantes vendedores codiciaran niños y rapazas. Evocaba su gesto peculiar, su exclamación favorita: “¡ah, dicha!”, que pronunciaba apretando cruzadas una contra otra las manos y agitándolas así cerca de su pecho. . . . Veníasele, entre otras, á la memoria una escena no muy remota: Una octava de Corpus. El Colegio de las Hermanas de la Presentación, con amplios velos, uniformado de blanco, desfilaba en dos hileras paralelas á

lo largo de la ancha Calle de Junín, en procesión solemne y pintoresca. Por las aceras, otras dos filas correspondientes de mozalbetes coqueteadores, entre los cuales Pedro, iban como sirviéndole de escolta. En el espacio que dejaran libre entre sí las dos primeras alas, por el centro de la calle, avanzaba, rodeando una inmensa guirnalda de flores artificiales que despedía festones por todos lados, el grupo excomulgado de “*las mundanas*”, las muchachas más lindas y revoltosas del colegio, esas poseídas del enemigo malo que tenían novio, y á quienes se había colocado bien adentro, donde más lejos estuvieran de sus perseguidores, bajo la custodia inmediata de la severísima Hermana Crucifixión. En medio del grupo, portadora del palo de *La Guirnalda*, marchaba Carolina. Sus ojos se inclinaban al suelo con fingida contrición, y sus largas pestañas, que arrojaban manchas de sombra sobre las mejillas sonrosadas, se destacaban negras y brillantes bajo las transparencias del cándido velo, que las enarcaba con su peso. En un momento de parada, la contrita presidenta de “*las mundanas*”, aprovechando un descuido de la terrible celadora, clavó en tierra el asta de la enseña, y alzándose el velo con osadía y desparpajo picarescos, amenazaba con el puño á la Hermana, vuelta en ese instante de espaldas, y le sacaba la lengua á su novio que, ahogándose de risa, la con-

templaba desde la acera.....

Y seguía recordando. Y consideraba, sorprendiéndose de ello como de una revelación inesperada, cuán inmenso lugar Carolina había ocupado en su vida. Á partir de los siete años, en el desfile de sus recuerdos, la encontraba siempre por dondequiera: ¡ella había llenado toda su existencia! ¿Cómo fué, pues, tan ciego y tan obcecado que no lo comprendiera? ¿Cómo pudo, penetrada el alma del amor de Carolina, pensar en otra cosa que no fuera ella? ¿De dónde aquellos proyectos de viaje y aquellas manías de independencia, por cuya realización había menospreciado á su novia adorada y destruído para siempre toda posibilidad de ventura sobre la tierra?.... ¡Sus proyectos de viaje! Ahora los maldecía.

—Comprendo—se decía, paseándose excitadísimo y convulso por su cuarto, hablando á veces en voz alta, prorrumpiendo en gritos y gesticulando como un loco;—comprendo (ay! demasiado tarde!), comprendo que en este mundo no hay ni puede haber sino una sola felicidad posible: ¡amar y ser amado! Y yo la he dejado escapar de mis manos por imbéciles preocupaciones de mentida libertad y de egoística independencia, sin considerar en mi obcecación abominable que todas las penas incidentales que de ello puedan provenir, son nada en comparación de tan inmensa ven-

tura! He sacrificado ante un ídolo grotesco á mi dulce Carolina, que me amaba.... ¡y que ya no me ama!.... ¡no me ama ya!.... ¡He sido el asesino de mi propia dicha! ¡Un miserable! un canalla!.... ¡Independencia! Sí; ya la tengo, la cacareada independencia, y no sé qué empleo haya de hacer de ese inútil estropajo, desde que ella, mi inolvidable Carolina, á cuyas plantas con placer infinito la arrojaría, le ha dado altivamente con el pie como á una ofrenda innoble y despreciable!..... Oh! ser su esclavo; no tener más voluntad que la suya; amarla como á Dios; obedecerla como á una Reina; reverenciarla como á una Santa; besar la huella de sus pies arrastrándome por el polvo!.... ¡Su esclavo!.... ¡Quién me diera hoy poder trocar mi estorbosa y ridícula independencia por esa dulcísima servidumbre! ¿Fortuna? ¡Riqueza corruptora! dinero vil que una y mil veces maldigo! oro infame que me arrancó de su lado! Yo, pobre, hubiera sido feliz casándome con Carolina; rico, la he abandonado, para correr como un necio tras de ilusorias voluptuosidades.... ¡París! ciudad maldita y venal, donde todo se compra y todo se vende, desde las corbatas flamantes y abigarradas hasta el honor de las esposas y la dignidad de los militares! ¡Te aborrezco, tierra de cocineros y de meretrices! Yo vanidoso, yo animal, yo mentecato, yo torpe, he soñado

con tus placeres comprados y tus orgías estúpidas de banalidad archipedeestre, y me he embrutecido con tus traidores espejismos y tus oropeles de teatro; cuando todas las cocotas de tus bulevares, y todos los champañas de tus bodegas, y todos los manjares de tus restaurantes, no valen ¡nido de peluqueros y de alcahuetes! no valen, nó! lo que una muchacha de nuestro pueblo y de nuestra raza, que nos ama desde que fué capaz de sentir amor y que no ha amado nunca á ninguno otro!..... Oh! cuán imbécil he sido, y cuán merecidamente llevo mi desgracia!..... ¡Idiota!.....

Y lleno de profunda desesperación se dejó caer en una silla, como anonadado.

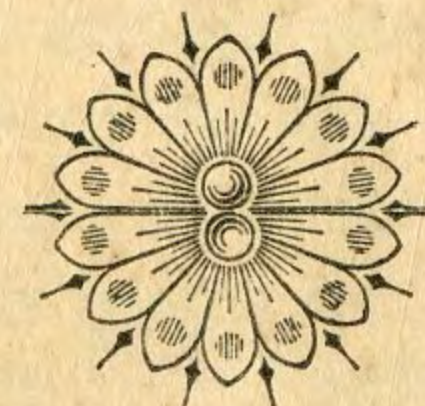
El foco de la luz eléctrica que alumbraba la estancia, se apagó súbito de un golpe. El sol, *verdaderamente la cosa más triste del universo*, penetraba por las rendijas.

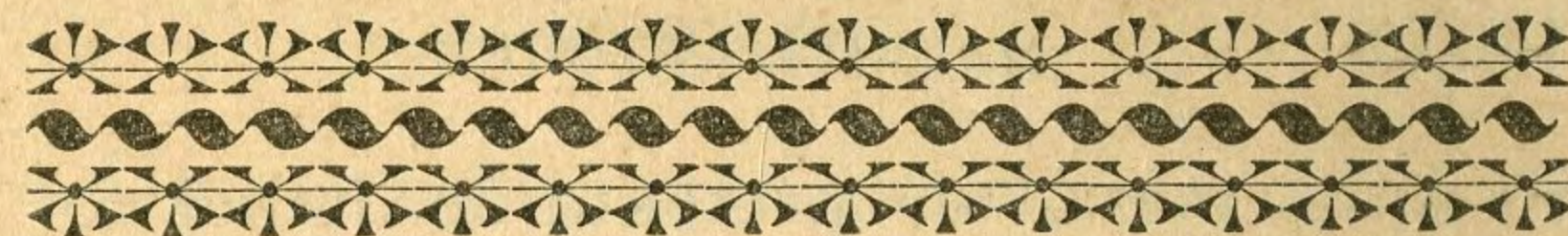
La llegada del día volvió á Pedro la consciencia de la vida. Acordóse de sus amigos, que sin duda vendrían á saludarlo.

Ya sabían: lo había sentido en el apretón traidor de sus manos al despedirse; lo había leído en sus miradas hipócritamente tristes, donde brillaba, delatando la satisfacción interna de sus almas, como un reflejo perverso de regocijo: esa fruición que el hombre—imagen de la infinita bondad de su creador!—experimenta al contemplar á un amigo en la desgracia. No había de

proporcionarles ese malvado goce de verlo triste y vencido. No quería sus insultantes condolencias ni sus compasiones humilladoras. ¡Quería estar solo!

Pensó entonces en su retardada visita á la finca del Cauca. La mula esperaba hacía tiempos en la pesebrera. Dejando con el criado un billete para su padre, en que le anunciaba su partida, se marchó, cuando la ciudad apenas comenzaba su actividad cotidiana.





XIII

REGRESÓ pálido y macilento, puesto en fuga por la anunciada visita de un hacendado vecino. Enero se aproximaba á su fin. La familia, vuelta yá del campo, no podía reconocerle: tan cambiado estaba en su físico y de una expresión tan siniestra que parecía un hombre distinto. Había envejecido: algunas hebras de plata brillaban en sus cabellos; su rostro no mostraba yá la frescura y lozanía de la juventud; un gesto de profundo despecho se había como cristalizado en su boca, crispando hacia arriba despectivamente el labio superior. Á las exclamaciones de asombro y de pesar con que lo recibían los suyos, se encogía de hombros indiferente; á sus preguntas, respondió que había tenido fiebres: acaso fuera verdad; él mismo no lo sabía.

Entrada era yá la noche. Habíase anunciado la comida. Pedro se excusó de asis-

tir á la mesa, so pretexto de haber comido yá en el camino; y, alegando el deseo de cambiar de ropa y de reposarse un poco de las fatigas del viaje, se encerró en su cuarto por más de dos horas. Salido de su encierro, estuvo un rato con su familia, respondiendo distraídamente, casi sólo por monosílabos, á las multiplicadas preguntas que le dirigían. Á eso de las nueve, se retiró su padre, y Pedro se quedó solo con sus hermanas, que, preocupadas y tristes, y no sabiendo cómo manifestarle su cariño, acabaron por quedarse también calladas, respetando su silencio. Á duras penas pudieron hacerle tomar un pocillo de café negro, única cosa aceptada por él entre las muchas que le ofrecieran. Como se hubiese hablado de médico, había convenido con su padre en que á la mañana siguiente se le llamara.

De improviso, Pedro, que, durante los angustiosísimos días pasados en la finca, había perdido toda noción de tiempo, preguntó sobresaltado y como volviendo de un sueño:

—¿A cómo estamos hoy?

—A veinte de Enero—le fué respondido.

—¡La víspera de la boda!—pensó el infortunado. Un estremecimiento nervioso sacudió todo su cuerpo. Se puso en pie.

—¿Qué tienes?—exclamaron á un tiempo sus hermanitas alarmadas.

—Un escalofrío; creo que me va á comenzar la fiebre. Bajo un instante á la botica, á conseguir un poco de quinina.

—Es tarde, cerca de las diez. Puede hacerse daño el sereno. Mandaremos al criado.

Pedro salió, no obstante las protestas de sus hermanas.

La botica quedaba tansolo á unas dos cuadras. Administrábala Juancho, amigo de Pedro y protegido de su padre, quien con absoluto desinterés lo había establecido en su negocio. Con frecuencia Pedro, por pura afición, pues había estudiado un poco de química, ayudaba al farmaceuta en el arreglo y venta de sus drogas; todo en su botica le era familiar, y entraba en ella como en su propia casa.

Juancho estaba despachando una fórmula. El parroquiano—un hombre del pueblo—esperaba sentado en una banca. No había allí ninguna otra persona. Tras las naturales exclamaciones de asombro del boticario, al ver el extenuamiento de su amigo, y los correspondientes informes de salud, Pedro preguntó:

—¿Tienes agua para beber?

—En la trastienda puedes encontrarla, muy bien filtrada y muy fresca. Préndela el foco. En el rincón de la derecha.

Pedro se internó en la trastienda. Oyóse á poco ruido de frascos.

—A la derecha!—volvió á indicar el boticario, sin abandonar sus balanzas.

—Sí; ya sé—replicó Pedro desde adentro;—me había equivocado.

Y pocos instantes después salía de la trastienda y se echaba á la calle, con las manos en los bolsillos del sobretodo.

Se sentía perfectamente, después de tomada la quinina, aseguró á sus hermanitas, con rostro ya bastante más animado, que les devolvió la calma; era un mero susto sin fundamento el que había tenido; sentía sueño.

—Retirémonos á descansar, que ya es tarde. Váyanse ustedes tranquilas. Voy á dormir muy bien; como nunca. Hasta mañana.—Dijo, y se encerró en su cuarto, sin echar la llave, como tenía por costumbre.

Sería cerca del amanecer, cuando la hermana mayor se despertó sobresaltada: le había parecido oír una voz que la llamaba. Aunque era animosa y de corazón varonil, tuvo miedo; pero supo vencerlo, y, echándose encima una bata, se dirigió al cuarto de Pedro y aplicó el oído á la cerradura: silencio completo.

—Pobrecito! duerme—murmuró, y se retiró de nuevo á su cama.

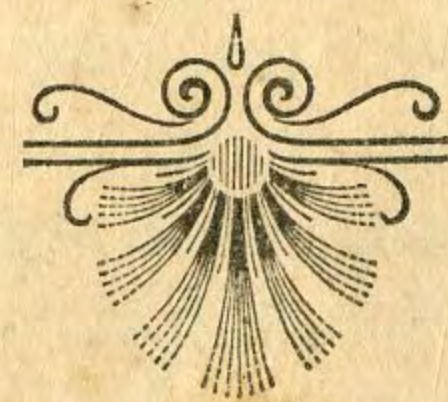
Llegada la mañana, y de pie ya la diligente doncella, acometiéronla nuevas zozobras. Quiso llamar á su hermano; pero su padre, que se paseaba en el corredor, esperando el desayuno, se lo impidió. Pedro, cuando no asistía al almacén, se levantaba solamente á la hora del almuerzo.

—Déjelo dormir—recomendó el anciano,—que harta necesidad tiene el pobre de sueño.

Pasadas yá las ocho, la muchacha no pudo contenerse más. Golpeó, y no le contestaron; llamó á su hermano repetidas veces por su nombre: el mismo silencio. Poseída entonces de angustia y de congoja indecibles; enloquecida de pavor, empujó la puerta y penetró en el cuarto.

El cadáver de Pedro, vestido todavía con el traje de la víspera, yacía rígido, blanco y desencajado sobre el lecho.

.....





XIV

VUELTA ya de la iglesia, donde la bendición nupcial acababa de unirla indisolublemente á Guillermo, Carolina se aprestaba á distribuir entre los convidados el simbólico bizcocho de bodas y la tradicional copa de champaña, cuando llegó á la casa la noticia del triste suceso: Pedro, venido enfermo de Cauca, y asaltado repentinamente por un violento acceso de fiebre, había sido encontrado muerto en su cama. Pero algo misterioso se barruntaba en esta muerte rápida é inesperada que traía cavilaciones á la mente; y un soplo de tragedia cruzó por aquellos salones cuajados de alburas, ensombreciendo los rostros y enmudeciendo las lenguas.

Pasado el primer estupor, todos los concurrentes, con unanimidad espontánea, sin saber á ciencia cierta por qué lo hacían, trataron de ocultar á la desposada la in-

fausta nueva; y, por una especie de acuerdo tácito, pero religiosamente cumplido, se esforzaron por aparecer contentos, festivos y parlanchines, como hacía poco lo estuvieran.

¿Conseguirían su objeto?—Nadie lo supo. Minutos antes de llegar á la casa la funesta noticia, Carolina—sin que ninguno acertara á explicarse la razón—había sonreído extemporáneamente de un modo extraño, y muchos la oyeron murmurar: “¡Pobre Julia!”—Era la primera sonrisa que desde hacía casi tres meses iluminara su rostro; era también la primera vez que nombraba á la que fué su aborrecida rival con su verdadero nombre. Luégo, su cara recuperó la expresión serena y apacible que últimamente se veía siempre en ella.

Avanzaba tranquila y majestuosa en su alta estatura, arrastrando tras sí la inmensa cola de su traje de novia, llevando en la mano una copa de champaña y teniendo á la diestra á su esposo, que sonreía de ventura. Ofreciendo amablemente la copa, aceptada al punto, se acercó á un grupo de convidados que, fingiéndose á su aproximación muy alegres y divertidos, hacían exclamaciones de maravilla ante una hermosa estatua de *terra-cotta*, que se destacaba llamativa en medio de cándidos ramos y de otros objetos menores sobre una consola de la sala. Era presente que uno de sus amigos le había enviado con motivo de

su boda, y que, á causa de la abundancia y variedad de regalos, recibidos como éste la víspera por la tarde, y del desorden consiguiente á los preparativos de toda fiesta, no había sido considerado por la obsequiada con la atención que se merecía.

—Mire usted, Carolina—díjole uno de los comentadores,—esta belleza de estatua. ¿Sabe usted á quién representa?

—No lo sé.

—Pues aquí tiene usted el nombre—explicó el convidado, señalando el zócalo de la estatua. Y con voz alta y sonora, pronunció esta palabra exótica:

KUNDRY

Al escuchar este nombre, que le traía á la memoria un episodio grato de su vida, Carolina pareció despertar de repente de esa especie de sonambulismo que la embargaba desde aquel jueves malhadado en que salió de casa en busca de su novio, que no venía.... ¡y que ya no volvería nunca!.... Su rostro recobró por un momento su expresión antigua; brillaron sus ojos con el fulgor apasionado y simpático que los animara un tiempo; sonrió de amor su boca de fuego; y toda su persona volvió á mostrar á la desaparecida Carolina.

Pero fué un mero relámpago, muerto en el segundo mismo de nacido. Su cara se contrajo con una expresión dura y extraña; sus ojos eran como puñales, fríos, hi-

rientes y despiados; su cuerpo se irguió como el de una bestia felina que fuera á arrojarse sobre su presa; sus manos se crisparon; y lanzando de su garganta sofocada una especie de sordo ronquido, intentó abalanzarse sobre su esposo, y cayó desplomada al suelo de un solo golpe.....

.....

—De allí la recogió el niño Guillermo,

como muerta!—decía algún tiempo después, comentando el trágico suceso, una vieja sirvienta de la casa, que cuidaba de Carolina; de Carolina, la hermosa y lozana morena por quien se perecían los mozos; sombra ya de sí misma; triste reclusa de un calabozo escueto; donde la pobre loca, enflaquecida y exangüe, se obstinaba en no comer, para demostrar que no era boba.



ERRATAS MAS NOTABLES

PÁG.	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
25	12 á 13	re-reconciliación	reconciliación
32	32	<i>mahlzeit</i>	<i>Mahlzeit</i>
33	30	<i>vergissmeinnicht</i>	<i>Vergissmeinnicht</i>
45	7	satisfacerle	satisfacerla
54	30	paso	pasos
75	26	<i>hecho</i>	<i>echo</i>



$$x = 2 + 0,5 \times 1,3$$

$$\frac{0,65}{1}$$



Se acabó de imprimir esta obra
en la
TIPOGRAFIA DEL COMERCIO,
en Medellín,
el día
20 de Junio de 1905.



FAES

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echovarria Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100068764

